AMEDEO CENCINI

DESDE LA AURORA TE BUSCO

EVANGELIZAR LA SENSIBILIDAD
PARA APRENDER A DISCERNIR

SAL TERRAE

COLECCIÓN «SERVIDORES Y TESTIGOS»

AMEDEO CENCINI

Desde la aurora

te busco

Evangelizar la sensibilidad

para aprender a discernir

Prólogo por Mons. Marcello Semeraro,

obispo de Albano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com / 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Grupo de Comunicación Loyola

• Facebook / • Twitter / • Instagram

Título original:

Dall'aurora io ti cerco.

Evangelizzare la sensibilità per imparare a discernere

Publicado originalmente en Italia

por Edizioni San Paolo, s.r.l.

Piazza Soncino, 5

20092 Cinisello Balsamo (Milano)

www.edizionisanpaolo.it

© Edizioni San Paolo s.r.l., 2018

Traducción:

Fernando Montesinos Pons

© Editorial Sal Terrae, 2020

Grupo de Comunicación Loyola

Polígono de Raos, Parcela 14-I

39600 Maliaño (Cantabria) – España

Tfno.: +34 944 470 358

info@gcloyola.com

gcloyola.com

Imprimatur:

✠ Manuel Sánchez Monge

Obispo de Santander

14-11-2019

Diseño de cubierta:

Vicente Aznar Mengual, SJ

ISBN: 978-84-293-2944-5

Índice

Prólogo, por MONS. MARCELLO SEMERARO,

obispo de Albano

Introducción

1. La sensibilidad: energía y fuente de energía

1. Varias interpretaciones

2. Definición

3. El Espíritu Santo, sensibilidad de Dios

2. *Accende lumen sensibus*: las orillas del corazón

1. Los sentidos y su función

2. De la bulimia a la atrofia

3. Del uso al abuso de los sentidos

4. Responsables de nuestros sentidos

3. «El olor de las ovejas»:

de los sentidos a las sensaciones

1 El cuerpo es «sabio» (y dice la verdad)

2. Sensación no quiere decir acción

3. La sensación no basta, pero, en todo caso,

merece atención

4. Educar las sensaciones

5. Persistencia de las sensaciones

6. Sensaciones e incoherencia

4. Las emociones, los colores de la vida

1. El hombre de cera (o de hielo)

2. Mozart y aquel maldito cristal

3. Naturaleza mixta y ambivalente

4. Formación de las emociones

5. Fracisco de Asís y el abrazo veraz

6. Juan y el abrazo forzado

5. Los sentimientos, el calor de la vida

1. Emoción traducida en acción

2. Muchas emociones, pocos sentimientos

3. Gestión de los sentimientos

(a partir de las emociones)

4. Formación de los sentimientos

6. Los afectos, las pasiones de la vida

1. El concepto

2. Génesis y dinámica

7. Consolación y desolación,

variedad y verdad de los afectos

1. Consolación

2. Desolación

8. Discernir y decidir, riesgo y fatalidad

1. De la sensibilidad al discernimiento

(y viceversa)

2. Sensibilidad y fases del proceso de decisión

9. Adulto en la fe,

discernimiento y elección creyente

1. El que busca

2. Buscar a Dios

3. Libertad de conciencia:

¿punto de partida o de llegada?

Conclusión:

del olor de las ovejas al perfume de Cristo

Prólogo

LOS ESCRITOS DEL PADRE AMEDEO CENCINI son como el vino de las bodas de Caná, por el que el maestresala de relato evangélico dice al novio: «Has guardado el vino nuevo hasta ahora». Al leer sus libros encontramos a menudo argumentos que el autor ha tratado en otros lugares, y, sin embargo, las páginas en las que se han remodelado tienen siempre un sabor no solo delicioso, sino también nuevo. Al menos cabe decirlo con respecto a los argumentos desarrollados en este libro, donde los dos temas fundamentales han sido ciertamente tratados en otras obras suyas. Tal es el caso del tema de la *sensibilidad*, anunciado en el subtítulo, sobre el que el autor publicó ya un libro extenso en 2012 con una pregunta intencionadamente provocadora: *¿Hemos perdido nuestros sentidos?* [publicado en español por Sal Terrae en 2014]. Una interrogación ciertamente más benévola que el título categórico dado por Iván Illich a la publicación de una colección de escritos precedentes: *La perte des sens* (la «pérdida de los sentidos» era para Illich la consecuencia de la gestión empresarial de la comunicación, que adormece los sentidos y obstruye los horizontes). Lo mismo puede decirse con respecto al tema del *discernimiento*, sobre el que publicó el libro dedicado al discernimiento vocacional titulado *Historia personal, cuna del misterio* [Paulinas, 2004].

¿A qué se debe, por tanto, este retorno a cuestiones ya ampliamente tratadas en profundidad? Cencini nos indica dos motivos: uno –sobre el que escribe inmediatamente– es de carácter, yo diría, negativo, a saber, la constatación de la «considerable marginación, en nuestras programaciones de formación, de dos realidades altamente relevantes a nivel psicológico-antropológico y a nivel espiritual-teológico», concretamente, la *sensibilidad* y el *discernimiento*; el segundo motivo, en este caso positivo, concierne a la íntima conexión entre los dos temas.

El primero, a decir verdad, ya lo había señalado él mismo en otras ocasiones.

Podemos recordar en este sentido su valiosa intervención en el congreso organizado en noviembre de 2015 por la Congregación para

el Clero con ocasión del 50 aniversario de los decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*. El padre Amedeo puso de relieve la *sensación*, al menos, «de una formación de alguna manera incompleta e inacabada que no llega al corazón (en sentido bíblico y también psicológico), solo exterior y conductual, o muy espiritual, o intelectual, que instruye y equipa al funcionario del culto, pero que no siempre llega a tocar o a convertir su sensibilidad, o que, en todo caso, deja que algo importante de la humanidad del candidato apenas sea alcanzado o conseguido por el proceso formativo». También en esta obra comenta el autor con agudeza crítica: «Basta consultar nuestras *Ratio Institutionis Sacerdotalis* (casi todas las diócesis, seminarios o institutos religiosos tienen la suya), como también la recientemente publicada por el Dicasterio vaticano, en general muy bien elaboradas y atentas a la propuesta de la formación integral, y veremos que no se encuentra en ellas ninguna huella de este aspecto de la realidad humana. ¡Es como si fuéramos poco… sensibles a la formación de la sensibilidad!».

En la percepción de este dato de hecho, Cencini parece gozar realmente de una buena compañía. Me refiero al papa Francisco y su alocución, publicada por *L'Osservatore Romano* el 6 de junio de 2018, a los dos mil sacerdotes y seminaristas que estudian en las academias eclesiásticas romanas durante el encuentro celebrado con ellos el 16 de marzo. El lenguaje del papa es coloquial, incluso íntimo. A un seminarista, que le había pedido consejos «para discernir bien… a lo largo de toda la vida», Francisco le recuerda la obra del Espíritu Santo, que sostiene y ayuda el discernimiento, y comenta: «tantos, tantos sacerdotes, lo digo con buen espíritu, con ternura y con amor, tantos sacerdotes viven bien, en gracia de Dios, pero como si no existiera el Espíritu. Sí, ciertamente, saben que existe un Espíritu, pero sin que afecte a la vida. Y esta es la importancia del discernimiento: entender qué hace el Espíritu en mí, también qué hace el espíritu enemigo, y qué hace mi espíritu». Ahora bien, dejando por ahora de lado la cuestión de la «moción de los espíritus», de la que trata san Ignacio (cf. *Ejercicios*, n. 313), y que se recuerda también el capítulo 7 de este libro, queremos subrayar una frase del papa: saben que existe un Espíritu, pero no afecta a la vida. Se trata, a fin de cuentas, de la misma cuestión planteada por el padre Cencini.

La otra razón por la que Cencini regresa a temas ya abordados con anterioridad es la voluntad de «tratar de entender y profundizar en el significado de la relación entre sensibilidad y discernimiento, sobre todo por lo que podría y debería significar la relación que los pone en conexión». En mi opinión, uno de los méritos principales de este libro reside en haber hecho emerger esta correlación y en haberla

enfatizado. En cuanto a la formación sacerdotal (pero, obviamente, también vale para la vida consagrada), en el número 43 de la *Ratio Fundamentalis*, publicada en 2016 por la Congregación para el Clero, se lee que el primer ámbito del discernimiento es «la propia vida personal y consiste en integrar la propia historia y la propia realidad en la vida espiritual, de tal modo que la vocación al sacerdocio no quede presa en la abstracción ideal, ni corra el riesgo de reducirse a una simple actividad práctico-organizativa, externa a la conciencia de persona…». Para comprender qué se entiende por «propia historia» podría ser útil recurrir a un precioso pasaje del número 113 del *Instrumento Laboris* elaborado para la XV Asamblea General del Sínodo de los Obispos convocada con el tema «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». Retomando un pasaje de *Evangelii gaudium* (n. 51), que pone todo bajo el verbo *reconocer*, se escribe «Reconocer significa "dar nombre" a la gran cantidad de emociones, deseos y sentimientos que habitan en cada uno. Tienen un rol fundamental y no hay que esconderlos o adormentarlos. El papa lo recordaba: "Es importante abrir todo, no enmascarar los sentimientos, no camuflar los sentimientos" … Un proceso de discernimiento vocacional requiere prestar atención a cuanto emerge en las diferentes experiencias (familia, estudio, trabajo, amistades y relación de pareja, voluntariado y otros compromisos, etc.) que la persona vive, hoy cada vez más a lo largo de itinerarios no lineales y progresivos, con los éxitos y fracasos que inevitablemente se registran:

¿dónde un joven se siente en casa? ¿dónde prueba un "gusto" más intenso? Pero esto no es suficiente, porque las experiencias son ambiguas y se pueden dar diferentes interpretaciones: ¿cuál es el origen de este deseo? ¿Está realmente empujando hacia la "alegría del amor"? Sobre la base de este trabajo de interpretación, es posible hacer una elección que no es solo el resultado de los impulsos o de las presiones sociales, sino un ejercicio de libertad y de responsabilidad».

He aquí, por tanto, el punto neurálgico en el proceso del discernimiento espiritual del que se habla en este libro, que toma el título de un versículo del Salmo 63 (62): *Desde la aurora te busco*. A propósito de este salmo, L. Alonso Schökel escribía que posee una densidad corporal. Todos los verbos que aparecen en esta lírica confesión de confianza, en efecto, están relacionados con el cuerpo, con sus funciones elementales y sus sentidos: «Levantarse al alba, tener sed y ansiedad, saciarse, estar a la sombra de, estar en cama, contemplar, hablar, levantar las manos, apretarse a uno, sentir el contacto de una mano… Los sentidos funcionan en sentido propio, aunque trascienden lo puramente sensible y funcionan como símbolos de experiencia espiritual». Cencini subraya en estas páginas la alegría

«de encontrar en el alba dentro de uno el fresco deseo de ver el rostro de Dios, propio de quien ha esperado la aurora "como los centinelas la mañana" (cf. Sal 130,6), para estar con su Señor, saboreando su Palabra y captando su belleza», negada a quien ha abusado de sus sentidos.

Sensibilidad y discernimiento son, por consiguiente, los dos polos de toda la reflexión. Tal vez es mejor hablar de la reciprocidad entre sensibilidad y discernimiento.

«Nosotros decidimos, en efecto, a partir de lo que la mente, el corazón y la voluntad nos hacen percibir como deseable y bueno, de modo consciente o inconsciente», escribe Cencini, y, por otra parte, subraya que «la calidad del discernimiento está vinculada a la calidad de la sensibilidad de la que procede el primero». En las primeras páginas de este libro, el autor recuerda un apotegma de los padres del desierto que contiene una enseñanza muy valiosa no solo para el discernimiento espiritual. Dice así: «A cada pensamiento que surge en ti dile: *¿eres de los nuestros o de los adversarios?* , y ciertamente lo confesará». La máxima, inspirada por Orígenes y retomada por Evragio Póntico, se encuentra también en la *Vida de Antonio* escrita por Atanasio y en otras partes. Según este apotegma, el primer ámbito hacia el que dirigir el discernimiento es el corazón: el discernimiento debe tener la valentía de descender a sus profundidades, sin rehusar el esfuerzo que este *descensus* conlleva. Discernir el propio corazón exige, ciertamente, un gran esfuerzo. Escribía Barsanufio de Gaza, otro padre del desierto, que «sin esfuerzo del corazón nadie llega a discernir los pensamientos», y continúa: «por tanto, yo pido a Dios que te lo conceda: tu corazón se cansará un poco y Dios te lo dará… Cuando Dios te haya agraciado con este don, distinguirás siempre, por medio de su Espíritu y de las oraciones de los santos y del esfuerzo de tu corazón, los pensamientos, los unos de los otros» (*Epist*. 265). Desde el corazón y en él, es decir, desde y en la raíz del propio ser, comienza el discernimiento.

Los dos temas de la sensibilidad y del discernimiento no solo se entrelazan externamente, sino que se condicionan recíprocamente. En este sentido, es útil subrayar lo que dice Cencini en el capítulo 8 a propósito del proceso de decisión: el discernimiento «es un fenómeno de atracción de la sensibilidad, que después aumenta en la medida en que la persona confirma con la elección y la acción cuanto la mente ha descubierto como justo y el corazón ha sentido como cautivador». Resulta hasta superfluo subrayar la importancia de estos acentos, especialmente con referencia a la vida de los sacerdotes y de los consagrados. Pienso en el contenido del capítulo 6, dedicado al tema

de los afectos como un sentir dotado de sentido y pasión. Aquí, con delicadeza, el padre Amedeo hace referencia a los problemas actualmente candentes en la vida de la Iglesia: «cuando los sentidos y las sensaciones están normalmente habituado a percibir al otro de un cierto modo, en función de los propios intereses o de una propia gratificación, y, por tanto, "usándolo" para uno mismo…». Son cuestiones muy dolorosas, que Cencini ha tratado en otras partes de forma muy profunda y competente.

En un excelente libro lleno de consejos para cuantos estudian y trabajan – *El trabajo intelectual*–, Jean Guitton recuerda que enseñaba a sus alumnos el arte de expresarse recurriendo a una especie de cantinela: *se dice qué se dirá, se dice y se dice que se ha dicho*. Y es así como A. Cencini anuncia inmediatamente al lector el contenido general de este libro: «Al comienzo, un capítulo sobre el significado general de la sensibilidad.

Veremos uno a uno sus componentes o elementos constitutivos: sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos, afectos…Y, finalmente, el discernimiento como elemento en cierto modo conclusivo de la sensibilidad, con sus criterios de elección y la valentía de hacer elecciones libres y responsables». El cuerpo del volumen está formado por la sucesión (lógica y literaria) de nueve capítulos. Al final –principalmente sobre el significado del discernimiento– encontramos una expresión de nuevo sintética: «buscar a Dios, siempre y en todo instante, pero sin recurrir principalmente a normas preestablecidas que funcionan de forma automática, ni contentándose con las indicaciones que proceden de autoridades externas (del padre espiritual o del psicólogo), sino apelando a todo aquel arsenal individual del que todo hombre está dotado desde su nacimiento y en todo instante: sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos…».

También en este caso, Cencini goza de buena compañía. He mencionado anteriormente las palabras del papa en el encuentro del 16 de marzo de 2018 con los estudiantes de las academias romanas. En aquella ocasión, el papa señaló dos condiciones principales para realizar un auténtico discernimiento: primera, que se haga en oración, y, segunda, en diálogo con un testigo, «un testigo cercano, que no habla, sino que escucha, y, después, da las orientaciones. No te resuelve [el problema], pero te dice: mira esto, mira aquello… esta no parece una buena inspiración por este motivo, esta otra sí… Pero ¡sigue adelante y decide tú!».

Durante este encuentro, Francisco recordó dos modelos evangélicos de discernimiento:

el apóstol Pedro, en su encuentro con el centurión Cornelio, y Felipe, en su encuentro con el etíope ministro de economía de la reina. Los ejemplos podrían multiplicarse con la ayuda del padre Cencini. En otro libro que he citado al principio, había elegido como esquema de discernimiento el relato joánico del encuentro de Jesús con la samaritana; en este la elección retrocede a los orígenes de la historia de la salvación, al relato de Gn 3,8-11, centrado en la pregunta que Dios hace a Adán: *¿dónde estás?*

Se trata del pasaje fundamental de todo discernimiento, comenta Cencini, porque Dios «sabe ya dónde se encuentra el hombre, pero quiere que el hombre mismo se dé cuenta, es decir, se pregunte sobre lo que tiene en el corazón, lo que está en el centro de su vida…». Nos encontramos en el meollo de la tradición clásica sobre el discernimiento. Juan Clímaco afirma lapidariamente: «del discernimiento deriva la clarividencia (*diórasis*) y de esta la previdencia (*proórasis*)» (*La escala del paraíso* IV,105). Entendía que solo con el discernimiento se llega a ver claro en la propia vida y solo con esta condición se abren en ella los horizontes y se hace posible una vida conscientemente elegida y no padecida. Y, así, también mediante el discernimiento se elige lo no querido, pero que ha entrado en nuestra vida.

El papa Francisco repite a menudo que este es el tiempo del discernimiento y que la Iglesia del tercer milenio debe ser la Iglesia del discernimiento. Ahora bien, esto se realizará a condición de que, como reitera Cencini en este libro, se entienda el discernimiento como estilo de vida, como «el modo normal de crecer en la fe de cada creyente».

✠ MARCELLO SEMERARO

Obispo de Albano

Introducción

«Cuántos sufrimientos desperdiciados

si no has aprendido a ser feliz».

(*Séneca*)

Doble falta de atención

Partimos de un hecho que no parece inmediatamente evidente: la notable marginación en nuestros programas de formación de dos realidades sumamente importantes en la perspectiva psicológica-antropológica y espiritual-teológica. Se trata de la *sensibilidad* y del *discernimiento*, no solo en sí mismas, como ámbito y objetivo de formación, sino, sobre todo, en lo que podría y debería significar la conexión que las pone en relación.

Veámoslas por orden.

a) Sensibilidad

Resulta muy extraño que, en la rica tradición educativa de la Iglesia, bien en las instituciones dedicadas explícitamente a esto (seminarios, noviciados y casas de formación religiosa o presbiteral) como en realidades de naturaleza pastoral (como parroquias, oratorios y centros de formación pastoral), el término «sensibilidad» apenas suene familiar ni resulte significativo. Aún menos es objeto de formación. Basta con consultar la *Ratio Institutionis Sacerdotalis* (que tiene cada diócesis, seminario e instituto religioso), o incluso la recientemente publicada por el dicasterio vaticano[1],

que es excelente, y que, en general, están bien elaboradas y prestan atención a la propuesta de una formación lo más integral posible, y veremos que no se encuentra huella alguna de esta realidad humana. Parece que apenas somos sensibles a la formación de la sensibilidad.

Y, sin embargo, la sensibilidad es algo, por un lado, sumamente familiar, la «sentimos» continuamente en lo que experimentamos cada día o que en ciertos momentos nos provoca y nos sacude, en lo que nos exalta y atrae o en lo que nos provoca el enfado; por otro lado, nada nos expresa y nos diferencia mejor que la sensibilidad, que es, de hecho, algo absolutamente único e irrepetible en cada individuo: si no existe ninguna persona insensible (cada uno es sensible a algo y a alguien e insensible a otras cosas y a otros), es igualmente cierto que no existen dos personas con la misma sensibilidad, ni siquiera dos gemelos monocigóticos, e incluso los que han tenido la misma experiencia familiar y social no poseen una sensibilidad idéntica. Una cosa es cierta: la sensibilidad personal nos da más informaciones sobre nosotros mismos que una serie interminable de sesiones psicoanalíticas y test psicológicos.

En la perspectiva explícitamente formativa, es precisamente la sensibilidad la que debe crecer y cualificarse cada vez más, puesto que no tendría ningún sentido un proceso educativo que prestara atención

solo al exterior de la persona, al comportamiento correcto o al aprendizaje de actitudes, y que no aspirara a la conversión de la sensibilidad en todos sus aspectos y componentes (desde los sentidos externos a los internos, desde las sensaciones a los sentimientos, desde los deseos a los afectos…) y a la adquisición de una sensibilidad nueva.

En el fondo, puesto que existe una sensibilidad creyente, conyugal y presbiteral, nuestro proyecto consiste en atenderla según la identidad vocacional personal, y puesto que este es el punto de llegada también debe caracterizar el camino pedagógico, indicarnos las etapas intermedias, las estrategias educativas, las vías experienciales, los criterios específicos de admisión, etc.

La falta de este tipo de atención nos haría correr un riesgo que no carece de importancia: el del fariseísmo, como símbolo de una división en la persona entre lo exterior y lo interior, entre conducta observante y atracciones desviadas, entre proyectos declarados y deseos escondidos, entre amores oficiales y amores adúlteros ocultos, aunque solo sean soñados… Una división que en ciertos casos conduce a una doble vida, como una esquizofrenia que hace vana la acción e ineficaz el anuncio, mediocre la vida e infeliz a quien proclama el anuncio.

Formar la sensibilidad significa dar una perspectiva coherente y unitaria al camino pedagógico en cuestión, cualquiera que este sea, que involucre a toda la persona en un proceso integral. Solo entonces podemos decir que se produce la formación, cuando esta alcanza a la sensibilidad de la persona y la convierte en función de su identidad. Si el punto de referencia final es la fe como adhesión de amor al Dios que confía en el ser humano, en el itinerario formativo todo debe pensarse con el objetivo de que los dinamismos y las energías de los que dispone el ser humano, a partir de los sentidos, las sensaciones, las emociones y los afectos, vaya en esa dirección, y que aquella adhesión de amor sea un verdadero impulso, algo que sea creído, amado y vivido con todo el corazón, todas las fuerzas, toda la mente, y se convierta en el criterio de las decisiones; algo que no sea solo obligación moral, sino deseo del corazón; que sea convicción de la mente, pero también emoción que da calor y color a la vida; que sea deber, pero también placer; verdadero y también bello; arduo, pero satisfactorio como ninguna otra realidad.

Si se trabaja sobre la sensibilidad, la casa se construye sobre la roca, sólida y resistente. Si no se cuida la sensibilidad, en cambio, es como si se construyera sobre la arena, bastará un golpe de viento y todo caerá miserablemente por tierra. Quizá es lo que les ha pasado a

muchas personas que, sin embargo, habían recibido una formación especializada, como los sacerdotes formados durante un tiempo suficiente para revestir una cierta identidad (y rol) como si se tratara de un traje, pero con escasa atención a este aspecto neurálgico del ser humano intrapsíquico que es la sensibilidad[2].

b) Discernimiento

Posiblemente a causa de esta ignorancia o poca atención, la misma suerte parece afectar a otra realidad importante para nuestro camino formativo, humano y espiritual: el *discernimiento*[3]. También está discretamente ausente en nuestras praxis educativas o indicado a lo sumo como técnica extraordinaria a la que recurrir en casos importantes y dudosos, y no como ejercicio normal de la fe en el que educar al candidato; se entiende más en sentido pasivo, o como acción de la autoridad que verifica la autenticidad vocacional, que en sentido activo, como aprendizaje de la libertad de elegir lo que es bueno y grato a Dios por parte del sujeto mismo.

Y, lógicamente, era (y es) ignorada la estrecha relación totalmente natural entre sensibilidad y discernimiento. En realidad, la sensibilidad es raíz y fundamento de lo que hacemos y está *en el origen de toda elección*, pero es también *consecuencia y expresión de cada decisión*, ya sea grande o pequeña. En esta relación se concentra y se recapitula la vida pasada, pero también expresa nuestro modo de ir al encuentro de la vida y del futuro. La sensibilidad (en su significado más amplio de sensaciones y valoraciones, gustos y atracciones) es la premisa o el lugar psicológico donde nacen los discernimientos personales y donde al mismo tiempo reconducen las elecciones de cada día, alimentando y reforzando esas sensaciones y atracciones. Por un lado, la sensibilidad es *sujeto* del discernimiento, casi su director oculto, y, por otro, es su *objeto*, lo que se forma constantemente en nosotros a partir de las elecciones que hacemos; es lo que viene *primero* y también lo que viene *después* del discernimiento.

¿Cómo no prestar una atención constante y habitual a este mundo interior, tan rico y presente en todo lo que vivimos y, dentro de él, a esta relación tan vital y decisiva entre sensibilidad y discernimiento?

c) Sensibilidad y discernimiento

El objetivo de esta reflexión es tratar de *entender y profundizar en el significado de la relación entre sensibilidad y discernimiento*. Para eso tendremos que descomponer el término «sensibilidad» y captar sus componentes y dinamismos. Después de todo, el discernimiento es uno

de estos dinamismos o el destino natural, si bien irreflexivo, de lo que experimentamos y sentimos en nuestro interior. Nosotros decidimos, en efecto, partiendo de lo que la mente, el corazón y la voluntad nos hacen percibir como deseable y bueno, de modo consciente o inconsciente. Y puesto que la conexión no es siempre evidente, ni siquiera al sujeto mismo, queremos examinarla con atención. Y de nuevo, si la calidad del discernimiento está vinculada a la calidad de la sensibilidad de la que el primero procede, será entonces indispensable pensar en cómo cuidar la formación de la sensibilidad y de sus elementos.

Es indispensable poner de relieve otro aspecto para entender el sentido de nuestro trabajo, a saber, que este se mueve en el marco de una antropología cristiana o a partir de una opción existencial marcada por la fe en Cristo y por la decisión de seguirle en los varios recorridos que la vida puede abrirnos. Esto da una connotación específica a nuestra reflexión. En efecto, estoy convencido, cada vez más, de que también el hecho de creer es expresión de sensibilidad (sensibilidad *creyente*) y, si se trata de creer en Cristo, de sensibilidad *cristiana*. Que, obviamente, deben ser formadas si queremos que lleven a decisiones coherentes. De hecho, Pablo, cuando escribe a los filipenses, no hace una recomendación sobre comportamientos, sino que les da precisamente esta indicación como válida para todos los creyentes en Cristo: «Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2,5)[4]. Pero los sentimientos, como especificaremos más adelante, son solo una parte o un elemento constitutivo de la sensibilidad, por lo que tal vez la traducción más lógica sería: «Tened en vosotros la misma *sensibilidad*» del Hijo de Dios. Se trata un término aún más amplio, porque implica también las elecciones para actuar. Tal es, pues, la meta a la que estamos llamados, sin excepciones.

Y es hermoso pensar, entonces, si esta es la invitación que nos llega de la Palabra, que nuestro Dios no es una divinidad abstracta y lejana, sin rostro y sin sentidos, impronunciable e inaccesible, frío enigma indescifrable e insensible, sino un Dios que ve y siente el gemido de los pobres, es un Dios que tiene «ojos llenos de lágrimas»[5], que sufre y se conmueve, que se deja encontrar y tocar por quien lo busca, que sobre todo busca él mismo al hombre y le prepara una fiesta si este se deja encontrar, que es feliz con su felicidad…

El discurso sobre la sensibilidad humana remite así, directa o indirectamente, al rostro del Eterno, a aquel a quien nadie ha visto, pero que se revela en el ser humano creado a su imagen y semejanza. Y, por tanto, con una sensibilidad semejante a la suya, que debe ser

reconducida a su verdad originaria o evangelizada. ¡He aquí un gran misterio!

En concreto, este es el plan de la obra. Un capítulo inicial sobre el significado general de la sensibilidad. Veremos posteriormente uno por uno sus componentes específicos o elementos constitutivos: sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos, afectos… Y, finalmente, el discernimiento, como componente en cierto modo conclusivo de la sensibilidad, con sus criterios de elección y la valentía de hacer elecciones libres y responsables.

[1] CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, Roma 2016.

[2] A estos podría aplicarse la frase de Séneca: «cuántos sufrimientos desperdiciados si no has aprendido a ser feliz».

[3] Quizá por esto la actividad del papa Francisco sigue suscitando una cierta resistencia, porque sitúa en el centro de atención estas dos realidades desatendidas hasta ahora, especialmente el discernimiento con toda la responsabilidad que implica (cf. la lógica de fondo de *Amoris laetitia* y la propuesta del Sínodo sobre los jóvenes con relación al discernimiento).

[4] Debemos notar que en el texto original griego se utiliza el verbo *phroneîn*, que significa literalmente el modo de actuar-reaccionar ante la vida.

[5] L. BIANCHI, *La messa dell'uomo disarmato*, Sironi, Milano 2005, 572.

1 La sensi bilidad: energía y fuente de energía

TRATEMOS ANTE TODO DE TENER UNA IDEA lo más correcta posible de la sensibilidad humana.

El término no pertenece en modo alguno al lenguaje técnico o la literatura científica, pero tampoco a la ascético-espiritual; por esto la sensibilidad no goza de una gran atenciÓn ni siquiera en el ámbito pedagógico-formativo, como ya hemos dicho, y a veces es vista con

una cierta suficiencia, como algo voluble y liviano, y de escasa fiabilidad. Y, sin embargo, cada día todos experimentamos esta fuerza interior que nos atrae hacia una parte o hacia otra, y que interpretamos de varios modos.

1. Varias interpretaciones

Fundamentalmente, me parece que puedo observar las siguientes tendencias interpretativas de la sensibilidad.

1.1 Sensibilidad como evento relacional

Hay quien ve en la sensibilidad la capacidad de recibir impresiones del mundo exterior, sobre todo humano, mediante los sentidos. O bien, a nivel más profundo, la sensibilidad es aquella actitud que nos permite no solo experimentar sensaciones agradables o dolorosas, sino también intervenir en las emociones del otro, es decir, simpatizar. En este sentido se dice que alguien es sensible si se conmueve con los demás y por ellos, o es capaz de compartir las propias emociones («es de lágrima fácil»); insensible sería el que es indiferente a las emociones del otro y mucho menos expone las propias.

También la relación con Dios podría entenderse como expresión de esta capacidad humana, más o menos desarrollada.

1.2 Sensibilidad como cualidad intelectual

Otros dan preferencia a una interpretación de la sensibilidad como cualidad esencialmente *mental*, es decir, aquella de la que nace una mentalidad, un modo de pensar y ver, un conjunto de convicciones e intereses, que probablemente uno querría transmitir también a los demás (en este sentido se habla de «sensibilizar» a los demás o a la opinión pública). Pero de ella podría derivar también una cierta capacidad crítica o aquella agudeza íntimamente personal que permite distanciarse de la vida y de los otros y evaluar todo de modo subjetivo y original, a veces también con un excesivo sentido crítico. O bien la sensibilidad como intuición, perspicacia y cuanto nos permite *intuslegere* en las personas, en los hechos, en las circunstancias más o menos imprevisibles de la vida y que a menudo irrumpen sin avisar y exigen tomar una decisión en un tiempo breve o muy breve.

Una variante de este tipo de interpretación es la que ve la sensibilidad como una cualidad singular, no solo de tipo mental, que, por ejemplo, hace que una persona se sienta atraída por las expresiones *artísticas*. Sensibilidad, por tanto, como predisposición para el arte o para un modo de hacer arte, y un arte determinado por un gusto específico, al

tratar los colores y las formas, por ejemplo, o al elaborar los sonidos o al representar temas y personajes, al narrar sentimientos humanos, al penetrar y expresar el misterio de la belleza.

1.3 Sensibilidad como capacidad técnica

Finalmente, la sensibilidad no concierne solo al hombre y a lo humano, aun cuando siempre se puede determinar y hacer visible y operacional por el hombre. En lenguaje técnico expresa la capacidad de una máquina, de un aparato o de un dispositivo (por ejemplo, un sismógrafo) para medir y registrar con precisión un determinado fenómeno (en este caso un terremoto), o de recibir los estímulos y las órdenes relativos al funcionamiento previamente recogidos (pensemos en la llamada «caja negra» de los aviones, que registra detalladamente todas las operaciones realizadas antes de un accidente). Todos apreciamos la enorme utilidad de estos instrumentos, vinculada precisamente a su «sensibilidad», entendida como capacidad técnica de percibir y codificar hasta la más mínima actividad.

1.4 Otros significados

También se habla de sensibilidad con otros significados, por ejemplo, para referirse a la susceptibilidad de una película o de un material fotográfico a ser impresionado por la luz, hasta saber cómo reproducirla.

Al igual que se habla, en sentido completamente diverso (y cada vez más inquietante hoy), de *ambientes y objetivos sensibles*, es decir, de realidades diversas (lugares, edificios, obras de arte, etc.) que son consideradas particularmente accesibles y vulnerables (indefensas) y cargadas de significado identitario (simbólico) para eventuales ataques terroristas.

También podríamos hablar de la sensibilidad de las *plantas*, que las haría reactivas al ambiente e incluso –según el parecer de los expertos en el sector– a quien se encarga de ellas; o de los *animales*, ciertamente no inteligentes, pero capaces de reaccionar emocionalmente y, en este sentido, dotados de una cierta sensibilidad.

¿Por qué hemos hecho este rápido recorrido a través de los significados e interpretaciones de la sensibilidad? Porque me parece que encontramos aquí los elementos fundamentales del concepto de sensibilidad: la *relación interpersonal* (con una cierta implicación emocional), la dimensión *intelectual* (con la capacidad de juicio o sentido crítico), el fenómeno técnico de un cierto *automatismo* (que

hace de la sensibilidad algo más bien difícil de modificar), y, en definitiva, lo que nos hace *conscientes y emprendedores* en relación con lo real, pero también *influenciables y vulnerables*.

De un modo más ordenado y lógico, diría que en la sensibilidad podemos reconocer la tríada clásica humana, a saber, los factores mentales, afectivos y volitivos.

Volveremos a ellos posteriormente, pero antes es importante definir aquello de lo que queremos hablar. Tenemos la sensación, en efecto, de que existen muchos prejuicios, equívocos e inexactitudes interpretativas en torno a esta realidad.

2. Definición

La sensibilidad es una *orientación emocional, pero también mental y decisional, impresa en el mundo interior del sujeto por su experiencia personal, a partir de su infancia y, de modo cada vez más significativo, de sus elecciones cotidianas*.

Comienza a formarse, por consiguiente, muy pronto, en el seno de la familia de origen y en virtud de las relaciones con las personas más significativas (que, de algún modo, transmiten su misma sensibilidad al pequeño), pero posteriormente está cada vez más determinada por las decisiones cotidianas de las personas, ya sean menores de edad o mayores, como veremos en seguida.

La sensibilidad, digámoslo inmediatamente, es un gran recurso del ser humano.

Gracias a ella unas realidades, personas, ideales, situaciones existenciales nos atraen mientras que otras, por el contrario, nos resultan insoportables o indiferentes. Mediante la sensibilidad juzgamos siempre buenos o admisibles algunos gestos, estilos o actitudes y otros los juzgamos malos e inadmisibles. La sensibilidad determina atracciones, gustos, deseos, influye sobre los juicios y criterios de valoración de la realidad y de las personas, nos hace gozar y sufrir, hace surgir afectos y pasiones positivas o negativas, hace que se esté convencido y se sea eficaz en lo que se hace, permite hacer la cosas por el gusto de hacerlas, porque uno «siente» que tiene que hacerlas, libre de presiones y obligaciones, despreocupado y espontáneo. Para bien o para mal, obviamente.

A menudo, y esto es un prejuicio, la sensibilidad es considerada prerrogativa de alguien mientras que otros carecerían de ella; y juzgada como cualidad positiva o dato de hecho, incluso cuando es

percibida como excesiva, puesto que permitiría a uno comprender o sentir o sufrir lo que otros no entienden ni sienten ni sufren[1]. En realidad, *todos somos sensibles*, o hemos aprendido a serlo, quizá sin darnos cuenta, en relación con algo o alguien, y a ser insensibles con otra cosa o con alguien, pero no existe nadie totalmente insensible. La insensibilidad sería la muerte, como un electrocardiograma totalmente plano.

Veamos ahora las características de la sensibilidad.

2.1 Fuerza proactiva (no solo reactiva) y ambivalente (no ya determinada)

La sensibilidad no es solo reacción y capacidad de reacción a las situaciones y circunstancias de la vida, sino iniciativa, valentía para dar el primer paso, creatividad para expresarse uno mismo y las propias convicciones. En consecuencia, es fuerza activa y proactiva, que sitúa a la persona en condición de actuar y hacer, no simplemente en una actitud defensiva-pasiva. La sensibilidad es dinamismo interior, no un sistema de protección del yo, que salta solo cuando percibimos nuestro yo o nuestra buena reputación en dificultades. A menudo, de hecho –otro prejuicio bastante extendido–, la sensibilidad se confunde con la susceptibilidad, o con aquellas actitudes que nos hacen irritables y resentidos ante lo que percibimos como ofensivo para nuestra estima. De nuevo, el problema, en todo caso, es entender qué mueve nuestra sensibilidad (¿toda señal de aprecio o no con respecto a nosotros o bien el otro necesitado y tratado injustamente?), con el riesgo quizá de desperdiciar una notable cantidad de energía para mantener y salvaguardar nuestra estima. Pero, en todo caso, no podemos reducir la sensibilidad a una función protectora del yo. Más bien, su función está al servicio de la expresión y la promoción del yo, libre y capaz de hacerse cargo del tú, y se sitúa creativamente con respecto al futuro.

Dependerá después del sujeto la orientación que quiera imprimir a su sensibilidad, que de por sí es dinamismo, pero sin una dirección específica. La sensibilidad es energía, energía valiosa que nos hace vibrar ante la vida, pero es fundamentalmente *ambivalente*: podría llevarnos tanto al bien y al amor al bien, como a su contrario; podría reforzar en nosotros la tendencia autorreferencial o aquella más abierta hacia el otro. No tiene inscrito en sí un objetivo concreto. Es la libertad del hombre la que la orienta, aunque tiene que afrontar condicionamientos y presiones de varios tipos, como veremos. De aquí la importancia de esta reflexión, para asumir de nuevo nosotros mismos el derecho-deber de intervenir sobre la orientación que queremos dar a esta energía, y, en el fondo, a nuestra vida; o sobre lo

que determina en nosotros a quién o a qué apreciar o detestar, por qué y por quién apasionarnos y estar dispuestos a sufrir, dónde encontrar ese algo adicional que da sabor a la vida, aquello por lo que jugarnos y apostar en todo instante lo que somos…

Así pues, se trata de una fuerza reactiva y proactiva, abierta en sentido oblativo o egoísta.

2.2 Omnipresencia y tipología

La sensibilidad es, por consiguiente, un concepto general, pues expresa siempre la orientación general que una persona ha dado o está dando a su existencia (por ejemplo, ser solidaria o estar centrada solo en el yo, abierta al misterio o replegada en la propia economía…), pero es posible, y muy útil para conocernos bien, observar las diversas áreas de la personalidad en las que estamos madurando una cierta sensibilidad.

La sensibilidad, en efecto, abarca toda la vida y toda expresión existencial, se manifiesta en varios niveles y en diferentes ámbitos; no hay nada en nosotros y en nuestra historia, como individuos y como seres relacionales, que no encaje en un cierto tipo o nivel de sensibilidad. Hemos dicho que es energía, pero su dirección o contenido está definido exactamente por el tipo o nivel específico de sensibilidad en cuestión. En consecuencia, es mucho más pertinente hablar no de una sensibilidad general, sino de los varios ámbitos en los que se manifiesta. El mismo grado de madurez de la persona puede condensarse en un único indicador o juicio de evaluación, pero se explicará de modo mucho más correcto y en correspondencia con la efectiva realidad de la persona si se descompone en más datos, correlacionado con los diversos tipos de sensibilidad en los que ha madurado más o menos la persona.

Por ejemplo, existe una sensibilidad *relacional*, que indica hasta qué punto es el otro importante para mí, en qué medida está abierta mi vida efectiva y afectivamente al otro, y cuánto estoy dispuesto a interrumpir mi camino para pararme a socorrer a quien lo necesita (cf. Lc 10,29-37). O una sensibilidad *intelectual*, que manifiesta el gusto de quien busca la verdad con sus medios e instrumentos, de quien tiene intereses intelectuales. O una sensibilidad *estética*, que expresa otra búsqueda esencial, la de la belleza, de lo que da sentido y belleza a la vida y a la persona en todos sus aspectos (pensemos en qué llega a ser la oración si no es también experiencia de belleza).

También existe una sensibilidad *creyente* (de la que nace o en la que

consiste la fe), que remite a aquel que ha aprendido a buscar el Misterio en toda acción y situación y más allá de estas, dentro y fuera de sí (el *vir ob-audiens* que se lleva una mano a la oreja para tratar de capturar también la «brisa de un viento sutil» [1 Re 19,12] en la que Dios se manifiesta y se oculta). Una sensibilidad *espiritual*, típica de quien no se detiene en la superficie de las cosas y de los sucesos, sino que ha aprendido a gozar de las cosas espirituales, de la oración, del silencio, de la soledad con Dios, de la Palabra, de las bienaventuranzas. Una sensibilidad *moral* (normalmente llamada conciencia[2]), que permite discernir el bien y el mal, «sentir» dentro de uno algo como bueno o malo, detenerse ante lo que está bien hacer. O, cercana y posterior a ella, la sensibilidad *penitencial*, que consiste en sentir dolor por el mal cometido, apenarse por ello y pedir perdón (la sensibilidad, para entendernos, que le ha faltado a la gran mayoría de sacerdotes y religiosos que han cometido abusos sexuales y que nunca pidieron perdón a nadie, simplemente porque no creían que tenían que pedirlo[3]). La sensibilidad *vocacional*, que es la actitud de quien se siente llamado y busca cada día aquella voz que pronuncia su nombre y le revela el puesto que debe ocupar en la vida (con la crisis actual de vocaciones es precisamente esta sensibilidad la que debe aumentar, tanto en la Iglesia que llama, ante todo, como en el joven, para que se deje llamar). La sensibilidad *formativa*, de quien ha aprendido a dejarse formar por la vida durante toda la vida (de aquí la idea de la formación permanente), el tipo *docibilis* que ha aprendido a aprender[4]. La sensibilidad *decisional*, que se aprende a través de las elecciones de cada día y que hace crecer en el sujeto el sentido de responsabilidad con respecto a la propia vida y el discernimiento como estilo habitual del creyente. La sensibilidad *política*, gracias a la que nos sentimos parte de una comunidad civil, de la que hemos recibido mucho y seguimos recibiendo, y a cuyo bien o bienestar estamos llamados o sentimos el deber de contribuir. La sensibilidad *pastoral*, que es el modo de sentir típico del pastor que tiene el olor de las ovejas y quiere bien a su gente, que está aprendiendo a tener en sí los sentimientos del Buen Pastor. La sensibilidad *ministerial*, del siervo, de aquel que se siente así y ocupa con naturalidad el último lugar, no busca cosas grandes porque encuentra su alegría en el privilegio de servir.

Podríamos continuar con otros tipos de sensibilidad (litúrgica, bíblica, eclesial, orante…; pero también civil, ecológica, histórica, poética, artística, didáctica…), pero creo que es suficiente hojear la lista propuesta para entender la riqueza del concepto y la necesidad de someterlo a un riguroso camino educativo-formativo. Todo lo que hacemos o sentimos o por lo que nos apasionamos en la vida es

expresión de nuestra sensibilidad personal y encaja más o menos en uno de los tipos de sensibilidad que acabamos de ver.

2.3 Cada uno tiene la sensibilidad que se merece

Ya lo hemos mencionado en la definición: la sensibilidad se forma en nosotros desde los primeros días de vida, inmediatamente, por consiguiente, gracias a las relaciones y a la experiencia vivida en la familia de origen. En tal sentido puede decirse que llega a ser determinante la sensibilidad de los padres, que se transmite, hasta un cierto punto, a la del niño, cuyo crecimiento coincidirá cada vez más con la experiencia de su autonomía y responsabilidad, sobre todo en las elecciones que hará y que orientarán su sensibilidad en una dirección o en otra.

En este sentido, nadie puede decir con absoluta seguridad que la sensibilidad sea totalmente innata ni totalmente adquirida: quizá existe un núcleo originario, relacionado con el carácter (temperamento) o con el equilibrio neurovegetativo del individuo, con el que nace y que da ya una cierta orientación a su sensibilidad. Lo que sí sabemos con total seguridad es que la sensibilidad está también vinculada a cuanto ya hemos dicho: a la experiencia relacional y vital primordial y, posteriormente, cada vez más, a las elecciones sucesivas que hará la persona. Elegir, en efecto, significa orientar la energía en una determinada dirección. Por eso, cada elección, pequeña o grande, consciente o no, visible u oculta, explícita o implícita, relevante o irrelevante, es de hecho significativa, expresa una orientación ya existente y, a su vez, la confirma (o no, si va en la dirección contraria). En todo caso, no es inocua, sino que deja una huella, tiene consecuencias para la propia orientación de vida, reforzándola o debilitándola.

Probablemente aquí encontramos otro prejuicio, a saber, que existen elecciones importantes y otras que no lo son, por lo que a veces puede pensarse que «la elección que estoy haciendo es de poca monta, ciertamente es una pequeña concesión a mi instinto (afectivo, sexual, autorreferencial), pero no incidirá en mi elección de vida, aun cuando no está en plena sintonía con ella». Pero la realidad no es así en absoluto, precisamente porque en cada elección se produce una energía que va de hecho en una dirección o en otra; por tanto, si esa elección no está del todo en línea con mi identidad-verdad, la energía no va en la dirección de mi identidad (o de mi vocación), sino en la *opuesta*, es decir, refuerza sentimientos, deseos y atracciones que van en *otro* sentido, y que, a partir también de esa elección o de aquella pequeña concesión leve, sentiré inevitablemente como más influyentes

y determinantes mis acciones presentes y futuras.

Nadie puede, por consiguiente, pensar que la sensibilidad es algo que le ha caído encima, como algo innato, recibido de la naturaleza como herencia o dote. No, *cada uno es responsable de la propia sensibilidad, que va construyendo con las elecciones de cada día*. En términos aún más directos y un tanto duros: *cada uno tiene la sensibilidad que se merece*.

2.4 Sistema que se autorregenera

Una prerrogativa muy importante de la sensibilidad es que parece autorregenerarse y, por tanto, consolidarse cada vez más según la orientación inicial, si la persona no ha aprendido a intervenir sobre ella con inteligencia y a reorientarla de ser necesario.

Acabamos de decir, en efecto, que una elección, sobre todo si se repite, termina reforzando los elementos constitutivos de la sensibilidad, desde los deseos a las atracciones (lo veremos en breve), es decir, crea una familiaridad con el objeto de la elección, lo hace sentir como cada vez más gratificante, pero también como normal, por consiguiente, *lícito y bueno*. Dicho de otro modo, la elección habitual no solo hará a la persona cada vez más dependiente de esa particular gratificación, sino que influirá también en sus criterios ético-morales para juzgar o «sentir» esa acción determinada como buena y legítima, o al menos como no ilegítima.

Por eso hemos definido la sensibilidad como orientación no solo *emocional* (crea gratificación que atrae), sino también *volitiva* (influye en la decisión), y, finalmente, incluso *mental* (capaz de condicionar los juicios morales del individuo). Y justo por eso, la orientación se afirma cada vez más, y la sensibilidad es cada vez más atraída en esa dirección y justificada por el sujeto, como actitud mental que genera una praxis habitual (y a su vez es generada). Ya podemos entrever la relación entre sensibilidad y discernimiento.

En efecto, esto explica por qué a menudo somos más bien rígidos al justificar lo que nos sugiere nuestro mundo interior o, al contrario, ni siquiera pensamos en tener que confrontar lo que nos apetece hacer con un cierto código de comportamiento moral, cualquiera que sea, o con los otros (con quien nos cuestiona o quisiera hacernos reflexionar sobre la presunta bondad de esa acción). Hoy es bastante frecuente toparse con este tipo de autojustificación de la conducta, que no nace de la referencia a una norma, sino, sin más, del hecho de que «me apetece hacerlo», y punto: ese «me apetece» es como mi norma ética, pero en realidad es norma *a-moral*, pues no surge de una

confrontación con una regla objetiva, ni con la bondad o el valor intrínsecos de la acción en cuestión. A menudo, ese «me apetece hacerlo» se convierte, prejuiciosamente, en un pretexto (« *no puedo* hacer nada si mi sensibilidad me orienta en tal dirección»), o un derecho a actuar realmente de ese modo (« *tengo* que hacer lo que siento»); en realidad, es también un sometimiento, una especie de dependencia de la sensación interior; o se confunde con la «valentía de ser uno mismo», como una señal de madurez de la que jactarse; o con la llamada «libertad de conciencia», expresión de la que intencionadamente se abusa actualmente, sin prestar ninguna atención a cómo se ha formado la conciencia, o la sensibilidad moral, para llevar a esa sensación. Volveremos sobre esto.

En este sentido, podemos decir que la sensibilidad es un sistema que tiende a funcionar en nosotros como un circuito cerrado, autoalimentándose de modo que mantiene la orientación y persigue el mismo objetivo, influyendo necesariamente también en el discernimiento.

En este mismo sentido, decimos que la sensibilidad no es solo energía, sino que *produce energía*, puesto que determina y hace nacer gustos, deseos, sueños, proyectos, entusiasmo, decisiones, elecciones (o rechazos) vocacionales… y todo cuanto vaya en la misma dirección para lograr el mismo objetivo. La vitalidad o vivacidad de una persona está estrechamente unida a su modo de vivir la sensibilidad. El apático o el mediocre es como si hubiera renegado de esta valiosa fuente de energía o nunca hubiera aprendido a gestionarla con inteligencia o a dirigirla en la dirección justa.

2.5 ¿Es posible formar la sensibilidad (es decir, tiene la sensibilidad su gramática)?

Ya hemos respondido a esta pregunta en el apartado 2.3, cuando hemos hablado de la responsabilidad de cada uno con respecto a la sensibilidad que encuentra o que se ha formado él mismo. Pero, al existir al respecto un prejuicio bastante sólido y resistente, afrontamos la cuestión desde otro punto de vista.

De hecho, también en el ámbito psicopedagógico hay quien piensa que no tiene sentido considerar la sensibilidad como objeto de formación, pues la sensibilidad sería como una energía instintiva y natural, congénita e inmodificable («soy así, ¿qué puedo hacer?»). Pero con el riesgo de encontrarnos, sin la atención formativa, con una sensibilidad reducida a fuerza bruta, nunca o mal educada, con sentimientos y deseos nunca discutidos porque «es necesario aceptarse a uno mismo y

podría ser incluso peligroso inhibir o eliminar lo que uno siente». El problema es cultural en sentido amplio, vinculado a una cierta mentalidad contemporánea muy ceñida a la línea de que la pulsión interior es intangible y no se puede cuestionar, como aparece en cierto tipo de expresiones que quién sabe cuántas veces hemos oído en nuestro entorno (o dentro de nosotros): «respeta lo que sientes», «sé libre de ser tú mismo», «ten la valentía de manifestar lo que eres y sientes», «sé espontáneo, no reprimas lo más bello que tienes, tu naturaleza», «advertir en ti una atracción es motivo suficiente para satisfacerla, es más, tienes el deber de hacerlo», «no te contengas ni te reprimas, que no es bueno para la salud, enorgullécete de tu humanidad y serás feliz»[5]…

En realidad, es estúpido, y a veces peligroso, adoptar siempre el principio, aunque sea sugerente, del «ve a donde te lleve el corazón». O, al menos, hay que ver primero en qué atracciones se ha educado el corazón, dónde tiene su tesoro, o en qué dirección se han habituado a ir las atracciones, las pulsiones, los sentimientos… En efecto, todo depende del camino formativo, que, por consiguiente, es posible y que de hecho todos llevan adelante en sentido positivo y coherente con la propia identidad o en sentido negativo e incoherente con la propia identidad, bien consciente y atentamente, o inconsciente y descuidadamente, como probablemente sucede en la mayoría de los casos.

Quien no asume seriamente la responsabilidad de formar la propia sensibilidad se encontrará, antes o después, ignorándola o no sabiendo cómo gestionar sentimientos o impulsos, y sufriendo, en consecuencia, la llamada «dictadura de los sentimientos», es decir, no será ya libre de dirigir esta valiosa energía o este rico mundo interior según sus ideales de vida o según su identidad. O no ha aprendido nunca la gramática, el recorrido ordenado que seguir, o concluirá que no existe ninguna gramática de la sensibilidad.

¿No impera quizá esta dictadura en la actualidad? Lo cómico, o lo triste, es que a menudo quien se encuentra sometido por esta autoridad no se da cuenta o, lo que es peor, confunde la propia esclavitud con la sensación, la ilusión, la reivindicación de ser libre.

2.6 La identidad como punto de referencia educativo y formativo

Si el trabajo de formación de la propia sensibilidad es posible y conveniente, es necesario clarificar bien la base sobre la que debe realizarse o cuál debería ser su punto de referencia y de llegada. Ya en el pasado, en efecto, se hablaba de algo parecido, pero en sentido solo

negativo: se llamaba «mortificación de los sentidos», como una ascesis dirigida a reprimir el ejercicio de un elemento fundamental de la sensibilidad como los sentidos (y, sin embargo, no el único), pero en la que no estaba suficientemente claro el punto de llegada o el objetivo positivo, con el riesgo de convertirse en una especie de renuncia por la renuncia, sin la necesaria motivación desde una perspectiva de crecimiento de la propia sensibilidad humana y cristiana.

En realidad, si la sensibilidad es parte relevante de nuestra personalidad y contiene energía que nos hace capaces de pasión, es indispensable que esté en *íntima armonía con nuestra identidad personal y sea coherente con ella*. Que, de algún modo, surja de ella y reconduzca a ella, promoviéndola y reforzándola.

Para todo creyente, tanto más si está comprometido en el testimonio ya sea como laico, persona casada, presbítero o religioso, el punto de referencia para su identidad son, como ya hemos recordado, *los sentimientos o la misma sensibilidad del Hijo, del Siervo, del Cordero*, obviamente según la específica vocación particular. En consecuencia, por tanto, será llamado a tender hacia un objetivo que parece humanamente inalcanzable y al mismo tiempo se realiza en lo humano, en los sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos, afectos, etc. Nada, ningún aspecto de la propia humanidad queda fuera en este itinerario, puesto que todo lo que la persona experimenta en sí se verifica mediante lo que el hombre Jesús vivió en su corazón, y se convierte en lugar y momento de formación. La formación gana así concreción y también profundidad: convertir o evangelizar sentidos y sentimientos, emociones y deseos, gustos y criterios de valoración, elecciones y modos de elegir, no es lo mismo que cambiar gestos y comportamientos: exige una intervención formativa que llegue realmente al corazón, en el sentido bíblico del término, como sede del pensamiento y del amor, del querer y del decidir. De lo contrario, si se detiene en lo exterior, es pura intervención estética, y, finalmente, fariseísmo.

Por otra parte, si la identidad (o el propio yo ideal, la propia vocación) no inspira la sensibilidad o pretende prescindir de ella, es solo teoría y veleidad, como un ideal no suficientemente amado ni deseado, mientras que la sensibilidad (sentimientos, impulsos, emociones) es en la práctica ignorada o infravalorada o temida. Si, en cambio, es la sensibilidad, a su vez, la que pretende afirmarse sin inspirarse en la identidad de la persona y sin conformarse a ella, corre el riesgo, al no tener una norma, de convertirse en algo salvaje y puramente instintivo, siendo tal vez espontánea, pero en absoluto

libre, como hemos recordado anteriormente.

En el primer caso tendremos a una persona quizá fiel al deber, pero un poco menos a sí misma y a su verdad, persona e incluso apóstol sin pasión ni creatividad; en el segundo caso, el individuo será disperso e incoherente, con un sutil caos interior que lo pone en contradicción consigo mismo y de nuevo lo aleja de lo que está llamado a ser.

En ninguna de las dos situaciones tendremos una persona consistente en la que todas las energías van en la misma dirección, la de su identidad y verdad.

Quizá antes la formación iba en el primer sentido; hoy el riesgo es que predomine el segundo.

2.7 «¿Sois de los nuestros o venís del enemigo?»

Hablábamos de la diferencia entre un cierto modo de proceder en el pasado y en el presente. Sin hacer un juicio demasiado fácil al pasado, es evidente el modo específico de afrontar la sensibilidad por parte de la ascética tradicional con vistas a un discernimiento. Me explico con un ejemplo. Si, antes, un individuo sentía dentro de sí, y lo confesaba al director espiritual, antipatía, rechazo, malestar relacional con otro, a menudo escuchaba del director un discurso más o menos así: «Lo que sientes dentro de ti no es tan importante. Lo que cuenta es tu comportamiento. Por tanto, no le des demasiada importancia a tus sentimientos negativos, y mucho menos les hagas caso; lo que debes hacer es simplemente ignorarlos o tratarlos como una tentación que debe vencerse. Lo que es importante es que no actúes según lo que sientes, si es hostil al otro, y, por tanto, basta con que trates a esa persona con amabilidad y elegancia. Es más, si no te resulta espontáneo buscarla o frecuentarla, aprende a reaccionar a este sentimiento natural con una conducta exactamente contraria, eligiendo estar a su lado y prefiriendo incluso su compañía, porque… ¿sabes qué te digo? Que tu mérito será aún mayor si actúas haciéndote violencia y oponiéndote a lo que sientes en el corazón. Tal vez, con el paso del tiempo, si eres fiel a este modo de actuar, ese tipo llegará incluso a caerte simpático…».

La exhortación tiene su lógica y muestra una «buena voluntad» que debe ser respetada. Pero incurre en un error imperdonable en el plano puramente formativo: el de no provocar que el otro se interrogue ante todo sobre el *significado* del sentimiento negativo que está experimentado, a preguntarse *de dónde* viene, *cómo* ha aparecido en su mente y corazón, y *por qué* lo siente hacia esa persona y no hacia

otras. La invitación a no prestar atención al sentimiento de antipatía no estimula a preguntarse qué ha pasado en la vida del individuo para sentir en un determinado momento el rechazo al otro. En suma, resulta muy insuficiente (o muy fácil), y al final frustrante y contradictorio, intervenir solo sobre el comportamiento externo o autojustificarse alegremente diciendo apresuradamente que un sentimiento de antipatía o de rechazo es «natural», sin preguntarse por su causa.

Mirando al pasado, es muy interesante observar lo que los padres del desierto enseñaban a hacer con los propios pensamientos, para no sufrirlos, sino para, en cierto modo, someterlos a un interrogatorio: «¿De dónde venís? ¿Sois de los nuestros o venís del espíritu del mal?». Si los afrontas de este modo, añadían seguros estos eremitas, sabios conocedores del corazón humano, esos pensamientos tendrán que confesarte su origen[6]. Entonces, y solo entonces, una vez que hemos descubierto su procedencia (buena o mala), podremos actuar como corresponde con todo lo que se nos pasa por la cabeza o encontramos en el corazón: pensamientos o afectos, emociones y sensaciones, favoreciendo lo que tiene buena raíz y no da curso a cuanto está viciado en su raíz.

La verdad es que si una cierta realidad (idea, sentimiento, atracción, rechazo, tentación) aparece de alguna manera o está cada vez más presente en nuestro mundo interior, quiere decir que nos pertenece, forma parte de nosotros, no cae del cielo ni la ha puesto nocturnamente en nuestro campo «el enemigo» (cf. Mt 13,24-30). De algún modo, somos responsables de ella, al menos de cuanto hacemos para entender su origen o intuir a dónde podría llevarnos, para comprender lo que nos dice de nosotros mismos, conocido o no o incluso inconsciente; también somos responsables de lo que hacemos para tenerla bajo control en nuestro examen de conciencia (verdaderamente «de conciencia», pues nos ayuda a descubrir lo inconsciente[7]), y dejarla después en manos de la misericordia del Señor en el momento penitencial, para que él nos libere con nuestra colaboración responsable. Así pues, de esta atención, sobre todo si es habitual, surge un gran beneficio: un mejor conocimiento de nosotros mismos y de las áreas en las que deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en el camino formativo de la vida.

Es decir, no basta con corregir la conducta o preocuparse de que esta sea perfecta (o salvar las apariencias), lo necesario, en cambio, es que todo lo que es percibido como disonante con respecto a los propios valores y la propia identidad sea criticado o discutido, purificado, descubierto en su posible raíz pagana, reorientado… De lo contrario,

recaemos en una forma moderna de fariseísmo, de conducta falsa, de realidad esquizofrénica que oculta lo corrupto y permite al individuo no criticarse y engañarse a sí mismo. Pero no a los demás, que percibirán que su testimonio es débil y no creíble y darán la espalda a su palabra.

2.8 Para ser creyentes felices (pero también para saber llorar)

Cuanto decimos sobre la sensibilidad tiene una notable importancia tanto para el camino creyente como para el camino humano. En efecto, la sensibilidad nos permite vivir plenamente nuestra humanidad, la profundidad de las emociones, la intensidad de los sentimientos, la riqueza de las intuiciones, la constante novedad de una vida que se deja atraer por lo que es verdadero, bello y bueno, que nosotros, los creyentes, reconocemos en el Dios de Jesucristo. El camino de formación de la sensibilidad es un verdadero camino de fe, porque mediante ese camino nuestros sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos y deseos aprenden progresivamente a ver, sentir, tocar y desear a Dios.

Una fe sin sensibilidad es solo intelectualismo o moralismo, no es fe. Gracias a la sensibilidad, en cambio, aprendemos a *disfrutar* también intensamente de lo que está vinculado a nuestra identidad (nuestra verdad) y de un modo coherente con ella: disfrutamos de Dios y de ser hijos suyos, disfrutamos de su amor y de estar llamados a amar y gozar a su manera, como él; disfrutamos haciendo las cosas por él y ante él y solo para él, por el gusto de hacer que algo le sea grato y gozando de su mirada; nos sentimos felices de amar a los demás y de poder servirlos; nos sentimos contentos (o bienaventurados) incluso cuando la vida no nos sonríe y somos vituperados u ofendidos, humillados y tratados injustamente, como los apóstoles «contentos de haber sido ultrajados por amor a Cristo» (Hch 5,41).

En suma, no solo hacemos nuestro deber, tal vez con cierta pena y nostalgia por una vida más alegre y con menos obligaciones, sino que *disfrutamos haciéndolo*. Y esto gracias a la sensibilidad y a su formación, que nos permite amar nuestra identidad y la verdad de nuestro ser como algo bello, desearla como algo que realiza al máximo nuestras posibilidades, y elegirla cada día de nuestra vida como aquel misterio que nos revela a nosotros mismos y nos permite dar sentido a cada fragmento de nuestra historia.

¡Dios no quiere soldaditos obedientes, sino hijos felices!

Un triste cumplidor (de normas y preceptos, de votos o de la tradición,

etc.), aunque es perfecto en su observancia comportamental, entre otras cosas, es un sacerdote o religioso o laico que no da ninguna garantía de fidelidad, porque es como una persona dividida interiormente: por fuera, una conducta perfecta, pero, por dentro, gustos y atracciones en sentido contrario, que, dada su tristeza, no ha aprendido nunca a gozar de una vida pobre y casta, humilde y *ob-audiens*, de la intimidad con Dios, amigo y amado, del servicio a los más pobres…

La formación de la sensibilidad nos hace capaces al mismo tiempo de *sufrir y llorar*, que es la otra gran cualidad y dignidad del ser humano, pero no de sufrir por mí mismo y por mis meteduras de pata en público, sino por aquello por lo que merece la pena padecer, es decir, por cuanto aún no está en conformidad con mi identidad. Y, por tanto, capaz de sufrir por mi pecado y por no dejarme amar por el Eterno; capaz de « *sufrir a Dios*»[8], su silencio y su misterio, su ausencia y su no dejarse encontrar donde yo querría que estuviera. La atención educativa a la sensibilidad libera para sufrir *a la manera de Dios*[9] y con su misma sensibilidad, por aquello que puede provocar el sufrimiento de Dios, es decir, por el hombre que se aleja de él, por el hombre que es rechazado por el hombre, por quien está perdiendo su dignidad.

La sensibilidad, en estos casos, es decir, cuando entramos en contacto con el sufrimiento humano y con alguien concreto que nos cuenta su propio dolor, es capaz de someternos al examen de conciencia más veloz y veraz en torno a esta pregunta: ¿soy capaz de sufrir por el sufrimiento del otro? ¿Me siento mal al pensar en sus dramas o me olvido de ellos una vez que se ha ido? ¿Es libre mi corazón para acoger al menos un poco del dolor escuchado? El otro, que me ha contado su pena, ¿se marcha aliviado después de conversar, porque ha podido depositar en mí al menos una parte, por pequeña que sea, de su drama?

Si puedo responder afirmativamente a estas preguntas, entonces mi sensibilidad se está formando en la dirección justa, determinando los discernimientos apropiados. De lo contrario, sería solo una ficción. Y también mi conversación con la persona desesperada, la acogida y la escucha que creo haberle ofrecido, incluso mis palabras de consuelo… todo corre el riesgo de ser solo apariencia que no llega al corazón del otro, porque no sale de un corazón que haya aprendido a sufrir y llorar por el otro, que haya aprendido la com-pasión. Como el de Jesús.

Hemos hecho anteriormente una rápida referencia a la escasa

sensibilidad penitencial y moral de quienes han estado involucrados en los sórdidos casos de los abusos sexuales.

Pero el problema no parece solo de aquellos pocos (respecto a la mayoría no involucrada) que han cometido tales abusos, al menos en el pasado (no del todo pasado y superado), sino que era de toda la Iglesia, que tendía a encubrir estos hechos, a ocultar todo, para evitar los escándalos, decía (autojustificándose), y proteger la buena fama del «reverendo» abusador. Pero ¿qué credibilidad (y sensibilidad) muestra una Iglesia más preocupada de la buena fama de ella y de sus ministros que del sufrimiento de tantas de sus víctimas? ¿Dónde está el Evangelio en todo esto? ¿No es este el verdadero escándalo, es decir, el de una Iglesia que no sabe com-padecerse?

2.9 Para toda la vida

Justo del análisis de la función y de la importancia de la sensibilidad surge el concepto de *formación continua*. Una vez clarificado qué es la sensibilidad, nos encontramos inevitablemente en su interior la lógica de la formación permanente. Se trata de una idea realmente nueva de estos tiempos sobre la identidad del creyente y del consagrado y de su formación, y que aparece inmediatamente no tanto como una cuestión de intervenciones extraordinarias desde el exterior (cursos especiales periódicos o *puntuales* sobre cuestiones de interés, espirituales o pastorales) solo para mantener el ritmo, sino como *el modo de ser de quien ha entendido que él es el responsable del propio crecimiento, y que el crecimiento se concentra en la propia sensibilidad y se decide sobre todo a partir de ella*, para que sea coherente con la propia identidad vocacional. Si la formación, en efecto, consistiera solo en el aprendizaje de nuevas actitudes o en cambiar ciertos comportamientos y modos de vivir, podría ser suficiente un tiempo más bien limitado. Pero si se trata de llegar a tener en uno mismo los mismos sentimientos del Hijo obediente, del Siervo sufriente, del Cordero inocente, entonces resulta claro que se necesita toda la vida, incluida la muerte. En realidad, todos sabemos bien que es la vida la que nos forma, no el noviciado o el seminario. La formación inicial, en todo caso, tiene la tarea de inspirar en la persona la disponibilidad a dejarse formar durante toda la vida[10].

Es un camino que durará toda la vida.

2.10 Elementos constitutivos

Finalmente, al terminar de presentar las características esenciales de la sensibilidad, veamos de qué «está hecha» la sensibilidad o cuáles

son sus contenidos o elementos constitutivos. Ya nos hemos referido a ellos anteriormente de forma dispersa. Ahora queremos explicitar cuánto a veces se da por descontado y corre el riesgo de no ser nunca indicado con precisión. Con la consecuencia de que muchos hoy, también entre quienes trabajan en el ámbito de la formación, no sabrían señalar tales elementos, ni tienen idea de cómo se forman, y, en particular, cuáles podrían ser las consecuencias y las repercusiones de ese proceso evolutivo en la vida ministerial y espiritual.

Imaginémonos, además, cómo podrían acompañar un itinerario de formación.

Por ahora nos contentamos simplemente con nombrar estos elementos, para analizarlos después, en los capítulos posteriores, desde el punto de vista de la formación.

La formación de la sensibilidad comienza con los *sentidos*, nuestros cinco sentidos, que ponemos continuamente en acción para garantizarnos la relación (la conexión) con la realidad; pero quizá no conocemos suficientemente bien el tipo de conexión que vincula los sentidos *externos* con los sentidos *internos*, igualmente activos y eficaces.

Estrechamente vinculadas a los sentidos –tienen la misma raíz– se encuentran las *sensaciones*, es decir, una reacción inmediata, sobre todo psicosomática, a la realidad que vivimos. Y, después, las *emociones*, que expresan siempre la respuesta, más de tipo emocional y menos relacionada con el cuerpo, a la realidad misma.

Las emociones que se convierten más frecuentemente en acciones tienden a crear *sentimientos*, que señalan ya algo estable en el interior, y sobre los que debería centrarse la acción formativa.

Los sentimientos, en efecto, imprimen ya una orientación al rico mundo interior del individuo, y pueden hacer nacer *afectos*, como vínculos profundos y estables, o incluso *enamoramientos y pasiones*, por otras personas o por un ideal de vida. Con la consecuencia natural –siempre en el plano sentimental– de *deseos, expectativas, sueños, fantasías*, pero también –en el plano intelectual– de *pensamientos, proyectos, criterios valorativos ético-morales* y –a nivel volitivo– de *criterios de elección, motivaciones y elecciones concretas*.

Podría decirse que los sentidos, las sensaciones, las emociones y, en parte, los sentimientos, expresan la sensibilidad en su fase *reactiva*. Mientras que los sentimientos y, después, los deseos, los pensamientos,

los criterios de evaluación y decisión, y aún más los afectos y las pasiones, manifiestan la sensibilidad como fuerza *proactiva*, que discierne y decide.

Tengamos siempre en cuenta que a todo este itinerario le ocurre como al río Guadiana, es decir, solo a veces aflora a la consciencia plena, a menudo transcurre de incógnito, por debajo de ella, escapando a cualquier observación o a los instrumentos normales de detección adoptados en la formación. Esta particularidad hace aún más complejo el discurso al respecto y requiere un cierto tipo de atención.

3. El Espíritu Santo, sensibilidad de Dios

Al terminar este intento de descripción, podemos quizá saltar más allá del nivel seguido hasta aquí, es decir, el del análisis sobre todo psicológico o psicopedagógico, y observar –con un tanto de presunción– lo que sucede a un nivel trascendente y teológico, incluso dentro de las relaciones intratrinitarias. Sin pretensión alguna de hacer afirmaciones teológicas demasiado comprometidas y de descubrir quién sabe qué, me parece captar asonancias significativas entre cuanto hemos dicho hasta ahora de aquella particularísima expresión de la personalidad humana que es la sensibilidad y la tercera persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, tradicionalmente envuelta por un halo misterioso.

Si el Espíritu Santo es y representa la fuerza del amor divino, o la relación entre el Padre y el Hijo, eternamente orientados el uno hacia el otro, y si la sensibilidad indica la orientación afectiva de la persona, no me parece impropio llamar al Espíritu *la sensibilidad de Dios*, aquel en quien el Padre Dios y el Hijo Dios manifiestan juntos su corazón, sentimientos, emociones, atracciones, pasiones… ¿No es tal vez el Espíritu Santo la imaginación altamente desordenada y también ordenada de la divina energía de amor creativo y redentor? [11]

Sin pretender quitar nada a ese halo de misterio simplificando cuanto es trascendente e inaccesible, es la misma historia de la salvación, y en particular los gestos salvíficos de Jesús, que actuaba por obra del Espíritu, en los días de su vida terrenal, la que nos desvela esta asonancia luminosa, haciéndonos más familiar y comprensible el misterio, tanto el divino (vinculado al Espíritu) como el humano (conectado con nuestra sensibilidad, también a veces misteriosa).

Por eso Jesús hace frecuentemente referencia al Espíritu Santo, cuando exulta de alegría en el Espíritu (Lc 10,21), cuando nos lo

promete como aquel que nos da consolación y fuerza y mantiene viva en nosotros la presencia del Hijo haciéndonos comprender su palabra (cf. Jn 16,4-15); y es siempre el Espíritu quien parece conducirlo durante la existencia terrenal, incluso en el momento dramático de las tentaciones en el desierto (cf. Mc 1,12). Por otra parte, Pablo nos recuerda que el Espíritu es aquel en el que nos es únicamente posible decir «Abbá, padre…» (Gal 4,6; Rom 8,15), pues la oración es verdadera solo si está llena de emoción filial, grito orante apasionado, corazón colmado de amor, arrepentimiento sentido. Y entonces, si todo eso es verdad, cuando oramos es el Espíritu el que ora en nosotros, y *la oración humana es el espacio de la sensibilidad divina en nuestro corazón*[12].

¡Misterio grande y además presente en aquella realidad tan humana, y, por tanto, pequeña, que es nuestra sensibilidad!

[1] Sería el caso de quien, siendo débil desde un punto de vista afectivo, necesita sentirse amado excesivamente y escruta todas las situaciones y relaciones desde este punto de vista, dando un gran peso a toda señal positiva y negativa. Es evidente que se trataría de una sensibilidad enferma, de alguna manera, orientada exageradamente en una dirección específica, la del amor que quiere recibirse (o pretenderse), lo que, probablemente, hace a la persona insensible a dar afecto y hacerse cargo de los demás.

[2] Yo prefiero la expresión «sensibilidad moral» porque expresa la globalidad-totalidad de esta experiencia mucho mejor que el término «conciencia», que remite principalmente a la dimensión de la consciencia y del análisis mental. Sugerente es la intuición de Fumagalli que habla de la conciencia como eco de Dios y de su Espíritu en el corazón y la mente del creyente. El problema, como veremos, es que ese eco puede ser perturbado y sofocado por una cierta contaminación acústica externa e interna del sujeto (cf. A. FUMAGALLI, *L'eco dello Spirito. Teología della coscienza morale*, Queriniana, Brescia 2012).

[3] El escritor A. Pronzato, a propósito de la sensibilidad penitencial, hace esta simpática «oración breve» a san Pedro. «Pedro, te recomiendo que cuides bien del gallo que te hizo derramar lágrimas de arrepentimiento. No sé si te han informado, pero está amenazado. Haz que nadie ose estrangularlo. Nos veríamos privados del don incomparable del remordimiento» (A. PRONZATO, *Un prete si confessa. Farsi trovare da Dio*, Gribaudi, Milano 2013, 44).

[4] En el fondo, la *docibilitas* es ella misma una forma de sensibilidad; podríamos llamarla «sensibilidad discipular (del discípulo de esa maestra que es la vida)».

[5] Que sea posible formar la sensibilidad se demuestra por su opuesto, es decir, por la posibilidad de su deformación. Narra Primo Levi, en su dramático *Los hundidos y los salvados*, que las SS exigían la colaboración de algunos prisioneros, elegidos para las operaciones más viles y repulsivas, como el grupo encargado de la gestión de los hornos crematorios («la zona gris», como la llama Levi). Al principio, los guardias nazis eran muy desdeñosos con estos colaboradores forzados, en realidad privilegiados, pero después, con el paso del tiempo, se formó cada vez más una relación entre iguales, cuando los guardias constataban que habían logrado transmitir sus mismos sentimientos perversos a esta gente, que así salvaban su vida. Si el ser humano puede caer tan bajo, ¡entonces es posible también el camino opuesto! (cf. P. LEVI, *Los hundidos y los salvados*, El Aleph, Barcelona 2000, especialmente el cap. 2, «La zona gris»).

[6] Cf. *I Padri del deserto*, *Detti. Collezione sistematica*, Qiqajon, Magnano 2013, XXI, 16 (también habla de esto ATANASIO en su *Vida de Antonio*).

[7] No es verdad que el inconsciente sea totalmente inaccesible o que lo que sea solo con instrumentos técnicos; quien aprende a escrutar habitualmente su mundo interior, sus afectos y pensamientos, poco a poco llega a conocerlo algo más.

[8] Sería el *pati Deum*.

[9] De nuevo en la fórmula de la espiritualidad medieval sería el *pati sicut Deum*.

[10] Sería la famosa *docibilitas*, es decir, la actitud de quien ha aprendido a aprender (cf. Amedeo CENCINI, *¿Creemos de verdad en la formación permanente?* , Sal Terrae, Santander 2013; ID., *La formazione permanenten nella vita quotidiana. Itinerari e proposte*, EDB, Bologna 2017).

[11] En contraposición con esta imagen de Dios, y del Espíritu de Dios, tan llena de calor y pasión, nos viene a la mente la singular imagen con la que Dante Alighieri representa al diablo en el infierno, sentado sobre un trono de hielo, en el frío del amor congelado («El que impera en el reino doloroso, está en el hielo, a medias soterrado», *Infierno* XXXIV 28-29; véase también *Mensaje para la Cuaresma 2018*

del papa Francisco).

[12] Cf. Amedeo CENCINI, *¿Hemos perdido nuestros sentidos? En busca de la sensibilidad creyente*, Sal Terrae, Santander 2014.

2 Accende lumen sensibus: las orillas del corazón

COMENZAMOS A VER AHORA la posibilidad de llevar a cabo un itinerario formativo de la sensibilidad, con la convicción de que existe un *ordo*, una regla o camino educativo objetivo. Mi hipótesis de trabajo es que esta norma es reconocible exactamente en aquellos elementos constitutivos que hemos indicado en la parte conclusiva del capítulo anterior, como etapas de un camino ordenado y específico[1]. Tal orden, en efecto, parece respetar un cierto criterio genético de la sensibilidad, y, por tanto, puede darnos indicaciones muy útiles en el ámbito pedagógico.

1. Los sentidos y su función

La formación de la sensibilidad parte de la de los sentidos, que representan su elemento más expuesto, más en contacto con la vida que palpita alrededor de nosotros. Una formación que debe tener en cuenta las características esenciales de los sentidos mismos.

1.1 Sentidos externos e internos

Es significativo que, en la antigua espiritualidad medieval, en el himno que llegará a ser la súplica por excelencia de toda la Iglesia, de generación en generación, al Espíritu Santo, que es, como hemos comentado anteriormente, la sensibilidad de Dios, se diga exactamente « *Accende lumen sensibus*». Literalmente: «Enciende (o da) la luz a los sentidos».

Es como decir que nuestros sentidos podrían estar privados de luz, verse envueltos por la oscuridad, ser funcionalmente eficientes, pero no realmente capaces de ver, sentir, tocar, gustar… en el sentido más profundo de estas operaciones. Es decir, ser solo sensorialidad exterior, que permite una cierta relación con la realidad, pero sin ninguna implicación o sensorialidad interior, o con una implicación que nos aleja de nuestra identidad y verdad. Como aquellos ídolos de los que habla el salmo, que tienen boca y no hablan, ojos y no ven,

oídos y no oyen, manos y no tocan… (cf. Sal 115,5-7), hasta el punto de que «llegue a ser como ellos quien los fabrica» (Sal 135,18).

Sorprende, en realidad, el hecho de que los milagros de Jesús, en su mayoría, estén relacionados con los sentidos: curaciones de sordos, mudos, ciegos, paralíticos… no solo para devolverles la curación física, sino para hacer entender a todos los presentes, desde los fariseos hasta los discípulos, que pueden tenerse sentidos que solo funcionan aparentemente, sin darse cuenta de que el verdadero ciego es el que presume de ver, como el verdadero sordo piensa que oye, y el verdadero paralítico es aquel que no se percata de estar inmóvil o de tener un corazón duro o la mano incapaz de un contacto auténtico. Y si estas curaciones son un signo mesiánico, esto significa que la nueva realidad anunciada por Jesús y que comienza ya ahora llevará a la humanidad entera a redescubrir-recuperar la propia dignidad herida por el pecado, o que los cielos nuevos y la tierra nueva serán habitados por personas que viven en plenitud su capacidad sensorial. Hombres nuevos, «encendidos» por el Espíritu, y, por consiguiente, capaces de ver más allá de la mera capacidad física sensorial o rigurosamente racional, y donde otros quizá no ven nada: «Un hombre –escribe Ratzinger– ve siempre solo en la medida en que ama»[2]. ¿Estamos seguros, entonces, de que nuestros sentidos gozan de buena salud?

Pregunta intrigante e importante, porque la formación de la sensibilidad comienza precisamente a partir de la formación de los sentidos. Y, sin embargo, se trata de una pregunta muy rara e insólita.

1.2 Las orillas del corazón

Tenemos cinco sentidos para vivir la *relación con la realidad*. Son como las orillas del corazón o como una especie de puente levadizo mediante el que salimos del castillo de nuestra individualidad, para que no se mantenga encerrada en sí misma como fortaleza inexpugnable, y comunicarnos así con el exterior. Y son *externos e internos* exactamente para favorecer la relación con la realidad a varios niveles de modo que sea una relación plena e intensa. A cada uno de los sentidos externos (o materiales), de hecho, le corresponde un sentido interior (o espiritual), que nos permite «ver» no solo con los ojos de la carne, sino también con los de la mente; de «oír» no solo sonidos y palabras que golpean el tímpano, sino de un modo espiritual; de contemplar con el corazón, de tener gustos espirituales, de conmovernos… Los sentidos espirituales amplían de modo significativo el ámbito perceptivo humano y lo hacen aún más rico y capaz de captar lo profundo de la realidad, de oír su latido.

Los sentidos son el primer contacto con la realidad; las informaciones que recogen son, por consiguiente, la materia prima de la que parte toda la cadena de sensaciones, emociones, afectos, deseos, criterios de decisión, …, que posteriormente formarán la sensibilidad de la persona. Todo lo que encontramos en el corazón o en la mente ha pasado previamente por los sentidos (al igual que es natural que lo que hay en el corazón condicionará el uso de los sentidos).

Sin los sentidos no podríamos entrar en contacto con la realidad que nos es más o menos cercana, ni tampoco con las personas ni con Dios, y aún menos con el Dios de los cristianos, que tiene sentidos a su vez, como sabemos, e incluso la relación con uno mismo saldría deformada. Es hermoso pensar que Jesús, antes de recordar a Tomás la bienaventuranza de quien cree sin haber visto (típica de quien ha llegado a la plena madurez de la fe), se preste al deseo tan humano del apóstol de verlo con sus ojos, de oírlo con sus oídos, de tocar sus heridas; y que, a la vez, a lo largo del camino de la vida, sea este contacto sensorial el que hace *absolutamente personal* el acto creyente («Señor *mío* y Dios *mío*», dirá después Tomás, cf. Jn 20,27-29). Como también es significativo que Juan, justo él, el místico, quiera dar testimonio de «lo que *hemos visto con nuestros ojos*, lo que hemos contemplado y lo *que han tocado nuestras manos*, el Verbo de la vida (pues la vida se hizo visible, nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos hizo visible a nosotros)» (1 Jn 1,1-3). En esta línea se encuentra cuanto dice Fausti sobre la relación entre fe y sentidos: «La fe es un par de pies para ir detrás del Hijo Jesús en el camino hacia el Padre, un par de oídos y de ojos para oírlo y verlo, y así seguirle, y un par de manos para tocarlo. El ojo que encuentra su mirada es nuestra fe, el pie que sigue sus huellas es nuestra esperanza, las manos que lo tocan en el último hermano son nuestra caridad»[3].

1.3 Atracción por lo verdadero, lo bello y lo bueno

Al mismo tiempo, además, hay que decir otra cosa muy importante: nuestros sentidos están ya, de alguna manera, «calibrados» *con respecto a la verdad, la belleza y la bondad*; tienden *espontáneamente* hacia lo que es verdadero, bello y bueno, así como «nuestro corazón está ya afinado con la palabra bella: cuando la escucha se despierta y vibra de alegría»[4]. Incluso los sentidos de un bebé o de un niño de pocos años, de hecho, son capaces de sentir y disfrutar lo bello y distinguirlo de lo feo, o de intuir la diferencia entre bueno y malo, a su alrededor y en su interior. Los sentidos infantiles parecen expresar de modo particular una atracción aún no contaminada. El padre Turoldo, en efecto, en una oración-poema se dirige a Dios con esta explícita

petición:

«Sentidos de un niño te pido»[5]. Es una atracción, una tensión espontánea y natural, o al menos originariamente presente en todo ser humano, como una buena semilla sembrada en todos.

Pero se trata de una espontaneidad que debe confirmarse progresivamente en un proceso que interpela directamente a cada uno. En suma, hay que *educar los sentidos*.

No con la simple mortificación propia de unos tiempos, sino mucho más, es decir, con su custodia y protección inteligente para que mantengan y aumenten la atracción de los orígenes.

2. De la bulimia a la atrofia

Ya en este nivel existe un espacio de libertad en el uso «sensato» de los sentidos (y de todos los cinco sentidos): un espacio que debe protegerse y posiblemente ampliarse.

Pues, por un lado, soy yo y debo ser yo y solo yo quien decido qué ver, sentir y tocar. No puedo dejar que los otros (desde la publicidad hasta los mensajes más o menos subliminales, desde quien pretende hablar más fuerte hasta quien chantajea y engaña más o menos vilmente) condicionen o seduzcan mis sentidos sin que me dé cuenta o sin prestar atención alguna a aquello de lo que se nutren. Es muy cierto, en efecto, cuanto observa Fausti: «Los ojos beben cuanto ven. Lo que entra me habita»[6]. Por otro lado, no puedo pretender ver, sentir y tocar todo[7]. O estar siempre conectado y en contacto con todo el mundo, en tiempo real, confundiendo la vitalidad de los sentidos con su incansable frenesí, o la dignidad y la estima del yo con la cantidad de sus contactos y la pretensión de dar una respuesta inmediata a toda solicitud de contacto[8].

Se debe prestar, por consiguiente, mucha atención a ese *delirio de omnipotencia* de nuestros sentidos que, gracias a los instrumentos (desde el móvil hasta otros medios de conexión) de los que hoy todos disponemos, comenzando por los bebés que aún están en la cuna, nos tienta a cada uno, como si nos encontrásemos en una fiesta loca que a menudo termina con auténticos atracones indiscriminados de los sentidos. No nos damos cuenta del riesgo que corremos y del daño que nos hacemos a nosotros mismos y a nuestros sentidos: el riesgo de que la *bulimia de los sentidos* se convierta a su vez en *atrofia sensorial*, con el extravío final de su vocación originaria, y aquella indiferencia típica de quien parece haber «perdido los sentidos». Indiferencia que huele a

muerte.

Cuando nuestros sentidos pierden aquel gusto valioso por lo verdadero, lo bello y lo bueno, somos nosotros mismos los que perdemos los sentidos[9]. ¿Y no es esto ya un tipo de muerte?

Es un tanto lo que le sucede a quien se nutre famélicamente de todo, con tal de comer y atiborrarse, y al final pierde el sabor de los alimentos. Es un riesgo, hemos dicho, pero no tan ocasional, porque es típico de las bulimias convertirse en atrofias, es más, toda bulimia es ya una atrofia.

3. Del uso al abuso de los sentidos

Quiero dejar bien claro que el término de confrontación no es tanto la fe o la moral de los creyentes, y que cuanto decimos no concierne principal ni exclusivamente a la disciplina o la conducta, sino que es algo que forma parte de la dignidad y la riqueza de toda persona, y que nos interesa a todos salvaguardar y orientar con inteligencia.

Un ejemplo que a menudo pongo, puesto que es actual y pertinente, es el uso despreocupado del ordenador personal como instrumento que solicita de modo directo y provocador nuestros sentidos, especialmente si existen problemas aún no resueltos en la personalidad. Pensemos en un caso hipotético de sexualidad inmadura, todavía unida a típicas necesidades previas a la adolescencia como la de la curiosidad sexual. Más allá de todo moralismo, es claro que el que se habitúa a satisfacer este tipo de necesidad frecuentando sitios en internet donde se encuentra de todo y para todos los gustos, si es que no incluso abiertamente pornográficos, se coloca en una situación de contradicción con los mismos sentidos, bien de su «vocación» relacional como de su atracción por lo verdadero, bello y bueno.

Con este comportamiento, en efecto, no se daría principalmente ninguna auténtica relación *con aquel/aquella cuyo cuerpo se exhibe en la red* ni se respetaría su dignidad; es más, sería una forma de injerencia desvergonzada y vulgar en la intimidad del otro, una violencia hacia él y hacia su cuerpo, «usado» para gratificar la propia curiosidad sexual retrasada. Sería, y lo es ya, un verdadero y vil abuso del otro (de hecho, se realiza sin exponerse y manteniendo el anonimato).

Tampoco se daría un respeto *hacia uno mismo y a la propia verdad-dignidad de adulto*, dado que el sujeto no solo busca con retraso

improbables gratificaciones típicas de otra edad evolutiva (para llamarla con el nombre justo se trataría de una «regresión»), sino que se deja engañar por seducciones virtuales o solo visuales o gráficas que no son en modo alguno capaces de dar una verdadera gratificación al adulto, llamado como está a encontrarse con el otro en su realidad y a relacionarse con él, y crean solo dependencia.

De hecho, la autoestima se resiente negativamente con este tipo de gratificaciones ilusorias.

Ni encontramos aquí tampoco el respeto por la *tendencia relacional, personal* del instinto sexual que implica, por su naturaleza, una salida real de sí hacia el otro, y no su posesión abusiva.

Finalmente, tampoco se daría ninguna coherencia con la propia identidad de *persona consagrada* y con *la verdad-belleza-bondad vinculada con ella*. Quien termina la jornada recurriendo a imágenes y visiones excitantes no puede ciertamente pretender encontrar por la mañana dentro de sí el fresco deseo de ver el rostro de Dios, propio de quien ha esperado la aurora «como los centinelas la mañana» (cf. Sal 129,6), para estar con su Señor, saboreando su Palabra y acogiendo su belleza. Si ha llenado y nutrido los propios sentidos con una cierta comida, (mal)educándolos con un cierto tipo de sabores, si al amanecer se despierta con la boca aún llena de esos sabores, el mal aliento y la sensación de pesadez y frustración que procede de atracones incontrolados no puede pretender apreciar otros sabores, ni que su sensibilidad sea diversamente (divinamente) atraída. Es decir, si los sentidos externos se nutren de un cierto alimento, no se puede pensar ni pretender que el correspondiente sentido interno vaya en otra dirección. Y si por cualquier razón desapareciera también aquel sabor frustrante y doloroso (como un remordimiento), entonces significaría que también está desapareciendo el último vestigio de una sana sensibilidad penitencial[10].

Ni siquiera se daría una coherencia con *la propia identidad de casado* ni con la naturaleza de una relación tan total y apasionante con la persona amada, que exige compartir con ella también, y de modo particular, la sensación del placer sexual, o ser uno motivo y lugar del placer del otro. El placer vinculado a los sentidos es radicalmente diferente de la sensación de baja calidad o incluso de la tentación diabólica; es bello, como nota de aquella armonía de sonidos y colores sabiamente pensada por Dios e impresa en la dinámica del intercambio sensorial, y de la que aprende a gozar solo quien no busca exclusivamente el propio placer pervirtiendo el uso de los sentidos, y disfruta en cambio de la alegría del otro.

4. Responsables de nuestros sentidos

Un sujeto así no podría engañarse de este modo, como piensa más de uno, es decir, de «no hacer nada particularmente perjudicial y relevante en sí, porque en el fondo se trataría solo de un momento de "distensión"; no será el máximo de fidelidad, ni para un consagrado ni para un casado, pero no es nada grave, solo una pequeña concesión. Al final –siempre según esta lógica falsamente complaciente– no hago mal a nadie… En todo caso, esto no va a resquebrajar mi opción de celibato o mi proyecto de consagración al Señor o de fidelidad plena a mi esposa, en el fondo no he llegado a traicionarla con otra…».

No, no es así, y sería una ilusión insensata pensarlo, porque todo ello va a influir en ambas direcciones: en la opción de vida y en el proyecto de ser para siempre del Señor, o en la calidad de las relaciones con la propia esposa. Es más, precisamente así es como comienza a (de)formarse la sensibilidad, con este primer paso de la gestión engañosa de los sentidos. Toda decisión es inevitablemente relevante, puesto que provoca la orientación de una cierta cantidad de energía en una dirección precisa, convirtiéndose en la primera pieza de una sensibilidad que podrá ser verdaderamente *relacional* o, por el contrario, nada respetuosa del otro, y, después, de una sensibilidad *moral-penitencial* atenta a ser totalmente coherente con la propia opción virginal o conyugal, o bien una sensibilidad grosera y ambigua.

Dice la psicología (en esto quizá más rigurosa que cierta moral o moralismo) que no existen elecciones insignificantes o neutras desde tal punto de vista; toda decisión, al contrario, deja su huella e incide en la calidad de la propia sensibilidad, influyendo después en la elección posterior. La sensibilidad, como hemos visto, significa orientación emocional, energía que va y atrae en una cierta dirección, también y precisamente por efecto de estas elecciones. Por eso podemos decir y reafirmar que *somos todos responsables de nuestra sensibilidad* y que *esta responsabilidad comienza con el uso libre de nuestros sentidos, respetuoso con su naturaleza*.

Y esta es la razón por la que también la rica tradición espiritual invita desde siempre a orar al Espíritu Santo, para que dé luz a nuestros sentidos y no nos permita engañarnos (y engañarlos).

[1] Cf. capítulo 1, 2.10 («Elementos constitutivos»).

[2] J. RATZINGER, *Perché siamo ancora nella Chiesa*, Rizzoli, Milano 2008.

[3] S. FAUSTI, *Una comunità legge il vangelo di Luca*, EDB, Bologna 2014, 141 (trad. esp.: *Una comunidad lee el evangelio de Lucas*, San Pablo, Madrid 2009).

[4] ID., *Lettera a Voltaire. Contrappunti sulla libertà*, Ancora, Milano 2016, 39. Continua así: tal palabra bella «es la nota de Dios en la que resuena y resplandece toda belleza. Mientras que la palabra fea cierra nuestro corazón en tiniebla y tristeza» (*ibidem*).

[5] Se trata del poema que comenta el Salmo 131, *Un niño en brazos de su madre*, y prosigue así: «… Sentidos de niño te pido, de hacerme interior y manso, y silencioso en tu paz. Y de poseer un corazón claro» (D. M. TUROLDO - G. RAVASI, *«Lungo i fiumi…». I Salmi*, Paoline, Alba 1994, 448-449).

[6] FAUSTI, *Una comunità legge*…, 13.

[7] Quien pretende hacerlo, decía aquel profundo conocedor del alma humana y de sus debilidades y tentaciones que era Ancel, simplemente no es fiable ni creíble. «El que cree poder leer todo, oír todo, ver todo, el que rechaza dominar la propia imaginación y sus necesidades afectivas no debe comprometerse en el camino de la perfección. A veces se oye decir: “Puedo leer cualquier cosa, ver cualquier cosa sin ningún peligro, ni sentir turbación alguna”. Si alguien habla así, no puedo tomarlo en serio. Dios no podría mantenerse fiel a nosotros, ni se le puede exigir que monte para nosotros una salvaguardia milagrosa» (A. Ancel, cit. por M. PELLEGRINO, *Castità e celibato sacerdotale*, LDC, Torino-Leumann 1969, 22-23). Un texto antiguo, pero extraordinariamente actual.

[8] En este sentido nos está diciendo algo esa especie de búsqueda compulsiva de mensajes y correos electrónicos que está creando una dependencia casi general del móvil, y, peor aún, una deformación de la relación, como una contradicción: se viven muchas relaciones (virtuales), pero no en directo, frente al otro, sino encerrados en sí mismos, a distancia, sin cotejar los sentidos del otro, su rostro, sus reacciones. Esta importante clausura determinará un tipo de respuesta más bien pobre y menos real, porque carece de la relación directa con la persona, y, en cierto modo, está fuera de ella. Y este es quizá el aspecto más problemático de la dependencia de los instrumentos actuales de (no) comunicación.

[9] Sobre esta temática, para ulteriores reflexiones, me permito remitir de nuevo a mi libro *¿Hemos perdido nuestros sentidos?* , especialmente pp. 19-47; 165-200.

[10] Cf. G. CUCCI¸ *Dipendenza sessuale online. La nuova forma di un'antica schiavitù*, Ancora, Milano 2015.

3 «El olor de las ovejas»: de los sentidos a las sensaciones

SI LOS SENTIDOS SON el primer elemento constitutivo de la sensibilidad, el segundo lo ocupan las *sensaciones*. Lo dice la misma palabra, por otro lado, o la raíz común de los tres términos en cuestión (sentidos-sensaciones-sensibilidad), pero aún antes la experiencia que todos tenemos cada día, aunque solo implícitamente o quizá nunca totalmente consciente, especialmente en sus conexiones. Y, sin embargo, es importante prestar atención a todo ello. También para el hombre espiritual o para quien está habituado a buscar la dimensión trascendente y misteriosa de la vida. No solo para conocerse mejor y quizá descubrir la raíz de ciertos estados de ánimo, sino también y sobre todo para corregir aquellas formas de ser y relacionarse que sean menos adecuadas para quien está llamado a tener la sensibilidad del Buen Pastor. Es decir, para ser concretos, un sacerdote o un anunciador del Evangelio malhumorado o exhibicionista no puede decir que es así y que como tal tiene que aceptarse (y pretender ser aceptado); debe, al contrario, comprender realistamente que con su actitud hace inadmisible la Buena Noticia, como si la transformara en una pésima noticia.

Digamos también otra cosa: venimos de itinerarios pedagógicos preocupados principalmente por la corrección de los comportamientos y que no han prestado una gran atención a cuanto sucede «dentro». Con el riesgo no solo de no aprender nunca a leer nuestro mundo interior, sino de no encontrar nunca el camino de una verdadera conversión. Con este analfabetismo intrapsíquico podemos imaginarnos el poco relieve dado en el pasado a las sensaciones y a lo que significan y dicen de nuestra realidad interior.

De hecho, las sensaciones pueden tener dos significados.

En un primer significado, las sensaciones son *las reacciones globales (aparentemente automáticas y a menudo inconscientes de su origen) a estimulaciones inmediatas, relacionadas con el funcionamiento fisiológico, y, por tanto, visibles*. Por ejemplo, la respuesta al frío o al calor, al hambre, al dolor, al picor, a la necesidad sexual, al ver a una persona

atractiva o no, a una situación percibida como desafío o provocación (como el ser el centro de atención y del juicio de los demás o encontrarse solo). Por consiguiente, se trata de un movimiento visible o perceptible (al menos para el sujeto que lo experimenta) de nuestro cuerpo.

Con un significado un poco más amplio y completo, las sensaciones son *los estados de ánimo provocados por una causa no definida o no del todo clara, pero que la persona advierte también con reflejos en su físico y su modo de sentirse*. Como, por ejemplo, sensaciones de frustración, insignificancia, nerviosismo, cansancio, indiferencia, vergüenza… de las que las personas no pueden reconocer con precisión su causa y que conciernen también en cierto modo al cuerpo, manifestándose además mediante él y a menudo influyendo en el humor general.

Teniendo en cuenta los dos significados, podemos ver que las sensaciones expresan el vínculo profundo entre cuerpo y psique.

1. El cuerpo es «sabio» (y dice la verdad)

La primera observación que podemos hacer es que en ambos casos las sensaciones son un lenguaje psicofísico *automático*, que habla de nosotros *antes de que lo podamos controlar, ajustar o censurar*; expresa lo que somos de hecho, más allá de lo quisiéramos ser o nos engañamos fingiendo ser, y nos da informaciones muy realistas y útiles, infalibles, podríamos decir. Si me pongo rojo y me quedo sin aliento cuando tengo que predicar el evangelio o «exhibirme» ante el público, debo probablemente revisar el significado subjetivo de aquel acto noble y que va más allá de mi persona, o interrogarme sobre las motivaciones que me impulsan a hacerlo, que podrían ser disonantes con el anuncio de la Palabra y su testimonio.

1.1 Don Jorge y la misa… y quedarse sin aliento

Don Jorge es un sacerdote joven que conozco desde hace tiempo, comprometido sinceramente en su ministerio sacerdotal, quizá un tanto excesivamente, con un toque de perfeccionismo que se manifiesta en una afectación litúrgica exagerada, como si fuera él el centro de la celebración. Me telefonea con cierta dificultad para respirar pidiéndome una cita con urgencia. Me imagino el habitual enamoramiento repentino, perturbador y confuso, ¡pobre Jorge! En cambio, me cuenta la singular historia de sus misas, que cada vez le resultan más agotadoras e imposibles. Desde hace un poco de tiempo, don Jorge se siente durante la celebración eucarística presa de una agitación cada vez más fuerte, con síntomas de naturaleza

psicosomática: ansiedad, sudoración excesiva, temblores en las extremidades, taquicardia y en particular, lo que más molesta, con «falta de aire» como después de una carrera, que le impide leer tranquilamente las lecturas y pronunciar la homilía. Por no mencionar la amnesia que le oscurece la mente en el momento de la predicación preparada con todo esmero. Evidentemente, todos los feligreses se dan cuenta y piensan inicialmente que su párroco se encuentra mal y necesita ayuda. Pero la situación se repite y le pone terriblemente nervioso, sobre todo por el ridículo que hace y por la naturaleza inexplicable del fenómeno que lo convierte en algo incontrolable. Pide ayuda y comienza el costoso (en muchos sentidos) proceso de los chequeos y de los especialistas que, una vez verificada la ausencia de una causa física orgánica, parecen competir en la elaboración de las hipótesis más obvias: cansancio, fatiga al límite del agotamiento, nerviosismo, presión social, exceso de preocupaciones y responsabilidades (por no hablar del habitual psicoanalista que hipotetiza con total seguridad y escasa originalidad un problema sexual no resuelto). Lo que don Jorge busca, comprensiblemente, es sobre todo que desaparezcan los síntomas que convierten la celebración en un tormento; está menos disponible, en cambio, a admitir que, si se trata de síntomas psicosomáticos, es necesario entender de dónde proceden, de qué son signo, qué revelan de la consistencia interior, psicológica y espiritual. Es lo que trato de hacerle entender: «Tu cuerpo te está enviando un mensaje, Jorge. Hay que descifrarlo y te interesa hacerlo porque, muy probablemente, está saliendo algo tuyo, algo verdadero, que no has sido capaz de manifestar y que te está de alguna manera estallando». Y así, superando las naturales resistencias defensivas (de las que un sacerdote es todo un experto), sale poco a poco una historia de inferioridad, de búsqueda constante de aprobación por parte de los demás, de asentimientos sociales y eclesiales. Estos factores han llevado progresivamente a Jorge a cargar de excesiva importancia sus servicios de sacerdote, ante los demás, porque se juega en cada instante la autoestima, hasta el punto de vivir también la misa como una exhibición del yo, particularmente en un momento en el que sus capacidades ocupan la parte principal, expuestas al juicio de los demás, como ocurre en la homilía. El bueno de Jorge no se da cuenta, percibe solo las consecuencias sumamente desagradables de esta sutil ambigüedad interior, pero entiende poco a poco que el cuerpo, en realidad, le está mandando un SOS, no soporta la tensión excesiva creada por una necesidad mal orientada y gestionada aún peor; una necesidad importante como la de la autoestima, pero que no puede ser satisfecha por los éxitos o por las aprobaciones obtenidas o arrancadas a la vida o a los demás. La misa se está convirtiendo para él en el

momento en el que la tensión alcanza su clímax: momento de máxima exposición social, cargado incluso de significados trascendentes como un valor añadido, y, por tanto, ocasión determinante y valiosa para conseguir puntos y posiciones en esta improbable escalada hacia un bien indispensable para cualquiera como es una identidad positiva, pero que, de este modo, se aleja cada vez más. Y no puede ser de otra forma, dada la contradicción cada vez más evidente entre el gesto intrínsecamente orientado en sentido heterorreferencial (hacia Dios y hacia los feligreses) y la interpretación del sujeto que se serviría de él, casi abusando, para solucionar los propios equilibrios inseguros o para mejorar la percepción de sí y su autoestima: una contradicción insostenible a largo plazo. Como le está sucediendo a don Jorge, y como su cuerpo le está diciendo o está intentado decírselo. Esas sensaciones son, después de todo, valiosas, e indican la reacción sufrida, una especie de rebelión de la dimensión denominada inferior o menos noble del ser humano, que no aguanta, ni puede soportar por más tiempo esta insoluble contraposición. Provocado por el lenguaje del propio cuerpo o por las propias sensaciones, don Jorge se decide finalmente a comenzar un recorrido importante, que le revela aspectos hasta ahora desconocidos de sí mismo, de su identidad aún insegura, de su sentido de positividad colocado en el lugar equivocado, es decir, en sus talentos, en los resultados de sus actuaciones, en la estima y en el aprecio por parte de los demás, desde los superiores hasta los feligreses, quizá en la carrera eclesiástica (sutilmente soñada, como resultará evidente durante la terapia). Y será para él un camino altamente sorprendente, que poco a poco provocará también, como efecto secundario, la desaparición progresiva de los síntomas desagradables durante la celebración eucarística. Restituida, en la sensibilidad del sujeto, a su significado intrínseco objetivo, trascendente y divino, y, por tanto, celebrada finalmente con serenidad, ya no más «sometida al abuso».

El caso nos muestra el significado y la función que pueden asumir las sensaciones.

No deben nunca infravalorarse y mucho menos ignorarse. Si tengo una cierta reacción psicosomática ante una mujer, probablemente esta no me es indiferente, podría estar sucediendo una cierta involucración emotiva, quizá no es solo una inocente simpatía, tal vez es que me estoy enamorando. Lo que no sería necesariamente un drama, pero sería insensato no prestar atención a todo eso. Porque nada sucede por azar en nosotros y en nuestra psique, y porque nuestro cuerpo no es en absoluto necio; al contrario, a semejanza de la caja negra de los aviones, registra fielmente nuestra experiencia psíquica, también la inconsciente, y la vuelve a expresar a su modo; un modo que podrá

incluso no agradarnos porque nos hace quedar mal (como le sucede a don Jorge) con su lenguaje de reacciones y sensaciones poco controlables.

Es sabio el cuerpo, pero también quien acepta y reconoce las propias sensaciones como parte suya, y aprende a descifrar su lenguaje, para entenderlo o trabajar sobre sí mismo.

2. Sensación no quiere decir acción

Una segunda observación: *la sensación no dicta necesariamente la acción*. Advertir un estado de ánimo no quiere decir actuar por fuerza en consecuencia. Es más, nos sitúa en condición de conocernos mejor para llegar a una decisión más sensata y a una acción más coherente. Por consiguiente, advertir una sensación gratificante al acercarme a una determinada persona y mantener con ella un cierto tipo de relación no implica en absoluto que tenga que satisfacer esa sensación o que su no gratificación tenga necesariamente un efecto negativo en mí. Decidiré, si procede, favorecer tal relación solo si verifico que esta relación y un cierto modo de vivirla y satisfacerla están en sintonía con mi identidad, de virgen o de cónyuge.

No existe ningún automatismo intrapsíquico entre sensación y acción; en medio se encuentran la libertad y la responsabilidad del sujeto que decide y debe decidir ya en estos primeros pasos cómo orientar la propia sensibilidad. Cuando, en cambio, no se produce un intervalo reflexivo y quizá autocrítico entre sensación y acción, entonces la sensación se impone y ordena la acción, mientras que el individuo corre el riesgo de convertirse en un esclavo, aun cuando se engañe de que es libre porque se «ha dejado llevar». Es una especie de sensacionalismo salvaje, propio de un hombre primitivo o típico de una cierta subcultura, que hoy está peligrosamente de moda[1].

3. La sensación no basta, pero, en todo caso, merece atención

En realidad, una relación interpersonal no puede construirse solo sobre las sensaciones, ni puede edificarse una amistad o una relación que quiera ser duradera (como el matrimonio) exclusivamente partiendo de corazonadas y de cuanto se siente en el momento. *No debe tomarse ninguna decisión partiendo únicamente de las sensaciones*.

Sin embargo, no deben infravalorarse, puesto que expresan, al fin y al cabo, algo que existe y es real, que debe tomarse en consideración, y que también puede provocar un proceso saludable de cambio. Un matrimonio, por ejemplo, no puede realmente fundarse solo y siempre

sobre la intensidad de la atracción (sensación) sexual, pero al mismo tiempo los cónyuges deben estar inteligentemente disponibles a interrogarse por qué está disminuyendo un cierto vínculo, interés, la búsqueda del otro, etc.

Aún menos una relación que quiera ser pastoral o de promoción del otro puede basarse solo en las sensaciones para favorecer la relación misma, de ser positivas, o, al contrario, para interrumpirla, sino que debe tenerlas en cuenta, sobre todo si son negativas, como indicador de un posible malestar cuya causa debe descifrarse. En una dirección espiritual o en un camino psicológico de crecimiento, por ejemplo, existen momentos, antes o después, en los que aquel que es acompañado o dirigido advierte la dificultad de la relación; en efecto, si esta procede en la dirección adecuada, debería llegar a ser exigente, poner al otro frente a los propios demonios e incoherencias, pedirle un cambio de actitud en varias áreas de la personalidad. Por consiguiente, percibir ese malestar es paradójicamente una buena señal, lo contrario sería un problema, pues expresa la calidad de la relación. No tendría ningún sentido interrumpirla por el malestar percibido. En todo caso, es su ausencia o una sensación solo y demasiado positiva lo que debería hacernos reflexionar sobre la calidad psicológica y evangélica del camino propuesto, que no es un mero encuentro entre amigos o compañeros, preocupados sobre todo de agradarse recíprocamente[2].

3.1 Libertad y responsabilidad con respecto a las sensaciones

Obviamente, la sensación merece atención sobre todo si ha sido de alguna manera provocada, o si el sujeto, aun sabiendo que ciertas situaciones le provocan las sensaciones correspondientes, no las ha evitado. En este sentido tiene su relevancia lo que recomendaba cierta moral, a saber, «evitar las ocasiones de pecado», en las que el problema no es solo *moral*, vinculado a una posible transgresión, sino aún antes el *psicológico* de provocar o dejar partir un proceso que después escapa al control del sujeto. Si, regresando al ejemplo del capítulo anterior, un individuo les permite a sus sentidos externos un cierto tipo de gratificación sexual visual, no podrá después quejarse de la excitación que se producirá espontáneamente, induciendo probablemente al autoerotismo. Ni tendrá sentido culpar a la debilidad de la naturaleza humana tentada por el espíritu del mal, sino que será necesario hacer frente lúcidamente a la elección que está en el origen del proceso. Nuestro psiquismo, en realidad, es muy lógico y coherente en sus dinamismos, pero al final obedece también al impulso que el sujeto les da a esos dinamismos. Es ahí, en todo caso, donde se debe intervenir (y discernir).

3.2 Índice de tolerancia al dolor

Regresemos un momento a la definición que hemos dado de las sensaciones, y en particular al primer significado, según el cual las sensaciones son *reacciones globales (aparentemente automáticas y a menudo inconscientes del origen) a estimulaciones inmediatas, relacionadas con el funcionamiento fisiológico, y, por tanto, visibles*. Es interesante notar –en este sentido– que también cuando la sensación es reacción predominante a un estímulo totalmente ajeno al sujeto, como el calor y el frío, o el dolor por un mal físico o una herida, incluso en tal caso se produce una expresión libre y responsable del sujeto, el cual podrá, al menos hasta un cierto punto, elegir entre sufrir pasivamente las condiciones físicas o meteorológicas (como el clásico meteoropático) o reaccionar a ellas activamente.

En este sentido precisamente decimos que cada individuo desarrolla un propio *índice o coeficiente de tolerancia al dolor*, que va más allá, por lo general, del mal físico y se extiende a las condiciones existenciales más o menos negativas, a las situaciones de bienestar o malestar psicológicos, probablemente provocadas por otros. Hay quien se desespera por un simple pinchazo, como si fuera una tragedia, y quien soporta con paciencia dificultades y adversidades. ¿Quién es el más libre de los dos?

Regresa de nuevo el tema de la formación.

4. Educar las sensaciones

Así pues, es importante y sobre todo posible intervenir sobre las sensaciones, especialmente aquellas que nos causan molestias, incluso *educarlas*, aun cuando esto parezca actualmente un tanto pasado de moda y muchos no estén de acuerdo, prefiriendo posiblemente técnicas psicosomáticas de autosugestión[3], a veces también con un cierto efecto inmediato (más o menos aparente y duradero), para limitar los posibles efectos indeseados (el rubor, la falta de respiración, las señales del nerviosismo, etc.; también don Jorge había recurrido a este tipo de intervenciones).

Nosotros, en cambio, hablamos de educar las sensaciones, aunque se trata de una intervención *indirecta*, es decir, sobre las *causas* que las provocan, y sin pretender conseguir unos resultados inmediatos, como diremos después. Y aquí se encuentra la diferencia no solo con respecto a cierta cultura actual (que, de hecho, las padece), sino también con respecto a una cierta ascética del pasado (que las reprimía), ninguna de las cuales es proclive a un trabajo paciente en

profundidad. El objetivo es aprender a aceptar y promover las sensaciones que están en sintonía con la propia identidad y verdad, y, al revés, no traducir en acciones las que no expresan ni la una ni la otra.

Ciertamente, no somos omnipotentes, pero podemos hacer algo importante para orientar nuestras reacciones interiores.

4.1 Alberto, el macho frustrado

La llamada telefónica me molestó mucho. En el otro lado del teléfono se encontraba un joven nervioso y prepotente que quería imperiosamente una cita para ese mismo día, casi de forma inmediata. Tuve que esforzarme mucho para convencerlo de que no podía, pero, no obstante, tuve por fuerza que meterlo entre las citas del día siguiente. Quién sabe qué problema urgente tendrá, pensé. Alberto, de presencia imponente, llegó, y, sin muchos preámbulos ni términos medios, pero con aquella inquietud que delata una cierta vergüenza, me contó –con un lenguaje aún más pintoresco por el uso del dialecto– que no lograba tener una relación sexual con su chica: algo se bloqueaba y lo bloqueaba impidiéndole la plena satisfacción y no entendía a qué se debía, la clásica «ansiedad de rendimiento». La situación lo atormentaba terriblemente por el ridículo que sentía ante la mujer. Estaba muy enfadado consigo mismo y con el mundo entero, y se veía claramente. Me dijo también, siempre con el descaro de quien manifiesta una falsa seguridad, que no quería acudir a la consulta muchas veces; me pedía «solo» que le indicara cómo salir de aquella situación vergonzosa e insostenible, de gran humillación para un «macho» grande y alto como él. Así pues, quería una solución más bien rápida y eficaz. Para curarme en salud le dije que yo no era la persona más indicada, pues su problema no entraba en mi campo de especialización. Y que, en todo caso, no conocía ningún sistema o artificio «listo para usar» y de eficacia inmediata.

Confieso que, con la *contratransferencia* negativa que me provocó, esperaba que se convenciera, es más, estaba seguro. De todas maneras, dado que estaba allí, mientras pensaba en el colega al que dirigirlo, le hice algunas preguntas para entender algo de lo que le pasaba y tratar al menos de darle algún consejo. Le pregunté en términos muy genéricos cuándo surgió la relación y cómo la vivía, más allá del episodio sexual. Y me dijo ingenuamente, pero con la habitual arrogancia, que la relación había comenzado solo un mes antes, exactamente un sábado noche a la salida de una discoteca: ella estaba algo «confusa» (o «colocada», y probablemente también él), y dado que era el tipo que le gustaba y estaban allí… Pero de ella no sabía

casi nada, no sabía si trabajaba o estudiaba, cómo era su familia o qué proyectos tenía, no lograba ni siquiera describir su carácter o su forma de ser. La consideraba su chica y no le desagradaba, pero solo para estar juntos, es decir, «para tener sexo», sin ninguna intención de construir con ella algo serio y estable; ni siquiera sabía –así respondió a una pregunta específica– si la quería. De ella solo sabía el número de teléfono.

No me resultó difícil, en ese momento, hacerle notar la contradicción total de su comportamiento y decirle más o menos esto: «Eres libre de hacer lo que quieras, incluso de "hacer el amor" o "tener sexo" con quien te parezca y como te parezca, pero si decides vivir este tipo de relación con una persona, que no es un muñeco sin sentimientos ni tampoco un número de teléfono y nada más, ni mucho menos una perfecta desconocida destinada a seguir así, debes seguir ciertas normas elementales como las siguientes: la relación sexual normal entre personas normales es el punto de llegada de un conocimiento recíproco que puede surgir incluso de un impulso sexual genital, pero que después se abre progresivamente al entendimiento, al descubrimiento de puntos en común cada vez más importantes, crea atracción, complicidad, sintonía, y, finalmente, poco a poco, surge el amor». Insistí en esto con una cierta intensidad, pero solo para tratar de sacudirlo un poco y socavar su prepotente seguridad. Y continué diciéndole: «Si de esta persona solo conoces el número del móvil, ¿cómo pretendes realizar una unión de cuerpos que exprese interés y comprensión recíproca y se resuelva en una sensación agradable y satisfactoria que integra todo el ser, incluido el físico, de los dos? Si esta chica es solo cuerpo y sexo para ti, o bien ocasión para no dejarla escapar, o una oportunidad mecánica para sentir placer, ¿cómo puedes pretender que tu cuerpo te respalde en un compromiso que no existe, o en un deseo que es parcial, superficial, débil, limitado al aspecto físico? ¿No ves que tu mismo cuerpo se te rebela?

Es como si te dijera que no cuentes con él. Y hace bien en decírtelo. No está dispuesto a formar parte de esta farsa, que terminaría engañándote a ti mismo, primero, y, después, a esa chica, a la que tú de hecho no solo no amas, sino que ni siquiera estás interesado en conocerla y apreciarla; ¡no me has dicho nada de sus sentimientos, de cómo reacciona a esta situación, como si ella y lo que siente no contaran nada y no te interesaran en absoluto! Solo te preocupas por hacer el ridículo, pero no por su decepción. En suma, no basta con estar de acuerdo con ella para iros a la cama, sino que debe ser respetada en su humanidad. Trata de entender qué te está diciendo tu cuerpo, que –recuerda– no suele decir mentiras…». Mientras hablaba –y admito que usé una terapia de choque con el acorazado– no me

hacía ilusiones de resultar convincente. Pero Alberto escuchó, finalmente sin hablar, y cuando le di el nombre del colega al que dirigirse me dijo que si podía regresar otra vez.

De hecho, siguió acudiendo con asiduidad, probablemente atraído por la posibilidad de entenderse y entender, a partir de las sensaciones de una relación fallida o de un mensaje específico del propio cuerpo.

Me ha resultado interesante asistir, con el tiempo, al cambio de actitud con respecto a él y a la chica, con la sexualidad y el amor, con el cuerpo y su sabiduría. Alberto no solo ha entendido de cabeza ciertas cosas, experimentando una cierta vergüenza saludable (mucho más que la sentida ante la chica por su impotencia), sino que ha descubierto progresivamente un nuevo modo de «sentir(se)» a sí mismo y al otro/a, más libre y verdadero, más respetuoso y menos prepotente, más atento a realizar aquel camino que conduce poco a poco hacia la compartición de las almas y después de los cuerpos, y salva del abuso de la persona. Para mí ha sido muy interesante y singular ver cómo el cuerpo participa a su modo en la vida que vivimos y en la modalidad y madurez con que la vivimos, haciendo surgir una sensación que se impone y que no podemos ignorar, o indicando un problema que de lo contrario no habría emergido[4]. Pero sobre todo ha sido apasionante constatar la posibilidad de intervenir en las sensaciones, incluso en las físicas o psicosomáticas, interpelándolas de alguna manera o haciéndose interpelar por ellas, no sufriéndolas, descubriendo sus raíces y sentido, para entender dónde y cómo actuar para poder cambiarlas, lenta pero eficazmente. Ha sido sorprendente observar lo que una persona que vivía lejanísima de sí misma, como nuestro coracero, puede aprender sobre ella misma (y su «coraza») a partir de sus sensaciones y en particular de aquella que tanto lo humillaba.

Evidentemente, no todos los que viven una relación sexual sin respeto al otro o incluso abusando de él sufrirán las consecuencias de Alberto: cada cuerpo tiene su lenguaje y sus reacciones. Pero ciertamente encontrará el modo de indicar el malestar, aun cuando el sujeto haga todo por ignorarlo o sea incapaz de leerlo, como una forma de analfabetismo moderno. En este sentido quién sabe la cantidad de mensajes que nos llegan del cuerpo, bajo forma de sensaciones que nunca hemos aprendido a descifrar, cuyo sentido nunca nos hemos preocupado de entender y mucho menos hemos pensado jamás en poder convertir y educar.

5. Persistencia de las sensaciones

Por otra parte, no puede decirse que un reconocimiento inteligente y libre de las sensaciones, con el control y la acción educativa resultantes, conduzca a su desaparición y al cambio inmediato. Puede seguirse advirtiendo un cierto tipo de sensaciones, aunque hayan sido sometidas a un control estricto. Volvamos al caso de don Jorge, que había empezado a entender que la ansiedad que experimentaba durante la misa, como rendimiento ante un público, era excesiva, y estaba originada por su sobrevaloración emocional no tanto de la celebración, cuanto del juicio emitido por la gente. También había comprendido que, en última instancia, su situación procedía de una identidad pobre, no construida suficientemente sobre la roca segura del amor a Dios, de una identidad inestable que en aquel momento se sentía juzgada y que buscaba confirmaciones positivas y resultados excelentes. El hecho de haberlo entendido no condujo a la desaparición inmediata de la incomodidad y del rubor, o de aquellos síntomas desagradables que le han molestado durante tiempo (taquicardia, temblor, amnesia, ansiedad, …). Y esto sucede porque la sensación expresa una orientación que se ha enraizado en el tiempo, favorecida por las elecciones, incluso las pequeñas, que poco a poco han reforzado esa orientación hasta involucrar la dimensión fisiológica.

Por lo general, se necesita una andadura para que cambien las sensaciones, pero afrontarla con la lúcida consciencia de quien ha descubierto sus raíces la convierte ya en una andadura de conversión y curación de la propia sensibilidad. «Curación» que no debe entenderse solo como remisión de los síntomas y su completa desaparición final, sino como etapas progresivas de una sensación nueva, menos vinculada a ambigüedades desorientadoras (como las que hemos visto en el caso de don Jorge) y cada vez más expresión de una búsqueda libre de lo verdadero, lo bello y lo bueno, o de la propia identidad y verdad.

Además, la experiencia de una cierta impotencia es siempre valiosa, porque nos hace ser más realistas y sinceros con nosotros mismos, más humildes y comprensivos con los demás y sus fragilidades, menos presuntuosos y más necesitados de la gracia que viene de lo alto, más abiertos a aquella fe que nace de la certeza progresiva de que por mí solo nunca lo lograré, porque solo Dios puede salvarme.

6. Sensaciones e incoherencia

Si la realidad es esta, entonces adquiere significancia cada sensación y la necesaria atención al respecto. Podría comenzar ya a reconocer en ellas ciertas ambigüedades, debilidades o contradicciones personales.

Incluso la expresión de una incoherencia, como hemos visto en los ejemplos anteriores. Nada aparece de forma repentina y sin sentido, teniendo en cuenta la estrecha interdependencia entre cuerpo y psique.

No serán pecado, pero haré bien en preguntarme, por ejemplo,

– sobre los *estados de ánimo más habituales*: por lo general, ¿estoy tranquilo o nervioso, deprimido o de buen humor, soy positivo o pesimista? ¿Qué o quién o qué contexto humano tiene el poder de provocarme ciertos estados de ánimo? ¿Por qué me siento trastornado o incómodo en ciertos ambientes o con algunas personas?

– sobre la *libertad con respecto a las sensaciones*: ¿las domino o me dominan?

¿Hasta qué punto me condicionan?

– sobre la *responsabilidad de entender las causas y las motivaciones*: ¿de dónde nacen y qué quieren en realidad? ¿Qué dicen sobre mi nivel de madurez y libertad interior? ¿He aprendido a preguntarme habitualmente sobre mis sensaciones o las expreso inmediatamente?

– sobre las *sensaciones positivas* (de atracción o de aprobación) o *negativas* (de rechazo o condena) que el creyente en Cristo, llamado a tener sus mismos sentimientos, es más, sus mismas sensaciones, debería advertir y favorecer en sí mismo.

¿Oler a oveja no es quizá la sensación típica del pastor?

[1] No podemos no pensar, en este sentido, en los frecuentes casos de violencia incluso homicida, a menudo provocados por motivos fútiles, y realizados con ligereza. A veces, no siempre, el gesto violento es posteriormente rechazado por el mismo autor, que reconoce haber actuado por impulso, a partir de sensaciones descontroladas.

[2] Recuerdo un comentario gracioso repetido a menudo por el padre Rulla, el fundador del Instituto de Psicología de la Universidad Gregoriana, que decía: «Si en un determinado momento del camino de crecimiento la persona que estás acompañando no te manda a freír espárragos (aunque no te lo diga), duda de que le estés haciendo un buen servicio». Obviamente, tal paradójica referencia (aplicable también a la relación de dirección espiritual) dice mucho sobre la importancia de la libertad interior y la pureza de intenciones del guía, que debería ser capaz de soportar esos momentos negativos e incluso

un posible rechazo, sin dar marcha atrás.

[3] Por ejemplo, entrenamiento autógeno, métodos de autocondicionamiento, de control de la respiración, yoga, etc.

[4] No puedo no pensar en cuanto dice V. Frankl, a saber, que la psiquiatría verifica constantemente que cuando la sexualidad no es expresión de amor y se convierte en un medio para obtener placer, entonces no se logra el placer. Cuanto más se busca el placer, más se aleja.

4 Las emociones, los colores de la vida

JUNTO A LAS SENSACIONES, las emociones constituyen una especie de *respuesta inmediata a la vida y a la realidad que nos rodea*, estímulos externos, imágenes, comportamientos, palabras, contactos personales de varios tipos; pero si las primeras están relacionadas predominantemente con la resonancia física de esta confrontación, las emociones son algo *más elaborado y consciente*, más propiamente humano.

Queremos ver en este capítulo las características principales de las emociones y presentar después una propuesta de formación de estos valiosos recursos, de los que, de nuevo, una cierta tradición espiritual no ha entendido siempre su función y valor o que los ha considerado menos nobles con respecto a lo espiritual, como un molesto condicionamiento que hay que soportar o a lo sumo controlar, porque nunca se sabe a dónde pueden llevar las emociones intensas y permitidas.

1. El hombre de cera (o de hielo)

A esa tradición le debemos la imagen de un cierto creyente o incluso de un presbítero

«sin emociones», que se comporta correctamente y es incapaz o tiene miedo de «sentir», quizá para sufrir menos, de conducta rígida, a veces como un bacalao seco, y terriblemente incapaz no solo de expresar una pizca de emoción, sino también de acoger y comprender las emociones ajenas, incluidas las de Jesús en el evangelio.

Piccolo nos ofrece una descripción muy útil de la ausencia de emotividad, prestando atención a su génesis y sus consecuencias: «En

un determinado momento de la vida, no sabemos bien por qué, pensamos que es más conveniente no sentir emociones. Para evitar el dolor preferimos ser de cera; ¡nos defendemos congelando el corazón! Después de las primeras experiencias de sufrimiento, se decide intentar no sentir más. Esta congelación de nosotros mismos puede tener consecuencias muy tristes. Corremos el riesgo de congelar también nuestros deseos, de no entender ya lo que sentimos por otra persona, de aridecer nuestra vida espiritual»[1].

Y no solo la vida espiritual…

2. Mozart y aquel maldito cristal

Sé algo del patrón de este hombre de cera o sin emociones y de la ambigüedad que tiene en el fondo, tras haber cosechado en su momento un rotundo suspenso en el examen de piano de quinto curso en el Conservatorio C. Pollini de Padua. Era seminarista, bien formado y humilde, y recuerdo que realicé normalmente la prueba[2], a la que le siguió una evaluación del presidente de la comisión examinadora totalmente inesperada: «Usted ha tocado aceptablemente la pieza, pero no nos ha transmitido ninguna de las emociones que están en su origen, y que Wolfang Amadeus Mozart quería comunicarnos. Quizá no sabe por qué y cuándo Mozart compuso la pieza, qué había ocurrido en aquel momento de su vida. En efecto, existía un muro de cristal entre usted y el autor: usted lo "veía" y ha reproducido materialmente la pieza, pero sin entrar en contacto con su mundo emocional. Y si la música, incluso la religiosa, no hace esto y no transmite emociones, ¿para qué sirve?». Y me suspendió justamente, con palabras sacrosantas que nunca he olvidado, aunque solo fuera por la terrible furia que sentía contra aquellos desconocidos, después de tantas horas y días pasados tocando el piano para prepararme rigurosamente.

¡Maldito cristal! ¿Quién lo había puesto? ¿Por qué no me había dado cuenta? ¿Qué podía hacer para quitarlo de en medio? Y ¿quizá existían otros cristales en mi vida de los que no era consciente, tan limpios y transparente como para estrellarme contra ellos?

« *Entschuldigung*[3], Wolfgang Amadeus Mozart, al primero que he insultado es a ti, no escuchándote, tú que, en cambio, tenías tanta capacidad de escucha que te llamaban el "tímpano de Dios"».

Y paciencia para la música, pero qué raramente, en la formación dada entonces a cualquier nivel, desde el académico hasta el espiritual, se prestaba atención a este aspecto importante de nuestra vida interior,

dejando que un montón de cristales siguieran sin ser vistos, impidiendo el contacto directo con la teología estudiada, con el Misterio orado, con el otro y su unicidad y singularidad, con el pobre y sus sentimientos, con el ideal que conseguir, con la belleza intuida de muchas formas, con Dios mismo y el misterio de su inefable fascinación infinita. Porque en la escuela, por ejemplo, ante un poema nadie nos preguntaba o nos provocaba para expresar la emoción: «¿Qué sientes?

¿Qué te hace experimentar? ¿Qué te evoca en la mente y el corazón? ¿Te gusta? ¿No? ¿Y por qué?[4]. ¿Por qué no intentas expresarte de forma poética, para comunicar lo que siente tu alma de un modo que la prosa nunca podría expresar?».

O frente a la Palabra de Dios, o en la oración, ¿por qué seguimos aún haciendo predominar una actitud intelectual, devota y correcta, sin utilizar aquella fuerza interior que es la emoción, sobre todo para *entender* lo que leemos y *saborear* lo que meditamos, para llegar en virtud de ello a una nueva sabiduría (en el sentido del *sapere* latino)?

Ciertamente, porque la emoción no es una excitación imprevisible e incontrolable del corazón, algo posible o facultativo, sino expresión del hombre-en-relación, de su aproximación a la realidad, para comprenderla y dejarse com-prender (= prender totalmente) por ella. Por eso es sabio e imperioso preguntarse: ¿en qué se convierte la oración sin emoción? Se convierte en puro ejercicio de culto, y, por tanto, en negación de su dimensión relacional, o en fría «práctica de piedad», a menudo verdaderamente piadosa y muy pronto en algo que agota.

O bien, la siguiente pregunta intrigante: ¿puede la fe prescindir de la emoción? Si es verdad, como se dice, que desde el punto de vista puramente racional existen tantas buenas razones para creer y otras tantas para no creer, ¿en dónde radica la diferencia?

¿No es quizá aquel «movimiento» interior que va más allá de (no contra) la razón, suprarracional, y que, sin embargo, abre la razón, el corazón y la mente, a la confianza y al abandono, a la contemplación y la degustación del misterio? También en este sentido, la fe es sensibilidad creyente. Y se advierte su belleza solo cuando se llega a percibir «la emoción de creer», de «sentir» a Dios, de fiarse de él…

Cuando no se aprende o no se está educado y formado para prestar atención a ese movimiento del corazón y de la mente, se corre realmente el riesgo de no sentir ya a Dios y su presencia, de no

comprender lo que su Palabra provoca o podría provocar en nuestro interior: nuevas perspectivas, nuevas atracciones, deseos, elecciones… «Y puesto que para decidir es necesario partir de lo que deseamos de verdad, terminamos convirtiéndonos en personas bloqueadas»[5]. Es pues necesario despertarnos mediante la consciencia, pero no solo, para habitar nuestro mundo interior, para tratar de gestionar cada vez más este movimiento, o para dejarse mover y conducir (*e-motus*) por él, para darle libre y responsablemente una dirección específica, en sintonía con nuestra identidad y verdad. Para amar, en fin, lo que somos y lo que estamos llamados a ser, y no ser meros ejecutores de órdenes recibidas, candidatos, antes o después, al tedio o a la depresión, a la acedia o la inedia.

Tratemos ahora de comprender la naturaleza de este movimiento interior que impulsa ya en una cierta dirección, es decir, que imprime ya una orientación a la vida.

3. Naturaleza mixta y ambivalente

Como la sensibilidad en general, también las emociones se presentan como una realidad solo aparentemente simple, pero que logra reunir polaridades que parecen contrapuestas.

Veamos algunas.

3.1 Pasivas y activas

En la emoción encontramos un dinamismo singular, como una *mezcla de actividad y pasividad*. Por un lado, las encontramos en nuestro interior sin haberlas provocado nosotros, como reacción espontánea a lo que el contacto con el mundo, operado por los sentidos, está produciendo en nosotros. Algunos autores piensan que las emociones son inducidas por la realidad. Por otro lado, esa pasividad desencadena un movimiento interior que es como un primitivo despertar del yo, que responde a aquel contacto con la realidad de modo muy personal aun cuando no es controlado por el yo mismo y por sus defensas. Las emociones, en realidad, son las primeras señales del sentido del yo en el niño, gracias a ellas él «se siente» contento o descontento, enfadado o tranquilo, «siente» a los demás como simpáticos o antipáticos, acogedores o no, aprende a «sentirse»

llamado y a responder, decidiendo por sí mismo. Y más adelante, en el curso de la vida, la emoción expresa antes que el razonamiento intelectual lo que es fundamental para el sujeto, aquello en lo que vislumbra la belleza de existir y al mismo tiempo su drama, el

misterio y aquella voz que no deja de llamar, y en la que está oculto también su propio misterio.

Un ejemplo. El creyente que siente que se dirigen también a él las palabras del Padre sobre el Hijo en la transfiguración («Este es mi hijo, el amado, en él me complazco», Mt 17,5), y llora de alegra, es pasivo y activo en máximo grado y al mismo tiempo.

Claramente, no se impone el llanto, las lágrimas son expresión espontánea e intensa de la sorpresa de ser mirado por el Padre como su alegría (su «complacencia»): aquí el sujeto es pasivo, aunque increíblemente capaz de «encender» la alegría divina. Al mismo tiempo, la emoción llena de felicidad no es vibración extemporánea o algo repentino e inesperado, sin raíces ni premisas. La emoción no es nunca casual, sino que es consecuencia de un camino muy activo y comprometido, hecho de elecciones explícitas, que ha llevado en tal caso al creyente a descubrir la propia identidad y verdad en el hecho de ser hijo del Padre, su amado-desde-siempre (= pre-dilecto), rechazando otros itinerarios vacíos e ilusorios, seductores y traidores. Esa emoción marca de hecho el nacimiento del cristiano. Es decir, no hay cristiano sin esas lágrimas de alegría.

3.2 Inmediatas y (figura de) mediación

Estrechamente vinculada a la dinámica activa / pasiva hay otra polaridad que se une en el fenómeno de las emociones. Por un lado, como ya hemos dicho, nosotros experimentamos que nos enfadamos, nos ponemos tensos, nos asustamos o nos ponemos eufóricos como algo que se nos impone a nosotros y a nuestra consciencia. Las emociones no nos piden permiso para existir y hacerse sentir: las sentimos y se acabó. Y son tan inmediatas que muchas veces las acogemos y justificamos casi puenteando el control y el consentimiento del juicio, o, en todo caso, sin ponerlas en cuestión, permitiéndoles además determinar nuestro comportamiento y nuestro humor, las palabras y las elecciones.

Por otro lado, la emoción se interpone entre el yo y la realidad misma, personal o impersonal. Es lo que media aquel continuo intercambio vital que cada individuo teje con el mundo de su entorno, lo hace posible y totalmente personal, le da color y calor, como si fuera la firma que el sujeto estampa en esta dinámica relacional en los varios momentos en los que se articula. En esta mediación se entrevé entonces no solo una intervención, sino también una cierta responsabilidad del sujeto mismo, que no sufre simplemente lo que siente, sino que, en cierto modo, se descubre en su origen como aquel

que lo hace posible a su vez, de modos no siempre conocidos y evidentes, pero siempre reconducibles a él, en última instancia. En este sentido, las emociones nos revelan a nosotros mismos, median no solo la relación interpersonal, sino también e incluso antes *nuestro autoconocimiento* («Dime lo que sientes y te diré quién eres»).

Sobre todo, las emociones a la larga más frecuentes son la primera señal de nuestra personalidad y de su consistencia, de su calidad humana y espiritual, de nuestra adultez o adolescencia, de ser pastores apasionados por el rebaño o eternos e impenitentes narcisos. Y es tan cierto que las emociones nos revelan, a nosotros mismos y a los demás, que el mentiroso debe reprimir sus emociones, consciente o inconscientemente, cuando cuenta mentiras.

3.3 Evidentes y misteriosas

Al mismo tiempo, las emociones son algo que cada uno puede reconocer inmediatamente, son evidentes en cuanto a su significado, llegan a expresarse en la superficie, y, por tanto, de un modo habitualmente bastante claro y preciso. No es difícil definirlas. Pero son también expresión de la esencia misma de la persona. Las emociones, en su profundización y ampliación que las hace evolucionar, como veremos, en sentimientos y afectos, contribuyen a definir los rasgos del verdadero rostro de sí que cada hombre está llamado a reconocer, para llegar después a ser lo que quiere ser. Es lo que la emoción expresa, al menos hasta cierto punto. Queremos decir que existe siempre una dosis de misterio o de algo que no se dice en la emoción que el ser humano experimenta dentro de sí.

Como muy bien dice Lembo, «las emociones, como el cuerpo, se reconocen en la superficie, pero no se agotan en ella. Las emociones entendidas en todo su alcance pueden reconocerse como cualidad intrínseca de la psique que no puede ser reducida a la producción de equilibrios químicos y de compensaciones energéticas, sino que se revela como transparencia de la interioridad, aunque en términos que tienen que descifrarse aún»[6]. Y, por consiguiente, como capacidad humana de trascender el evento, el dato puro y duro del acontecimiento. Las emociones, como libertad de vivir las situaciones según la sensibilidad del sujeto, nos remiten a una psique no solo capaz de llegar a ser consciente de sí, sino de reconocer el inextinguible anhelo de trascenderse que encuentra inscrito en sí misma, o son realizaciones de la interioridad humana. Por eso pueden entrelazarse y ensamblarse con las aspiraciones y los ideales más profundos, con el sentido buscado y entrevisto en rostros, palabras, relaciones, historias, experiencias, … Llegan a ser portadoras de

valores auténticos en los que cada uno reconoce lo que es y lo que se siente llamado a ser[7].

3.4 Falsas o veraces

Las emociones, como hemos dicho, nos llevan a nuestra interioridad y a su relación con el mundo externo. Se generan, sobre todo, cuando otro, un tú de carne y hueso, preferiblemente, se hace presente y se manifiesta, creando atracción o rechazo, alegría o dolor, enfado y celos o admiración y amistad[8]. Emociones ya marcadas con un fondo de verdad si se corresponden con la realidad de los hechos o de las personas, o de falsedad, si no se corresponden en absoluto con ella y son, en cambio, el resultado de una distorsión interior de percepción e interpretación.

Las emociones, por tanto, no solo dan color a la vida, sino dinamismo, energía, como chispas que la incendian de pasión por los hombres y también por Dios, pasión que construye y quiere el bien y se abre a la belleza, del yo y del tú (veraz, por tanto), pero que también puede destruir (es decir, es falsa, incapaz de captar la verdad y la belleza).

Justo por eso pueden dar miedo y ser silenciadas, con la ilusión de vivir más tranquilos, como hemos comentado al comienzo del capítulo, y no ser arrollados por una pasión. Pero pagando un alto precio: la vida se hace gris y la pastoral incolora, la persona se cierra y corre el riesgo de hacerse un misántropo, el ministerio se convierte en una tarea tediosa y Dios en una divinidad muy distante. Con las compensaciones correspondientes (el hombre necesita algo que lo haga sentirse vivo), a veces también sórdidas. En realidad, no es posible eliminar las emociones, no existe el tipo completamente carente de emoción; en todo caso, habrá quien, no habiéndolas sometido nunca al camino formativo, se encuentre con una vida emocional incontrolada, o con emociones negativas, es decir, contrarias a la propia identidad, que no le ayudan a ser él mismo. De nuevo falsas.

Por consiguiente, es necesario prestar atención a las emociones, y convencerse de que ellas llegan a ser recursos valiosos para un creyente y tanto más para quien está involucrado intensamente en la relación, como un pastor, o, por el contrario, constituirán un peligro constante, como un enemigo en la casa, aunque no sea identificado como tal.

Jesús mismo vive las cosas y las relaciones con cierta carga emocional: se lamenta por Jerusalén (Lc 19,41), siente compasión por la gente

(Mc 6,34), llora por la muerte del amigo (Jn 11,35), mostrando «hasta qué punto su corazón humano estaba abierto a los demás»[9].

Ciertamente, la emoción es solo un destello o una chispa, pero puede encender la vida y el corazón, o convertirse en un fuego autodestructivo. Según el impulso educativo recibido.

¿Cómo formar, entonces, las propias emociones?

4. Formación de las emociones

El título puede parecer presuntuoso y excesivo, pero sirve de contrapunto explícito a la opinión contraria, probablemente más común, la de quien considera que no tiene ningún sentido hablar de una formación de las emociones.

4.1 «Sé sincero y preciso» (poner un nombre)

El primer paso consiste en *poner un nombre* a la emoción, o *sentir lo que sientes*. No se trata de un juego de palabras, sino, más bien, de tener la valentía de decirte que estás experimentando un intenso enfado, por ejemplo, o que te has enamorado y te sientes atraído por una persona, hasta el punto de sentir que no puedes vivir sin ella, o que incluso te sentirías contento de que esa persona o alguien de tu comunidad desapareciera de tu vida. Sin tantas justificaciones y poniendo fin a jugar al escondite contigo mismo.

Se trata de ser *sinceros*, algo que no es fácil pero sí fundamental porque permite ser objetivos.

Y es también el primer paso del proceso de liberación interior: hasta que la emoción no tenga un nombre nos dominará, porque es como un enemigo no identificado, y, por tanto, puede escapar a todo control y atacarnos en cada instante (aprovechando varios estímulos y situaciones). En cambio, si le damos un nombre, y un nombre específico, en ese instante se invierten las posiciones, la atención se centra y podemos comenzar lentamente a tenerlo bajo control, a prevenirlo, a gestionarlo mejor sin depender de él, dándonos cuenta posiblemente de su peligrosidad y de la necesidad de bloquearlo (es diferente decir que siento antipatía por una persona o admitir que la odio, reconocer que una persona me resulta simpática o decir sin rodeos que estoy enamorado de ella).

No demos por sentada esta sinceridad objetiva. A menudo nos defendemos de nosotros mismos y de lo que sentimos, o tendemos a mitigarlo y ajustarlo, acabando por perder una posibilidad valiosa

para conocernos y no saber de dónde comenzar para ser más libres y sinceros. Y es sorprendente ver hoy cuántas personas, jóvenes en particular, no saben lo que sienten o tienen miedo a sentirlo hasta el fondo.

4.2 «Sé sincero e inteligente» (descubrir la fuente)

Cada emoción esconde una necesidad, viene de ella, y recibe su fuerza propiamente de esa fuente de energía que es la necesidad, a menudo oculta, inconsciente. Precisamente por esto la emoción es valiosa, porque nos revela a nosotros mismos, haciéndonos identificar aquellas necesidades que nos presionan dentro y nos impulsan a actuar, y que están en el origen de emociones positivas si son gratificadas o negativas en el caso de no serlo. Si, por ejemplo, me siento triste en una relación que no me satisface ya como antes, esa tristeza señala en su origen una necesidad que se ha frustrado (podría ser la de mi autoestima, la del afecto o la de establecer relaciones complementarias con el otro), que será importante reconocer, porque es justo ahí, en la necesidad, donde puedo y debo trabajar, más aún que sobre la emoción, dado que es más eficaz y fructífero intervenir sobre la causa que no sobre el efecto. En este sentido, es importante saber llegar a la raíz, no detenerse en la apariencia[10].

El segundo paso consiste en *tratar de comprender de dónde viene* tu emoción. Es decir, sé inteligente, interrógala, pregúntale quién la envía o de dónde viene. No la sufras, escrútala, más bien, trata de descifrarla, excávala. Esa emoción no es un pecado, sino que puede darte diversas informaciones útiles sobre tus esclavitudes afectivas, sobre tu porcentaje de paganismo o fariseísmo, sobre el nivel de evangelización de tu corazón, sobre aquello a lo que tiende realmente tu vida, pues lo que sientes, habitualmente, conduce allí de donde parte. ¿Por qué perder estas importantes informaciones?

Si aprendes a leer lo que sientes, entonces pasas de la sinceridad a la *verdad*, a la verdad de ti mismo, y es un paso de enorme importancia, pues aprender a descubrir tu mundo subterráneo oculto y lo que está en el origen de muchas de tus actitudes, probablemente hasta ahora incomprensibles y extrañas; aprendes a entender las motivaciones, el *porqué* de tu acción o *por quién* lo haces.

¡Te revela (gratis) más cosas sobre ti y tu emoción que diez sesiones de psicoanálisis (pagando, claro)!

4.3 «Sé lúcido y rápido» (discernir inmediatamente si es una emoción «buena» o «mala»)

Llegado a este punto, *discierne si lo que sientes es bueno o no*. Si procede del «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad…» (Gal 5,22), tu emoción es buena, viene del don de Dios en ti y te conducirá a la realización plena de tu vida y de tu verdad. En cambio, si procede del «egoísmo, la envidia, la impaciencia, el deseo de poseer, la malicia…», lo que sientes no es bueno y conduce a la muerte, «salario del pecado» (Rom 6,23). Por tanto, sé lucido y rápido en tu discernimiento si quieres ser libre. No es verdad, en efecto, que las emociones sean indiferentes o no evoquen cierta implicación responsable de quien las experimenta.

No pierdas la claridad mental o aquella sensibilidad moral, que toda persona posee por naturaleza, que te permite distinguir el bien del mal *ya dentro de ti*, sin esperar a reconocer lo que está mal solo cuando te impulsa a actuar y se convierte en acción. El bien y el mal, la belleza y su contrario, entran en nosotros ya con las emociones: en ellas comienzan a advertir nuestra vida y nuestra sensibilidad un *motus* que las orientan en una dirección precisa. Así pues, discierne inmediatamente o lo más rápido posible, a nivel de percepción emocional, si lo que sientes te da vida o muerte, paz o ansiedad, si te conduce a ser tú mismo según tu identidad (tu verdad) o a una deformación de tu yo y de tu vocación. Si no pones en movimiento el discernimiento lo más pronto posible, se hace más difícil hacerlo después, cuando una posible atracción hacia el mal ha adquirido ya una cierta fuerza y podría condicionar tu discernimiento. Y entonces adiós a la libertad.

4.4 «Sé firme y valiente» (actuar de un modo coherente)

Es el momento de la *decisión*: decide qué hacer con tu emoción, si favorecerla y traducirla en acción o mantenerla controlada. Eres libre de hacerlo, pero debes saber que, si eliges la verdad de ti mismo y la emoción conectada con ella, eliges la vida, y entonces serás cada vez más *libre de* lo que conduce a la muerte o a la falsificación y deformación de tu yo, y *libre de* experimentar aún emociones veraces en sintonía con lo que estás llamado a ser. *Libre* de amar tu ideal y sentirlo atrayente, encontrando sentido y placer al realizarlo. Y *libre* también de amar según el estilo típico de tu vocación. En esta coherencia y consistencia cada vez más plena reside tu sabiduría, que no es solo sabiduría, sino un modo nuevo de gustar la vida y saborear sus miles de sabores (o los miles de emociones).

Si haces lo contrario no te lamentes después de encontrarte cada vez más dependiente de emociones que te alejan de tu verdad, tan esclavizado que no solo sufres su condicionamiento, sino que no

encuentras nada malo. Esto sería lo contrario de la sabiduría, una insipiencia que conduce al delirio de quien confunde el mal con el bien.

Una realidad altamente peligrosa porque es contagiosa. ¡Y destructiva si llega a ser un fenómeno colectivo!

4.5 «Sé vigilante y responsable» (atención permanente)

En conclusión, no cometas el error de banalizar las emociones o de sufrirlas simplemente, de no someterlas a discernimiento y formación, de pensar que basta con reprimir (es decir, no traducirlas en acción) las negativas porque lo que cuenta es la acción concreta, o de pensar que no tienes ninguna culpa si las emociones te distraen de tu identidad-verdad, y, por consiguiente, no te sientes responsable de ellas. Cada elección que haces con respecto a ellas, desde darles un nombre hasta discernir su bondad, tendrá una repercusión en tu vida. Esa chispa que es la emoción puede encender la vida, pero también procesos de muerte.

Sé coherente también en el plano espiritual y penitencial: no te acuses ante Dios y ante ti mismo solo de la acción, del gesto de transgresión, sino también de la emoción engañosa que adviertes en ti, que parece obstinadamente aferrada a tu corazón y no se quiere marchar.

Quizá es este el sentido de lo que Dios le dice a Caín: «El pecado está agazapado en tu puerta» (Gn 4,7), es decir, está allí, aparentemente inocuo, pero ejerce su influencia, aun cuando no se traduzca en acción. Y, por consiguiente, es importante identificarlo, reconocerlo como parte de uno, confesarlo (también –¿por qué no?– en sentido sacramental), pedir la gracia que viene de lo alto no solo para que no atraviese esa puerta, sino para que desaparezca poco a poco. Pensemos en lo diferentes que serían nuestras confesiones o en cómo sería de verdadera y sufrida nuestra sensibilidad penitencial, si aprendiéramos a confesar ante el Dios de la misericordia también aquel pecado agazapado en la puerta de nuestro corazón, que, en todo caso, hemos «acogido» en nuestro mundo interior y que empuja para entrar y ponerse en su centro.

Así nos exhorta también con respecto a las emociones aquel hombre íntegro que fue el padre Fausti: «En tu huerto crecen perejil y cicuta. Distingue la una y la otra, y, con paciencia, riega el perejil y no la cicuta. Poco a poco, tu huerto estará bien cultivado»[11].

5. Francisco de Asís y el abrazo veraz

Hay varios ejemplos de gestión inteligente o incluso de conversión de las emociones en la historia de los santos. Elijo el de san Francisco cuando, a comienzos de su itinerario espiritual, encuentra en los montes de Asís una comunidad de leprosos, advirtiendo dentro de sí una reacción negativa de rechazo, humanamente comprensible. Pero después de un cierto tiempo la emoción cambia y Francisco experimenta al contrario una atracción irresistible que le lleva a abrazar y besar a aquellos leprosos[12]. El santo dice que fue el Señor quien cambió la emoción de su corazón; a mí me gusta pensar que fue también su trabajo de discernimiento, con la ascesis posterior sobre su sensibilidad, el que la modificó. El episodio, en todo caso, nos dice que es posible cambiar la emoción, someterla a un camino pedagógico bien orientado. Hasta el punto de llegar a provocar una emoción contraria y más verdadera, más en línea con la propia identidad y verdad.

Pero veámoslo con atención, para entender mejor la dinámica formativa.

El aspecto más interesante de este hecho es que Francisco no tuvo que *esforzarse* en cumplir una acción evangélica dura, quizá para darles un ejemplo a sus frailes, sino que llegó a advertir dentro de él una atracción inédita y misteriosa, que le impulsó con *fuerza y naturalidad* a realizar el gesto de afecto. Nadie se lo impuso desde el exterior, fue un acto totalmente *libre y querido con pasión* de su corazón, hecho por el gusto de hacerlo.

Pero no repentino o casual, ni simplemente determinado por una acción de la Gracia sin ninguna implicación de la persona, de sus afectos y emociones. Este es el punto que nos interesa. Podríamos ver en este cambio total de emoción (del rechazo a la atracción) la consecuencia de un recorrido formativo, hecho de renuncias exactamente a lo que anteriormente atraía de forma natural el corazón de Francisco y que ahora él mismo no percibe en sintonía con el proyecto que tiene en mente, con la vocación a la que se siente llamado. Una renuncia, por consiguiente, orientada y motivada: dice no a algo bello, humanamente atrayente, y que suscita una emoción fuerte, pero para decir sí a algo o alguien que no es humanamente tan atrayente, como puede ser un pobre leproso. El fin es, por consiguiente, el de convertir las propias emociones, y se convierte en objetivo alcanzable, esto es lo extraordinario.

Aún más concretamente y jugando con la polaridad bello-feo con referencia a la elección de la virginidad podríamos decir lo siguiente: Francisco aprende a renunciar al rostro más bello de la mujer más

bella (y más emocionalmente atrayente) por un motivo preciso, para aprender a sentirse atraído por el rostro más feo e incluso repugnante, desechado por todos, para que se convierta *para él en el rostro más atractivo de todos*.

En realidad, no se trata de algo heroico y extraordinario, pues es esto lo que significa exactamente el voto de castidad para el consagrado: una renuncia destinada a expresar un amor grande, o el sacrificio de una atracción enraizada profundamente en el corazón humano para manifestar en el mundo el estilo amoroso de Dios, que prefiere a los marginados y considerados indeseables, y se siente atraído por los más afectados por la tentación de no sentirse dignos de ser amados. Si Dios es el que ama así, decimos entonces que Francisco, en aquel instante, experimentó en su corazón humano una emoción divina. Y el pobre leproso la ha gozado, ha vivido en aquel abrazo sincero la certeza de la propia amabilidad, se ha sentido concretamente amado en su pobre humanidad por un amor no solamente humano.

¿No es quizá este cruce de amores y de emociones lo que caracteriza al pastor, *amar a Dios con corazón y emoción humana y amar al hombre con corazón y emoción divina*?

6. Juan y el abrazo forzado

Para comprender mejor cuanto queremos resaltar recurramos a otro ejemplo que, más allá de la apariencia, hace de un cierto contrapunto al gesto de Francisco. Se trata, en concreto, de un gesto ascético notable, que, sin embargo, no se ve acompañado por una conversión de la sensibilidad y en particular de la emoción. Lo encontramos en el episodio contado por Dostoyevski en *Los hermanos Karamazov*, a propósito de Juan el Misericordioso, persona con fama de santidad. También aquí se produce un abrazo, pero diversamente vivido por su protagonista cuando lo comparamos con el gesto de Francisco.

«Voy a hacerte una confesión –empezó a decir Iván–. Yo no he comprendido jamás cómo se puede amar al prójimo. A mi juicio es precisamente al prójimo a quien no se puede amar. Por lo menos, solo se le puede querer a distancia. No sé dónde, he leído que san Juan el Misericordioso, al que un viajero famélico y aterido suplicó un día que le diera calor, se echó sobre él, lo rodeó con sus brazos y empezó a expeler su aliento en la boca del desgraciado, infecta, purulenta por efecto de una horrible enfermedad. Estoy convencido de que el santo tuvo que hacer un esfuerzo para obrar así, que se engañó a sí mismo al aceptar como amor un sentimiento dictado por el deber, por el espíritu de sacrificio. Para que uno pueda amar a un hombre, es

preciso que este hombre permanezca oculto. Apenas ve uno su rostro, el amor se desvanece»[13].

En este caso estamos ante un caso indudablemente virtuoso, rozando el heroísmo, y también muy oneroso porque no hay en su origen atracción alguna. Pero precisamente este es el problema, e incluso es lo que, más allá de la apariencia, debilita el gesto desde el punto de vista de su cualidad y lo hace contradictorio desde la perspectiva de lo que comunica al otro. Juan, en efecto, muestra una enorme generosidad y atención por el pobre, no duda en acogerlo en su cama para calentarlo (!); todo ello se le reconoce, pero lo hace «por el deber, por el espíritu de sacrificio». En consecuencia, lo hace «con gran esfuerzo», no por el gusto de hacer algo bello y que proclama la dignidad del otro (y de sí), sino –al contrario–, siendo honesto, «se engañó a sí mismo», pues advierte el contraste entre gesto (caritativo) y sentimiento (de repulsión, no de atracción)[14]. Es decir, no estamos ante una conversión de la emoción. Difícilmente, por tanto, el mismo pobre se sentirá acogido incondicionalmente y amado por sí mismo.

Por eso, el gesto de Juan podrá ser también un gesto altamente meritorio, sin duda alguna, pero es solo renuncia, no apoyado por un cambio de atracción, gesto más ascético que místico, por tanto, también con un índice bajo de perseverancia[15], a diferencia del abrazo sincero de Francisco.

[1] G. PICCOLO, *Testa o cuore? L'arte del discernimento*, Paoline, Milano, 9.

[2] Se trataba de un fragmento de Mozart en fa mayor, que, entre otras cosas, todos conocían bien en el seminario, también fray Cándido y fray Bernardo (los hermanos de la cocina), por la cantidad de veces que habían tenido que aguantarlo (junto con otros fragmentos) mientras practicaba en el piano.

[3] «¡Perdóneme!».

[4] Cf. PICCOLO, *Testa o cuore?* , 9.

[5] *Ibidem*.

[6] A. LEMBO, «Le emozioni come trasparenza dello Spirito»: *Tre dimensioni* 2 (2017), 195.

[7] Cf. *ibidem*.

[8] La emoción se activa más fácilmente ante el rostro del otro, dentro de una relación real, no virtual, con su persona. Indudablemente, es mucho más rica y respetuosa de la realidad la vida emocional que se vive encontrándose con una persona y experimentando en tiempo real la relación, que la emoción suscitada por contactos solo virtuales. En este sentido, da mucho que pensar el hecho de que en las llamadas *redes sociales* pueda expresarse y descargarse la emoción sin ningún control, alcanzando a veces puntos increíbles, por ejemplo, de agresividad verbal, de violencia intimidatoria y de odio declarado. Es decir, la relación plena, que solo puede ser garantizada por el encuentro real, hace también real la reacción emocional. La relación virtual, o mediada por varios instrumentos de comunicación, está mucho más expuesta a las emociones desviadas, en particular a las agresivas.

[9] *A moris laetitia*, 144.

[10] Es interesante el episodio evangélico del joven rico, perfecto y un tanto presuntuoso cumplidor de la Ley, al que Jesús mira con amor y le dice que se desprenda de todo para seguirle (cf. Mc 10,17-27). El hombre reacciona con tristeza, probablemente no tanto por su aferramiento a los bienes, sino porque –más radicalmente– se encuentra perplejo ante una propuesta con respecto a la que tal vez por primera vez siente que no está su altura, que es incapaz de asumirla, obligado a admitir que no es tan perfecto. Se entristece, por consiguiente, por la necesidad de sentirse quién sabe qué, hasta ahora ampliamente gratificado, pero frenado en seco en esta ocasión.

[11] S. Fausti, *Lettera a Voltaire*, 101.

[12] Así se expresa el santo: «Lo que me parecía amargo se cambió en dulzura de alma y de cuerpo» (*Testamento di San Francesco*, en *Fonti Francescane*, editio minor, Assisi 1986, 66).

[13] F. Dostoyevski, *I Fratelli Karamazov*, BUR, Milano 1998, 316 (ver. esp.: *Los hermanos Karamazov*).

[14] Como dice, por otra parte, Tomás: «Pertenece a la perfección del bien moral que el hombre se mueva hacia el bien no solo según la voluntad, sino también según el apetito sensitivo» (*Summa Theologiae*, Ia IIae, q.24, III). Puede hablarse de virtud, de acto virtuoso o de hombre virtuoso, según Tomás, solo cuando se produce atracción por el bien y la persona goza haciéndolo. En efecto, «no puede llamarse justo a quien no goza de sus acciones justas» (*ibid*., Ia IIae, q.59, V).

[15] De nuevo, santo Tomás: «los hombres que no sienten placer en la virtud no pueden perseverar en ella» (en *In decem libros Ethicorum Aristotelis ad Nicomachum Expositio*, X, lect.6).

5 Los sentimientos, el calor de la vida

LOS SENTIMIENTOS ejercen una función importante en la cadena de la sensibilidad.

Gracias a ellos el proceso emocional se hace cada vez más personalizado y consciente, en cierto modo querido por el individuo mismo y orientado hacia los propios objetivos.

1. Emoción traducida en acción

Los sentimientos son *emociones traducidas frecuentemente en acción, que por eso tienden a hacerse cada vez más estables e influyentes*. Como hemos dicho, la emoción es solo una chispa, no es necesariamente una acción; cuando y si llega a hacerse acción nace el sentimiento.

Cuanto aquí llamamos «acción» comienza con el simple cultivo interior de una cierta emoción que se deja llevar por proyectos, fantasías, deseos e ímpetus vinculados con ella (y encontrando su gusto), y que antes o después desemboca en el gesto propiamente dicho.

La acción así entendida, y, en particular, el hecho de traducir lo que se experimenta en un comportamiento más o menos activo, conlleva un proceso de *personalización* de cuanto se ha sentido en el corazón. Si siento ira (= emoción) y mucho más si después la manifiesto descargándola sobre quien me la provocado en ese momento, me identifico con esa emoción, la interpreto con mis gestos y palabras, y la vivo de manera intensa precisamente porque me involucro. Si este modo de actuar se repite y se hace una respuesta habitual a quien considero que me hace mal, la ira se convierte poco a poco en mi estilo o en mi color, algo que me caracteriza ante mí y también ante los demás, como una predisposición que se va estructurando dentro de mí en torno a un sentimiento preciso. Me vuelvo iracundo y encontraré cada vez más natural sentir y ver, discernir y juzgar, actuar y reaccionar como persona iracunda, quizá incluso de un modo desproporcionado con respecto a la realidad (aun cuando me daré cada vez menos cuenta de la desproporción). Y con un mundo interior

habitado por pensamientos, deseos, gustos y fantasmas que se inspiran en ese sentimiento.

Por eso los sentimientos, podríamos decir de nuevo, son *la expresión sensible de nuestro mundo interior y de nuestra identidad*.

1.1 Sentimientos y conocimiento de uno mismo

Gracias a los sentimientos tenemos acceso a nuestro corazón y nos conocemos.

Conocemos lo que somos o lo que estamos llegando a ser a partir de las emociones que han determinado cada vez más nuestro modo de sentir y han inspirado nuestra acción, quizá sin reflexionar mucho sobre la bondad efectiva y la cualidad de la emoción misma y del gesto correspondiente.

Por eso podemos encontrarnos con sentimientos que se han solidificado mucho en nosotros, que nos empujan y atraen en direcciones concretas que podrían corresponder o no a lo que queremos realmente o a lo que hemos elegido en un determinado momento como ideal de vida: un sentimiento de solidaridad con los pobres, por ejemplo, me ayuda a vivir mi ideal de amor humano y cristiano, mientras que la envidia, que me hace enfadarme por el éxito del otro llegando al punto de traducirla en intentos concretos de conseguir su fracaso, no. O bien, puede haber sentimientos que conducen por igual nuestro deseo y planificación, haciéndonos sentir bueno y bello, deseable e ideal cuanto lo es en efecto, pero también cuanto no lo es, falsificando, por tanto, nuestro juicio.

Es lo que nos cuenta la parábola de Lucas del buen samaritano, que narra las dos posibilidades partiendo de la misma emoción: los tres personaje que pasan por el camino ven a la víctima, y, probablemente, experimentan compasión, que solo en el caso del samaritano se convierte en solidaridad efectiva, y, por tanto, en sentimiento que va en la dirección apropiada; mientras que en el caso del sacerdote y del levita es una compasión estéril, que no se traduce en acción correspondiente, sino que produce (seudo)sentimientos que persiguen otros intereses y conducen a otro lugar (Lc 10,33).

Profundizaremos en esto dentro de poco.

En todo caso, los sentimientos nos dicen con una cierta claridad por dónde está yendo realmente nuestra vida, sin contentarnos con las declaraciones de principio o con la corrección de los comportamientos, y tampoco con nuestras opciones llamadas

fundamentales, que podrían ser, al menos en parte, desmentidas por la orientación que asume nuestra energía afectiva.

1.2 Juicio emocional

Los sentimientos pertenecen al núcleo de nosotros mismos. Además de decirnos algo sobre nuestra identidad en sentido general, como acabamos de ver, se revelan como una realidad más bien compleja, no tan simple como podría parecer: son un hecho de corazón, pero también de cabeza y de manos, en todo caso no (solo) de piel.

Los sentimientos tienen una tonalidad predominantemente emocional, se nos aparecen –y los sentimos– como el resultado de inversiones inconscientes de energía afectiva o, más simplemente, de apegos (o lo contrario) más bien instintivos a personas y cosas, a ideales y proyectos. Pero hay también un componente *racional* en el sentimiento que es importante reconocer, y que consiste en el significado que damos a lo sucedido y más en particular a nuestra reacción ante lo sucedido. Forma parte del sentimiento también esta especie de valoración que, por ejemplo, me hará «sentir» alivio o liberación psicológica al haber descargado mi ira, y que en el fondo es como una justificación de ella; o que, quizá, habrá permitido, en su momento, al sacerdote y al levita de la parábola lucana no sentirse mínimamente culpables por haber pasado de largo (hacia el Templo o hacia las propias actividades habituales) al ver a la víctima, y que, al contrario, habrá hecho sentir al samaritano el gusto interior por su buen gesto, la alegría de haber socorrido a una víctima de la violencia de otros. En ese «sentir» hay una mezcla de emotividad y racionalidad, o se produce una sensación psicológica que incluye también una evaluación ética, o su inicio, lo suficiente para que el sujeto se sienta confirmado o justificado en lo que experimenta. Por eso es importante que no nos detengamos en los sentimientos, sino que nos preguntemos por el pensamiento que está activo en los sentimientos que experimentamos.

En este sentido, el sentimiento es como un «espía afectivo que abre una ventana para tomar consciencia de las interpretaciones que hacemos de los sucesos»[1], es decir, de aquel juicio interior con el que estamos habituados a justificar lo que sentimos con anterioridad a lo que hacemos, y de tal modo, dándonos la razón, confirmamos ese modo de reaccionar que se estructurará cada vez más en un estilo existencial, en una actitud que se hará habitual. El sentimiento implica también este juicio emocional, podríamos decir más emocional que racional, muy frecuentemente irreflexivo e inmediato, pero no totalmente inconsciente, puesto que deja, al menos, la sensación de

haber actuado bien o de haber tenido razón, y, por consiguiente, de una confirmación del yo. Entre otras cosas, la formación de la sensibilidad moral (o de la conciencia) está vinculada también al desarrollo y formación de los sentimientos.

2. Muchas emociones, pocos sentimientos

La observación psicológica nos sitúa ante un fenómeno muy singular y significativo de nuestros días, más visible quizá en la generación joven, pero sustancialmente universal, a saber, la desproporción entre emociones y sentimientos: en general tenemos hoy *muchas emociones, pero pocos sentimientos*. Tenemos grandes experiencias emocionales, estamos expuestos, por ejemplo, al mundo del sufrimiento en sus múltiples versionas, vemos en nuestro entorno o a través de los medios de comunicación las situaciones más dolorosas y los desastres más angustiosos, advertimos incluso una cierta emoción, quizá, pero seguimos después viviendo nuestra vida (y haciendo nuestras comidas mientras los informativos de la televisión nos cuentan el enésimo acto violento) sin sentirnos particularmente afectados: hay quien dice que es una defensa, si no legítima al menos comprensible, pues de lo contrario no podríamos vivir.

Lo mismo sucede en el plano de la fe: pensemos en los muchos jóvenes que son invitados a tener experiencias particulares (desde la Jornada Mundial de la Juventud hasta la experiencia de misión, desde el grupo de oración hasta el testimonio impactante del convertido de turno), sin que después todo eso incida en la persona, en su identidad y vocación. Jóvenes «informados de los hechos»; como mucho, interesados en la propuesta, pero no lo bastante como jugarse la vida en ella[2]; o con muchas experiencias («experimentados») pero sin que estas se estructuren en *sentimiento*, es decir, en una acción correspondiente y después en un modo emocional estable para afrontar la vida con sabiduría personal[3].

Y entonces cabe esperar no solo que esas emociones específicas se pierdan o se aborten, sino que, a la larga, pueda llegarse incluso al punto de perder la misma capacidad de experimentar emociones y, tanto más, sentimientos, como una terrible atrofia emotivo-sentimental. Debido a la cual, por ejemplo, se hace habitual ver a quien sufre y llora sin sentir nada dentro de uno mismo, en aquella habituación que mata en cada uno la parte más humana, la más bella y rica. Será también una defensa, pero nos hace vivir menos y nos empobrece.

¿Es un fenómeno solo juvenil?

3. Gestión de los sentimientos (a partir de las emociones)

Abordamos la parte más práctica de nuestro análisis: cómo gestionar esta dimensión tan importante de nuestro mundo interior. Para afrontar correctamente el argumento regresemos por un momento a la comparación y correlación entre emociones y sentimientos.

Las emociones y los sentimientos pueden tener los mismos nombres, lo que los distingue es la duración, la profundidad, la relación con la acción concreta y con el estímulo. La agresividad, por ejemplo, puede ser una emoción instantánea, pero puede llegar a ser también un sentimiento que me caracteriza como persona; si es solo emoción tiene una duración más breve y eventual, determinada por una situación externa, como una predisposición lista para activarse en cuanto se crean unas circunstancias determinadas. En el fondo, el sentimiento mantiene viva la emoción, actúa de modo que no desaparezca. Y esto será un bien si la emoción en cuestión es positiva y me sirve para afirmarme según mi identidad; por el contrario, será un mal si la emoción que se enraíza en mí me aleja de mi yo verdadero.

Vemos ya esbozado el criterio de diferenciación: *la gestión de los sentimientos se realiza partiendo de las emociones*. Son estas, en efecto, las que ponen en marcha – como chispas, hemos dicho– el proceso que conduce o podría conducir a los sentimientos. Por esto, también el modo de gestionarlos tendrá sobre todo que confrontarse con la *naturaleza y la cualidad de la emoción que está en su origen*.

3.1 Cuando la emoción está en sintonía con la identidad

Lo que marca la diferencia, y a lo que hay que prestar atención, es fundamentalmente la relación entre la emoción y la identidad de la persona: ¿están en sintonía o no? Si la emoción es parte de la sensibilidad y esta es expresión, a su vez, de la identidad del sujeto, como ya hemos subrayado, es evidente el principio: debe darse *linealidad y convergencia entre emoción e identidad*, el sujeto debe aprender a experimentar una emoción *positiva* con respecto a la propia verdad, es decir, sentirla atrayente y convincente, tal vez ardua y desafiante, pero bella y fascinante. La emoción positiva es la que el sujeto decide traducir en la práctica y trazar así un recorrido también a los sentimientos, para que no se quede en pura veleidad. Tendremos entonces dos posibilidades operativas, que vemos en el evangelio, y, más en particular, en la parábola ya citada del buen samaritano (cf. Lc 10,29-37).

a) «… vio y pasó de largo»

Los dos ministros del culto ven al desafortunado tirado en el suelo: los sentidos externos funcionan bien y ponen en marcha un cierto dinamismo interno que me hace pensar que los dos experimentaron una cierta compasión, como emoción totalmente espontánea y natural en tal caso, y mucho más *en línea* con la identidad de un pastor llamado a hacerse cargo de sus ovejas.

Pero la emoción, al parecer, se detiene aquí (y también la conexión con los sentidos internos). No está en nada confirmada por una acción correspondiente; quizá no es tampoco tan intensa como para provocar el gesto consecuente. Cada uno de los dos «pasa de largo» (vv. 31-32) ante aquel pobre hombre, pero aún antes «pasan de largo» de la propia emoción: uno la desconoce y el otro la inutiliza. Siguen su camino en el que la emoción del dolor por el otro aborta lentamente; su evaluación racional o su juicio emocional los ha mantenido atados al deber de celebrar el culto o más simplemente al deber de la vida cómoda de quien piensa solo en sí mismo, pretendiendo de tal modo ocultar la pobreza de su corazón, de hombres y de pastores, detrás del celo ritual, y no dándose cuenta de que la inmunidad física, así salvaguardada[4], se convierte también en inmunidad psicológica y espiritual, es decir, en aridez general, vacío de sentimientos humanos.

Lo desconcertante y paradójico es que siendo hombres dedicados al culto no se dan cuenta de que al poner a Dios y la celebración en su honor como alternativa o incluso como antítesis con el servicio al hombre necesitado se ponen también contra sí mismos, violan la propia identidad y falsifican la propia verdad, eliminando así una parte de ellos: son menos hombres, y aún menos ellos, precisamente, que han preservado la pureza ritual al no contaminarse con sangre humana y que ahora pueden presumir de celebrar ritos gratos al Dios que sufre por los hombres.

Es el riesgo que corremos todos, cada día, cada vez que la emoción –en particular la emoción positiva, aquella que está en línea con nuestra identidad-verdad– no se traduce en la acción correspondiente. Emoción, por tanto, valiosa, pero que, como toda emoción, tiene una vida breve e incierta, es solo un inicio de vida, tanto que, si no es seguida por una operación que la confirme y se deje encender, se desvanece y desaparece (por eso son muchas las emociones y pocos los sentimientos). Es un principio psicológico de absoluta evidencia y sin embargo quién sabe las veces que es simplemente ignorado.

Una última, y quizá no inútil, observación: ¡Jesús eligió precisamente a los sacerdotes (de su tiempo) para hablarnos de la distonía entre emoción y sentimiento!

b) «… lo vio y tuvo compasión de él»

Pero hay quien acoge la emoción y *la convierte en acción*, es más, en una serie de acciones. Vemos en el samaritano un dinamismo impetuoso e incontenible, que manifiesta la riquísima vitalidad de la emoción y, de alguna manera, impone a este hombre ante todo *detenerse* e interrumpir su viaje, dejarse herir por las heridas que ve. Si el mundo es un llanto inmenso, y «Dios navega por un río de lágrimas» (Turoldo), quien cree en él ve heridas y lágrimas, que se mantienen en cambio invisibles para quien, por desgracia, ha perdido los ojos del corazón, como el sacerdote o el levita. Aquel detenerse, por el contrario, expresa la profunda libertad de quien considera el tú más importante que el yo, el dolor del otro motivo suficiente para interrumpir los propios proyectos, la escucha de quien llora un sacrificio que vale más que todos los holocaustos.

Y si alguien piensa que la combinación de emoción y sentimiento es algo aleatorio, únicamente emotivo-sentimental, que siga la lectura del texto de Lucas y se encontrará ante una serie de verbos (vv. 33-35) que expresan el frenesí apasionado y la concreción extrema de una emoción que llega a ser sentimiento: el samaritano –llamado «bueno» precisamente por esto– se hace prójimo, vierte aceite y vino, toca y se deja tocar –es decir, contaminar y hacerse impuro– por este herido y sus heridas, se las venda, se lo carga encima, se hace cargo, pide y consigue que también otros, de alguna manera, lo hagan, paga por él de un modo unilateral y generoso, sin condiciones. Es más, se desarrolla un *crescendo* de atenciones que indican cómo la pena inicial se está haciendo poco a poco compasión.

c) Sentimiento humano-divino

Compadecerse quiere decir sentir con las entrañas la situación de alguien que sufre, como una mordedura, un retortijón en el estómago, un espasmo, una rebelión, algo que *empuja y mueve todo el ser, dentro y fuera* (=con-moción). Es la fuente de la que surge la misericordia activa, y que nosotros vemos admirablemente realizada en la historia de la salvación: compasión no es solo escuchar y consolar, sentir lástima y tener pena, sino que es experimentar dolor por el dolor del otro hasta el punto de que algo pueda pasar, como un trasvase, al propio corazón; es hacer posible a quien ha venido a contarme su pena que se vaya aliviado de ella, porque al menos en parte la he acogido yo en mi corazón. De hecho, me siento mal, sufro por el otro y con él; regreso a mis compromisos, pero aquel dolor lo llevo conmigo.

Experimentar la compasión es una de las cimas más altas de humanidad. Un sentimiento que hace que el corazón del hombre, del sacerdote lo mismo que de cualquier otro, independientemente de su fe, sea como el de Dios. Por el contrario, un corazón incapaz de acoger la pena del otro indicaría la vergonzosa hipocresía de quien hace un gesto que, aunque sea bueno (como escuchar o consolar, o celebrar el culto o participar en él), no es del todo verdadero, no está suficientemente apoyado por una emoción-sentimiento correspondiente. Una simple variante del gesto del sacerdote o del levita de la parábola, ministros de un dios que no existe.

Por eso repetimos que la fe debe vivirse y testimoniarse también con los sentimientos: «Una fe vacía de sentimientos es una fe árida, triste, aséptica, lóbrega, sin vida. Diría que insoportable para quien se acerca a ciertos llamados creyentes»[5].

3.2 Cuando la emoción no está en sintonía con la identidad Todos hemos experimentado y experimentamos emociones que no están en la misma longitud de onda que nuestra identidad; no es tan raro, el problema es ver qué hacemos al respecto. Tenemos, de hecho, la posibilidad de dar curso libre a estas emociones, acogiéndolas y favoreciéndolas, convirtiéndolas en acciones, o bien las podemos contraer y limitar, no dándoles una continuidad conductual. En el primer caso se convertirían en sentimientos, es decir, en una emoción estabilizada que predispone a la acción e influye en la vida. En el segundo caso serían, en cambio, contenidas y controladas, y al no descargarse en el comportamiento no llegarían a ser sentimientos, modo habitual de ir al encuentro de la vida o de reaccionar a ciertas situaciones.

Hagamos aquí una rápida referencia al texto bíblico y a dos personajes, relacionados entre sí, con una vida emotivo-sentimental muy intensa: Saúl y David.

a) La corrupción de Saúl

Saúl es elegido por Dios de un modo absolutamente gratuito, y es elevado a una dignidad suprema: fue a buscar a sus burras perdidas y se encuentra con la unción como rey de Israel. Implica un giro total con respecto a su consideración que no debe resultar nada fácil al antiguo arriero: no es sencillo estar a la altura con Dios, cultivar emociones y sentimientos coherentes con el plan vocacional pensado por él, y resistir a la tentación de desconectar a veces para hacerse cargo de la propia vida y hacerla un poco más a la medida de uno. Es difícil creer que estás llamado a hacer lo imposible, no solo amando a

Dios sino incluso con su corazón, y al mismo tiempo dejar escapar tantas ocasiones de posible felicidad y de inmediata satisfacción afectiva; no es fácil seguir dejando que Dios, a su modo, cuide tu dignidad y positividad, sin que tú tengas que preocuparte excesivamente por defender tu estima y conseguir puntos ante ti y los demás. Sobre todo, si cerca de ti sobresale alguien que parece mejor que tú, más bueno y sabio, más joven y apuesto, más capaz y competente, más atractivo y fascinante.

Aquí es donde comienza la corrupción de Saúl, con una simple emoción de envidia con respecto a David. Una emoción que parece poca cosa, incluso comprensible dado el entusiasmo un tanto insolente de las mujeres que aclamaban al joven extraordinariamente guapo y fuerte, que había matado a Goliat, haciendo comparaciones mezquinas[6]; en definitiva, algo absolutamente leve: ¿quién no se habría sentido envidioso en esa situación o quien no ha experimentado algo de envidia?

Y, sin embargo, un demonio puede infiltrarse en tal emoción y lentamente comenzar a ofuscar la mente y el corazón con una presión emocional insistente y tenaz[7]. Esa emoción es como un cáncer, quizá pequeño pero maligno, sutil pero contumaz, capaz incluso de infundir en el corazón del rey pulsiones asesinas. La emoción, que es algo pequeño, se convierte poco a poco en acción, y en acción destructiva; y así la pulsión de un momento se cristaliza en sentimiento. Y la decadencia del rey se hace imparable, cada vez más preso de una vida emocional que nunca ha aprendido a controlar y que ahora corrompe toda su persona. El exarriero de asnas se está convirtiendo también en el exrey de Israel, pues ya ha sido rechazado por Dios. A saber, la emoción que no está en línea con su identidad, una vez traducida en acción, le conduce a extraviar cada vez más su misma identidad, a no ser ya más él mismo, a no experimentar ningún arrepentimiento.

Por esto afirma el papa Francisco, «la corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente en la que al final todo parece lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferancialidad…»[8].

Toda corrupción, por consiguiente, es corrupción principalmente de la sensibilidad.

b) La corrección de David

De alguna manera y hasta cierto punto la historia de David es similar a la de Saúl. En varias ocasiones cede gravemente (o sea, con consecuencias muy duras para otras personas) a la presión de una emoción que lo domina como un adolescente: mirada lujuriosa, narcisismo incontrolado, adulterio, homicidio premeditado, engaño del inocente, abuso de poder, delirio de omnipotencia y –lo que es peor– sin ninguna consciencia del propio mal, o –en nuestros términos– sin ninguna sensibilidad moral-penitencial. Pero Dios no lo abandona, y no solo le envía al profeta a contarle la historia del ricachón despiadado con el más pobre, sino que con singular pedagogía le hace experimentar una emoción inmensa, el dolor más grande que un ser humano puede experimentar, el de la enfermedad y muerte posterior del hijo, su primogénito aún pequeño, para darle una idea, quizá, de la emoción dolorosa que siente Dios Padre por un hijo como él que corre el riesgo de perderse. La historia del ricachón, entonces, le hace descubrir el vacío de su corazón; la angustia por la muerte del niño le revela el amor del que aquel corazón es capaz y por contraste también el amor y el sufrimiento del corazón de Dios. La corrección por parte del Señor impide la corrupción de su corazón.

Y David cambia. Su corazón experimenta nuevas emociones, de naturaleza y calidad infinitamente superiores a las que había conocido y experimentado anteriormente. Y esto, me agrada pensar, es lo que le da fuerza para no continuar experimentado y traduciendo en acciones aquellas pulsiones emocionales que lo estaban humillando en su dignidad. Las emociones diversas que ahora experimenta y sufre el corazón, altamente dolorosas, le revelan, como por encanto, el misterio de Dios y de su yo.

Y aún más significativo, como una prueba de cuanto estamos diciendo, es lo que sucede después. Cuando David experimenta el dolor de la traición del hijo y después de las ofensas humillantes de Simeí, muestra una singular libertad interior al no dejarse llevar por una reacción emocional natural y que, sin embargo, hubiera sido comprensible, y hacia la que es estimulado por quien está a su lado (cf. 2 Sm 16,10-12).

Sacamos de ello una lección valiosa. No es simplemente un esfuerzo de la voluntad lo que nos permite controlar las emociones desviantes de nuestra identidad, sino el experimentar otras emociones, más conformes con lo que estamos llamados a ser, más verdaderas y liberadoras, más bellas y prometedoras, más ricas y dignas de convertirse en sentimientos. En este sentido, la corrección es eficaz cuando no solo nos exige abandonar lo que no nos sirve y no está en línea con nuestra identidad, sino cuando nos plantea y nos hace

experimentar nuevos modos de ser y sentir más conformes con nuestro misterio y nuestra verdad.

Dicho en términos más pedagógicos: nadie puede exigirse razonablemente a sí mismo o a otro una renuncia si al mismo tiempo no logra, de alguna manera, vislumbrar o experimentar o hace experimentar el espacio de libertad que se abre ante la persona gracias a esa renuncia, o la emoción de belleza que se ofrece a través de ella. En efecto, si uno solo conoce las emociones vinculadas a la satisfacción de los instintos egoístas desarrollará sentimientos que van solo en esa línea. Pero si es provocado a experimentar otras emociones, más en sintonía con la propia verdad, entonces será más capaz no solo de controlar las propias (viejas) emociones, sino de gestionar sus sentimientos, de discernir su cualidad y de vivir plenamente, en la riqueza y originalidad de la propia humanidad, sus mismos ideales de vida.

4. Formación de los sentimientos

A veces se piensa que los sentimientos son innatos, o que santa Teresa de Calcuta, por ejemplo, tenía una predisposición particular para tratar con los más miserables, que le hacía fácil un servicio que a otros les resultaría menos espontáneo.

Nada más absurdo y desconsiderado. Una emoción se hace sentimiento, lo hemos visto, solo mediante la acción, gracias a la ascesis discreta y repetitiva de los gestos, quizá pequeños e inobservables, pero que van en la misma dirección de la emoción. Esta, a su vez, tendrá que tener como punto de referencia la identidad de la persona, convirtiéndose en emoción estable precisamente en el sentimiento. El secreto está todo aquí, en esta doble coherencia de vida que creará después continuidad, por ejemplo, entre sentir pena (por el otro), sufrir (dentro de uno) y sufrir junto (con el otro), entre sentir compasión por alguien y ser libre de acoger su dolor para atenuarlo con gestos correspondientes. Estos pasos no son nada espontáneos; nadie nace compasivo, si hablamos de un sentimiento absolutamente central en el camino de la madurez humana y tanto más cristiana.

Pero todos, y en particular quien está llamado a tener los mismos sentimientos del Buen Pastor, estamos obligados a formar en nosotros tales sentimientos, a través de un itinerario que podemos sintetizar en los siguientes puntos (además de los ya expuestos).

4.1 Dejarse provocar por la realidad

Ante todo, hay que *acoger el desafío y las provocaciones de la realidad, no huir o defenderse de ella*, ciertamente no en el sentido, ya desaconsejado, de la exposición salvaje e indiscriminada de los sentidos, sino para darle realismo y concreción al propio ideal de vida. La realidad tiene un increíble valor educativo, tanto más para el creyente que la reconoce incluso como lugar donde el misterio toma forma y el segundo mandamiento llega a ser semejante al primero. Por esto es importante que, si el corazón quiere ser realmente verdadero, *hay que despertar los sentidos*, externos e internos, para ver, sentir y tocar la realidad y dejarse tocar por ella, comprenderla, especialmente la más problemática, que exige un cierto enfoque y pone en crisis. Y recordando el axioma tomista nunca superado, a saber, que cada uno recibe y capta de la realidad lo que su corazón está preparado y predispuesto a captar[9]. Decía un gran creyente y pastor coherente, con una profunda vida emotivo-sentimental, como era Mazzolari que «quien tiene poca caridad ve pocos pobres; quien tiene mucha caridad ve muchos pobres; quien no tiene ninguna caridad no ve a ninguno»[10]. Es decir, *ubi amor ibi oculus* (Ricardo de San Víctor).

4.2 «Valorar a los hombres más por lo que sufren que por lo que hacen»

La realidad es rica y provocadora, es escuela de formación, pero no toda de igual modo, en la misma entidad y por el mismo tipo de formación. Es necesario, por consiguiente, favorecer el contacto con *aquella realidad* (en sentido amplio) *que más fácilmente expone al tipo de emociones y sentimientos que forman parte de la propia identidad vocacional*. Es un principio fundamental para la formación inicial y permanente, en virtud del cual no es indiferente el lugar o el contexto humano-psicológico de la formación, el tipo de relaciones y contactos de quien se forma, es decir, de todos.

En el caso del creyente y del pastor, llamado a tener en sí la ternura de Dios Padre para la humanidad sufriente, se trata, por tanto, de buscar explícitamente el contacto con la periferia de la vida, con la realidad del hombre que sufre, que se encuentra ante el drama de la injusticia, que sufre la tentación de sentirse rechazado, que es víctima de la maldad de otros, que palpa su propia impotencia…Esta realidad, cuando se hace realidad de vida o contacto habitual del que anuncia el Evangelio, termina inevitablemente forjando en él un hombre diferente, caracterizado por un corazón tierno y comprensivo, por una mirada más respetuosa que va más allá de la apariencia.

Gracias a esa mirada el sujeto aprende cada vez más a «valorar a los hombres más por lo que sufren que por lo que hacen o no hacen»[11], como decía otro personaje con corazón evangélico, Bonhoeffer. Estas

palabras, bien entendidas, bastarían por sí solas para revolucionar radicalmente nuestro acercamiento al hombre, nuestro hermano, y más en particular nuestra moral, aún centrada solamente en las acciones y las transgresiones («de pensamiento, palabra, obra u omisión»), y así, poco a poco, a lo que el corazón sufre. Y, sin embargo, como nos recuerda aquel «ateo creyente» que fue Emil Cioran, Dios tiene precisamente esta atención, cuando «en el día del juicio se pesen solo las lágrimas»[12].

4.3 Sentimientos y unidad de vida

Si los sentimientos se forman a partir de las emociones, la atención principal se centra en el contenido de la emoción probada y en su sintonía con la propia identidad, como ya hemos subrayado. Pero repetimos que una emoción que no esté de acuerdo con la propia vocación aleja a la persona de sí misma, la atrae en la dirección errónea. Expresarla en una acción correspondiente, y, por tanto, desarrollar un sentimiento que se inspira establemente en esa emoción, es como hacer crecer dentro de uno a otro sujeto, o caer en la lucha psicológica, en la que una parte del sujeto lucha contra la otra; en todo caso, saldrá perdiendo el individuo.

La formación de los sentimientos, para decirlo positivamente, produce como efecto la unidad de vida, que no puede construirse solo sobre un equilibro –casi como en pie de igualdad– de actividades y de tiempos, sino sobre el hecho de que la persona tiende hacia un único objetivo, que fascina no solo a la razón, sino también al corazón, y no es buscado solo por los pensamientos de la mente, sino también por las emociones y sentimientos o por la sensibilidad entera; objetivo que no es solo el punto de llegada explícitamente entendido, sino también lo que el hombre sueña y desea, consciente o inconscientemente, de día y de noche.

4.4 Sentimientos y unicidad o irrepetibilidad del yo

Por otro lado, no puede uno contentarse con experimentar emociones, aun cuando puedan estar en plena sintonía con el propio proyecto identitario. Las emociones, y más precisamente las que están en línea con el yo ideal de la persona, deben traducirse en experiencia de vida, en la forma que el sujeto considere más oportuna y que puede ser también muy discreta. Pero que es importante, en todo caso, porque es precisamente esto lo que hace de la persona un ser realmente único (singular, irrepetible).

Es decir, las emociones pueden ser las mismas en un grupo de

personas diferentes, pero en el momento en el que la emoción individual se traduce en elecciones concretas, aquí se expresa en su máximo grado la libertad y la originalidad individuales. Así pues, repetimos que *las emociones pueden ser idénticas entre varias personas, pero los sentimientos nunca*, porque están vinculados con el individuo y su historia, con su experiencia y con lo que quiere ser, con la realidad en la que vive y sus provocaciones.

En los sentimientos está escrito nuestro nombre y …sobrenombre.

De igual modo, en una comunidad existe una sola fe o un solo carisma, pero el modo en el que cada uno «siente» una y el otro es propio del individuo; y, de nuevo, esto está relacionado con aquel paso estratégico desde la emoción que intuye que allí está oculta la propia identidad hasta la acción correspondiente, que da al creyente o al consagrado, en cuanto individuos, el sentimiento de pertenencia a esa fe o a aquel carisma.

4.5 Cada elección orienta la vida (y la elección sucesiva)

Cuando la emoción se convierte en sentimiento, este sentimiento se hace parte de la sensibilidad, como modo de sentir estable y estilo de vida habitual que hará cada vez más fácil, natural y creativo, por ejemplo, *sentir compasión y detenerse*. Si el samaritano se comporta como sabemos no lo hace simplemente porque tiene un buen corazón y es generoso por naturaleza, sino porque sus elecciones de vida, incluso las pequeñas, lo han orientado poco a poco cada vez más hacia el otro, lo han educado en la atención al otro, configurando en él sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos y atracciones. Más o menos como decíamos a propósito de santa Teresa de Calcuta.

Si el sacerdote y el levita, en cambio, miran y pasan de largo, no lo hacen simplemente porque tengan otro carácter, quizá porque sean tímidos o reservados, o porque tengan un fuerte sentido del deber y tengan que llegar a tiempo para realizar otras tareas (más o menos cultuales), sino porque sus sentidos y sentimientos no han sido educados para dar la prioridad al otro, sobre todo a quien sufre, y si llegan a sentir una cierta pena han aprendido, lamentablemente, el modo de neutralizarla y desactivarla, sin sentirse mínimamente culpables por ello.

Este patrón de reacción podrá incluso funcionar (es decir, ningún malestar personal ni nada de escrúpulos, ningún remordimiento o vergüenza, ningún arrepentimiento y confesión), pero en todo caso este gesto (u omisión) seguirá reforzando un modo de sentir centrado

en uno mismo. Algo que después se extenderá inevitablemente a las demás áreas, y todo se convertirá en pura autorreferencialidad: la liturgia, el estilo de relación, la praxis pastoral e incluso la relación con Dios, todo estará centrado en uno mismo[13]. Esto es un tormento, en realidad, y parece una total contradicción, pero es la consecuencia inevitable de la desatención educativa de los propios sentimientos.

[1] PICCOLO, *Testa o cuore?* , 11.

[2] La crisis vocacional está sin duda relacionada también con este bloqueo que impide a la emoción llegar a ser sentimiento, o que impide –en este caso– a la sensación de ser llamado por Dios en un cierto momento de la vida llegar a ser elección de responder de forma definitiva y acogedora, y, después, a la disponibilidad de dejarse siempre y continuamente llamar por el que llama eternamente.

[3] Quizá también por eso mientras que en general no tenemos problemas para expresar las emociones (además de que se expresan solas), somos más discretos a la hora de manifestar los sentimientos y a menudo nos avergonzamos de ellos porque nos dejan desnudos. Por esta razón somos más bien pasivos con respecto a las sensaciones-emociones, pues las sufrimos con mucha frecuencia, mientras que somos más activos con respecto a los sentimientos.

[4] Habría sido contaminante el contacto con sangre, impidiendo así la celebración del culto. En realidad, el texto dice que el sacerdote «bajaba por aquel mismo camino» (v. 31), que lleva desde Jerusalén a Jericó, por tanto, el peligro de la contaminación no sería un argumento válido, al menos para un acto de culto inminente, pero en todo caso reflejaría la actitud general de distanciamiento del funcionario de lo divino que no quiere… mancharse las manos en el contacto con el hombre y su sufrimiento.

[5] A. PRONZATO, *Un prete si confesa*, Gribaudi 2013, 47.

[6]

«Saúl mató a mil y David a diez mil» (1 Sm 18,7).

[7]

Precisamente esta es la naturaleza de la tentación, que nos provoca donde somos más débiles. En su origen la tentación es natural, o aprovecha las zonas más vulnerables de cada uno para después alejarnos cada vez más –sobre todo si no es reconocida a tiempo por lo que significa– del plan de Dios sobre nosotros o de nuestra identidad. En ese momento se convierte en verdadera tentación, operación diabólica. Pero más o menos favorecida por el tipo de (no) atención y vigilancia del sujeto.

[8]

FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, 165. En otra ocasión el papa se expresó sobre el tema de la corrupción diciendo: «Diría que el origen de la corrupción es el pecado original que cada uno lleva en sí… El tema es pecadores sí, corruptos no. Todos somos pecadores. El pecado no me da miedo, pero la corrupción sí, la corrupción vicia el alma y el cuerpo. Una persona corrupta está tan segura de sí que no pueda retroceder.

También el empresario que paga la mitad a sus trabajadores es un corrupto. Y un ama de casa que trata a la sirviente de un cierto modo es una corrupta… ¿Hay corrupción en la Iglesia? Sí, hay corruptos. Siempre los ha habido en la historia de la Iglesia. Mujeres y hombres de Iglesia han jugado con la corrupción» (página *Im Terris*, 22 de enero de 2018). Cf. también J. M. BERGOGLIO, *Guarire dalla corruzione*, EMI, Bologna 2013.

[9]

« *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*».

[10]

Cit. por L. SAPIENZA, «La parola ai poveri», *L'Osservatore Romano*, 19 de octubre de 2016.

[11]

D. BONHOEFFER, *Disprezzo degli uomini?* , en *Resistenza e resa. Lettere*

e scritti dal carcere, San Paolo, Milano 1988, 66 (trad. esp.: *Resistencia y sumisión*, Sígueme, Salamanca 2008).

[12]

E. CIORAN, *Lacrime e santi*, Adelphi, Milano, 86 (trad. esp.: *Lagrimas y santos*, Hermida, Madrid 2017).

74

[13]

Son las varias formas de autoerotismo (litúrgico, relacional, pastoral, espiritual, etc.).

75

6

Los afectos, las pasiones de la vida

EL ANÁLISIS DE LA SENSIBILIDAD HUMANA y de sus elementos adoptando un criterio genético, como estamos intentado hacer, da la impresión de ser algo que asume cada vez más una fisionomía y estabilidad propias, en contraposición con la idea de que la sensibilidad es algo pasajero y fluctuante, líquido y poco fiable para entender al hombre en general e individualmente. Al contrario, las emociones que –traducidas en acción–

llegan a ser sentimientos y los sentimientos que hacen nacer los afectos en el corazón son expresión de la formación progresiva en nosotros de aquella orientación interior que hace sensible a la persona, es decir, que la atrae en una cierta dirección, hacia un ideal, un objetivo vital, una persona a la que amar y con quien compartir la vida, una verdad por la que apasionarse, una identidad en la que reconocerse; pero también –obviamente–

hacia objetos y realidades menos nobles y trascendentes, como puede ser un animal, un objeto cualquiera o un hábito de vida menos saludable a los que nos aferramos hasta llegar a ser dependientes de ellos.

De todas formas, constituye un paso fundamental de la vida y del camino de maduración global del individuo. Pero aún antes es un signo peculiar de la dignidad humana y de su misterio, en el que el hombre se distancia claramente de las especies inferiores y se asemeja

singularmente a quien lo ha creado y lo ha querido, capaz de *afecto*, de darlo y recibirlo.

1. El concepto

Aunque son más fáciles de sentir que de definir, lo intentamos igualmente: los afectos son *un sentir dotado de sentido y de pasión, que nos indica que hemos llegado a entrar en contacto con algo o alguien objetivamente significativo y subjetivamente importante*[1].

Sentido y pasión o procesos cognoscitivos y vínculo emocional son los dos elementos constitutivos de los afectos, que añaden algo sustancialmente nuevo al itinerario de humanización iniciado con la actividad de los sentidos.

1.1 Elemento intelectual (sentido)

Principalmente, los afectos son activados por el *pensamiento consciente e intencional*, 76

pese a que podamos tener una sensación o una convicción diversa. De hecho, en el sentido corriente de la palabra, el afecto se diferencia del pensamiento, sobre todo si este se refiere al pensamiento consciente y reflejo; o, como mucho, se piensa que el afecto nace en el reino oscuro y a menudo ingobernable de nuestro inconsciente («el amor es ciego»). Como si no fuera o no pudiera ser inteligente, como si careciera de algo objetivo con lo que confrontarse. Tratemos de entender por qué no es ni puede ser así.

En realidad, también la yegua llora la muerte de su potrillo, pero es un dolor de sensación (ligado al instinto de la maternidad como suceso fisiológico). La madre humana, en cambio, sufre un dolor de afecto: golpeada (en los sentidos internos) por un suceso traumático (= sensación), se siente morir por dentro (= emoción) y siente que está viviendo en directo (con sus sentimientos) el misterio de la vida y de la muerte (y, por consiguiente, no solo con sus sentimientos, sino con un enfoque mental reflexivo que puede incidir en la intensidad del dolor): el afecto es todo eso, y no solo en teoría o en general, sino de manera profundamente personal y participada, hasta el punto de sufrir dentro de uno mismo ese misterio.

Los afectos pertenecen a un nivel evolucionado de la vida psíquica, es decir, al psicoespiritual[2], donde es mayor la libertad porque es posible una cierta capacidad de abstracción y racionalidad, que no poseen los otros modos de sentir (desde las sensaciones hasta los sentimientos) y los otros niveles (psicosomático y psicosocial). Por

eso, los afectos son particularmente ricos en energía, y pueden resistir y persistir aun cuando las sensaciones, emociones y sentimientos vayan en sentido contrario.

En este nivel, por ejemplo, puedo decirle a mi hijo que desde hace meses me exaspera (= sensaciones y emociones negativas) con su forma extraña de comportarse, que, realmente, me está exasperando, pero que no lo cambiaría por ningún otro (=

sentimiento que expresa un afecto estable y seguro). Quien así se expresa demuestra y puede decir, sin sombra de duda o falsedad, que tiene en la mano la vida y su dimensión relacional, es lúcido en la percepción de los problemas, no se deja arrollar, los afronta con responsabilidad, mientras que, por otro lado, no está comentando abstractamente sucesos genéricos de sentido único y evidente, ni está reduciendo el problema a una cuestión moral (de su deber como padre), sino que quiere entender el significado único de su existencia personal como ser en relación y en una relación concreta que lo involucra profundamente. Por esto puede decirse que no está soportando una situación negativa, sino que está dando libremente sentido, y sentido positivo, a su función de padre.

Este sentido nace del afecto y está totalmente unido con él.

Puesto que los afectos están relacionados con el misterio de la vida y no solo con la relación que tenemos con las cosas, con nosotros mismos y con los demás, una vez instalados en nuestro corazón es difícil eliminarlos incluso en presencia de sensaciones o emociones contrarias que están más vinculadas a las situaciones, como en el ejemplo que hemos comentado. Tienen una constancia extraordinariamente tenaz. Y son un índice seguro de madurez.

1.2 Elemento emocional (pasión)

También aquí tenemos que clarificar un presupuesto: el afecto no es solo sensación/sentimiento de apego y atracción hacia una persona que explota espontáneamente y se impone categóricamente, sino también emoción/pasión que impregna el espíritu y el corazón conduciéndolos hacia algo/alguien que ilumina nuestro ser y nuestra identidad, y da sabiduría y sabor a nuestros días.

Es lo que debería producirse en relación con los valores o los ideales que queremos lograr, si realmente los queremos conseguir y no hacemos de ellos solo una cuestión moralista o un imperativo

categórico, ni los entendemos como un paquete de virtudes que aprender o un modelo que imitar. Los valores, en efecto, son la fuente de nuestra identidad, en ellos reconocemos nuestra verdad personal, lo que somos y lo que estamos llamados a ser, son parte de nosotros. Por esto, deben ser vividos y no solo proclamados; amados y no simplemente traducidos en la práctica; gozados, y no tristemente observados; descubiertos como fuente de identidad y sentido, y no solo mirados con admiración: en ellos me encuentro a mí mismo, de hecho, así ellos reviven en mí[3].

¿Cómo no amar lo que me revela a mí mismo en mi idealidad? Como consecuencia se produce una doble pertenencia recíproca o una relación circular entre afectos y valores, entre corazón e ideal. Y la consecuencia es la pasión de la persona que vive y testimonia la belleza de esos valores, la felicidad de entregarse a ellos, la certeza de una relación llena de afecto.

Lo que estamos diciendo es importante también para cuanto concierne al *contenido* del valor elegido o descubierto. Ante todo, no es lo mismo tener un ideal de vida que no tenerlo. La ausencia de ideales determina la pobreza de la vida afectiva o la ausencia de todo afecto estable; el individuo será capaz solo de sensaciones y emociones.

Al igual que tener un valor de un tipo o de otro, más o menos provocador y exigente, apasionante y trascendente, no es irrelevante para la cualidad de los propios afectos y para tener una vida afectiva agradable y satisfactoria. A los ideales cualitativamente diversos les corresponden afectos diversos. Según el ideal de vida elegido, las mismas sensaciones y emociones se resienten adquiriendo o disminuyendo de intensidad. La excitación general (=sensación) por un amante ocasional[4], por poner un ejemplo, tiene connotaciones emocionales más primitivas y egoístas, solo físicas y adolescentes, pretenciosas e irresponsables, cuando se compara con la excitación de quien está enamorado y experimenta un afecto intenso por una persona determinada de la que percibe su fascinación no solo sexual (=emoción y sentimiento): son dos erotismos muy diversos entre sí, y muy diversos, a su vez, del erotismo (=sensación) de quien lucha para mantener su decisión de fidelidad a la persona amada (=ideal de vida).

Todo ello, entre otras cosas, nos permite examinar la verdad de sensaciones y expresiones vinculadas a la vida afectiva y normalmente exhibidas con una cierta prepotencia.

Por ejemplo, ¿quién no ha dicho nunca o no ha escuchado decir en el

testimonio del final de una experiencia de voluntariado o de un particular tipo de servicio o al regreso de una misión que «hay más alegría en dar que en recibir»? Es verdad, lo dijo Jesús, 78

según la palabra de Pablo (cf. Hch 20,35), pero, de no ser mera formalidad, ¿nos hemos preguntado alguna vez de qué alegría (que es un afecto) se está hablando? ¿Es la que está vinculada con la agradable *sensación* de repartir cosas? ¿O con la gratificante *emoción* de estar entre los benefactores de la humanidad? ¿O con todos los *beneficios secundarios* (gratitud, reconocimiento, aprecio, vínculos personales gratificantes…) relacionados con el hecho de llegar a ser una persona importante para los demás? ¿Y están realmente seguros de ser tan autosuficientes y libres de la necesidad de recibir (que es una necesidad totalmente respetable)? ¿No es tal vez cierto que para recibir se necesita la misma libertad afectiva que se exige para dar? Es decir, ¿qué ideal de vida está realmente detrás de estas palabras, admitido que sea un valor?

¿Dónde está o de donde viene en este caso el afecto o la sensación gratificante?

O bien otra frase que se ha hecho clásica y un tanto tópica, que expresa una humildad sospechosa: «Haciendo el bien a los demás he experimentado que es más lo que recibo que lo que doy». De nuevo, ¿qué podría esconder esta noble expresión, una humildad sincera o un narcisismo satisfecho? ¿En qué consiste ese «bien»? ¿Y estoy seguro de haber dado de un modo totalmente libre? Lo que he recibido, ¿ha colmado alguna carencia psicológica personal o ha provocado un compromiso más intenso y puro? ¿Cuál es el criterio de evaluación de la experiencia realizada? ¿El bien desinteresado dado por mí o el bien más o menos interesado recibido? ¿Qué sentido tiene evaluar una experiencia que se inició con nobles sentimientos usando verbos del mundo de las finanzas, dar y recibir? Dicho de otro modo, ¿qué hay en el origen de la experiencia y del modo de evaluarla? ¿El misterio y valor del amor o el sutil uso (abuso) del otro, aunque no se haga conscientemente?

Puede parecer excesivo y quisquilloso este modo de analizar y evaluar los afectos.

Pero el verdadero problema es que no estamos habituados a *discernir* nuestro mundo afectivo, que, en cambio, representa el elemento fundamental, aquel que condicionará inevitablemente después la evaluación de la mente y la decisión de la voluntad. Por tanto, merece la pena profundizar en su origen y movimiento.

2. Génesis y dinámica

Hemos definido los afectos como un «sentir dotado de sentido y pasión». En este sentir encontramos de nuevo el camino de aquella orientación emocional que es la sensibilidad.

Los afectos aparecen como la energía que dinamiza y conduce tal orientación, y, por tanto, constituyen el elemento *decisivo* de este valioso mundo interior. Al mismo tiempo, si la sensibilidad está compuesta por todos los elementos considerados en las intervenciones precedentes (sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos), los afectos no surgen de pronto, como el patético gran amor que aparece « *qual fulmine a ciel sereno*» [como un rayo en día despejado], sino que nacen *lentamente y con cierta discreción*, y en todo caso representan el punto de llegada natural de todo este recorrido.

Pero, una vez «nacidos», los afectos son la parte descubierta de aquel mundo ya no solo interior, pues habitualmente se imponen con fuerza a la atención emocional, aun cuando puedan permanecer oscuras sus raíces cercanas y remotas (y alguien puede incluso 79

obstinarse en negar su presencia o en considerar inútil el trabajo de recuperación de tales raíces).

Teóricamente, sentidos-sensaciones-emociones-sentimientos deberían ir, de un modo cada vez más lineal y consciente, en la misma dirección de la identidad de la persona. Y

es tal convergencia la que carga de energía los afectos, atraídos por algo/alguien que

«nos importa», en quien reconocemos lo que estamos llamados a ser y amar.

Todo ello, no obstante, es lo que debería suceder a nivel teórico, ideal, puesto que es posible, y no tan raro en la realidad, que los afectos sean expresión de una contradicción interna entre lo objetiva y lo subjetivamente importante, entre un ideal que la persona ha elegido conscientemente (y que además «ama») y otra cosa que siente asimismo relevante para el propio bienestar y felicidad, para la propia autoestima y amabilidad o incluso para el propio equilibrio psíquico. Es el caso, bastante clásico, del sacerdote célibe que vive un amor prohibido (=no coherente con su opción de vida), pero por el que se siente gratificado, y no solo en el plano puramente afectivo-sexual, sino también porque le hace sentirse atractivo y significativo para otra persona, como si le resolviera el problema de la estima y de la

confianza en sí mismo, haciéndole la vida más fácil y bella, y el compromiso pastoral como un desafío posible de asumir y realizar. O es el caso de quien, después de haber hecho una opción de vida (en la que sigue creyendo), advierte una atracción ni siquiera demasiado oculta hacia aspiraciones (por ejemplo, a hacer carrera) o hacia gratificaciones sensoriales o hábitos privados que quizá a algunos les parece de poca monta, pero que son poco compatibles con la propia identidad (desde el uso de bienes materiales hasta un cierto autoerotismo, desde el uso del PC hasta una cierta indiferencia por el débil y el pobre). Esa atracción es un afecto que la persona puede haber favorecido, y que, por consiguiente, lo ha hecho tan fuerte e influyente que advierte cada vez menos la contradicción entre ese afecto y su identidad, o se arriesga quizá a entrar en crisis y abandonar al final la opción de vida hecha y orientarse hacia otra elección identitaria.

Como podemos ver, se trata de nuevo de la relación entre identidad y sensibilidad, que a lo largo de estas páginas hemos propuesto varias veces como el criterio pedagógico fundamental para la formación de la sensibilidad misma, pero aquí la observamos en una versión doble o según un dinamismo de doble sentido: de la identidad a la sensibilidad, y de la sensibilidad a la identidad.

2.1 De la identidad a la sensibilidad (fase ascética)

El primer movimiento es el que ya conocemos: la identidad, o el ideal elegido, indica el contenido y la modalidad para vivir nuestra sensibilidad. Y es del todo lógico. Si la identidad constituye nuestro ideal y, por tanto, lo que nos define en nuestra verdad, es justo que sea también el punto de referencia o el criterio de conducta de los sentidos, las sensaciones, las emociones, los sentimientos y los afectos. Lo que se sitúa, en cambio, en contra de nuestro yo más verdadero no puede ni debe llegar a ser objeto de nuestros gustos y deseos, afectos y decisiones, pues nos alejaría de nosotros mismos, más allá de la ilusión-tentación contraria (de ser uno mismo) y a pesar de la renuncia que eso 80

implicaría.

En este sentido, la identidad es *previa* a la sensibilidad, a la que le indica un camino *ascético*.

a) Armonía interior

Cuando se respeta este principio, y gracias a esta coherencia, la

persona vive en un estado de armonía profunda y consistencia interior. Obviamente, aunque hablamos de afectos, el principio va más allá del ámbito puramente afectivo y sexual, y se aplica a la vida en general. Por tanto, para ser concretos, si el objetivo y el ideal existencial es un proyecto que va en el sentido de la autodonación, como es el ideal sacerdotal (o también simplemente cristiano, o conyugal), *la sensibilidad de la persona deberá ir, en las diversas situaciones de la vida, en la misma dirección*, para crear cada vez más en su interior sensaciones, emociones, sentimientos y afectos sinceramente abiertos al otro, capaces de empatía y compasión, libres de dar afecto de modo gratuito e intenso, sobre todo a quien más lo necesita.

Si este es el principio teórico, podríamos contar entonces en la práctica con dos situaciones, una negativa y otra positiva, en la vida de quien ha hecho una opción vocacional específica. Cuando los sentidos y las sensaciones están normalmente habituados a percibir al otro de un modo determinado, en función de los propios intereses o de una propia gratificación, y, por tanto, «usándolo» para uno mismo (aunque no necesariamente provocando graves transgresiones), en este caso la persona se predispone a vivir un cierto tipo de relación en la misma dirección (autorreferencial). Si esta persona se encuentra en una situación de implicación emocional (un enamoramiento), y es llamada a hacer un discernimiento sobre cómo interpretar la relación teniendo en cuenta su significado, los gestos y las expresiones de afecto, es probable que el hábito aprendido con anterioridad de «usar» al otro en un cierto modo condicionará el discernimiento mismo y el juicio moral de la persona. A saber, no verá nada de malo en vivir una relación de hecho ambigua, en la que el uso del otro corre el riesgo de convertirse en abuso (aun cuando no se produzca de forma necesariamente dramática ni en el sentido –lo repetimos– solo sexual). En tal caso, evidentemente, la sensibilidad viaja en dirección contraria a la identidad, determina el discernimiento correspondiente y, por tanto, resulta igualmente disonante con ella.

En cambio, resulta claro que una orientación general de la sensibilidad «educada» en sentido heterorreferencial, capaz de captar y respetar el misterio y la dignidad del otro y de dar prioridad al tú sobre el yo, ayudará enormemente a vivir bien la propia afectividad, incluso en situaciones de fuerte presión de la pulsión genital-sexual; quizá ayudará a prevenir algunas situaciones de crisis afectiva o a asegurar que no sean demasiado frecuentes (como una búsqueda obsesiva de puntos de apoyo para un yo débil) ni tan invasivas, o por lo menos ayudará a vivir la crisis sentimental de forma realista, sin perder el sentido de la propia identidad y sin la pretensión irreal de poseer al

otro, (ab)usando de él para la propias necesidades (afectivas y sexuales).

81

b) Identidad como verdad (y contenido),

sensibilidad como libertad (y estilo)

Lo que quiero particularmente subrayar es que *el problema, aun cuando llega a ser afectivo o explícitamente genital-sexual, se gestiona siempre según la sensibilidad general madurada anteriormente por el individuo*. Por consiguiente, el discernimiento va también en la misma dirección. Y esto se debe a que la sensibilidad representa el *estilo*, podríamos decir, la manera habitual de vivir, mientras que la identidad es el *contenido* que la inspira. Y si la identidad indica o es la *verdad* del individuo, el estilo debería expresar la *libertad* con la que uno vive lo que está llamado a ser, experimentado su atracción y el gusto.

Resulta obvio, llegados a este punto, que no basta con insistir, en la formación inicial y permanente, en el contenido ideal, ilustrándolo, o en la verdad, contemplándola. Y

tampoco exclusivamente en los comportamientos que aplican ese contenido conformándose a él. Es necesario intervenir en el estilo, para activar en el sujeto la adhesión *libre* a esa verdad, motivada cada vez más por el gusto de vivirla y de vivir plenamente la propia identidad. La disociación entre ideal y práctica de vida puede quizá producirse más intensamente en la vida del sacerdote célibe. Puesto que hablamos de afectos, si la identidad es la del sacerdote célibe por el reino de los cielos, podríamos decir que *toda la sensibilidad* tendrá que inspirarse en este ideal o ser también ella, de alguna manera, «célibe» o virgen, orientada en esa dirección y en la de los valores que subyacen en esa opción[5]. De lo contrario la opción por el celibato se convierte en farsa o mera fachada, constantemente desmentida por una vida interior que va en sentido opuesto, e incluso en algo imposible, en una tortura o maldición, que no tardará en manifestarse, sobre todo en las situaciones críticas.

Pero también es verdad el proceso inverso, el que va desde la sensibilidad a la identidad, y es tal vez el aspecto más inédito y digno de atención.

2.2 De la sensibilidad a la identidad (fase mística)

No solo la identidad tiene prioridad sobre la sensibilidad y sus

componentes, sino que también es *la sensibilidad la que influye en el descubrimiento y la elección de lo que queremos ser*. Sentidos y sensaciones, emociones y sentimientos, pero de un modo particular simpatías y afectos, ejercen una presión sobre ese descubrimiento, pues orientan cada vez más al individuo a percibir la verdad, belleza y bondad objetivas de un ideal de vida hasta sentirse atraído por él. Lo que, a su vez, se hace cada vez más fuerte cuanto más lee el sujeto en ese ideal también la *propia* verdad, belleza y bondad, hasta el punto de elegirlo como lo que quiere ser, como la *propia* identidad, pasando del importante «en sí» al importante «para mí».

Si la identidad señala el camino *ascético* a la sensibilidad, esta llega a ser como el alma *mística* que impulsa a elegir y vivir por amor, en la libertad del amor, del gusto de hacer las cosas por amor, de discernir lo que agrada al amado. Quizá podríamos decir que cuando Pablo habla de «libertad en el Espíritu», opuesta a la «esclavitud de la ley» o

de las obras[6], presupone precisamente este tipo de itinerario psicológico que une verdad y libertad, mística y ascética, identidad y sensibilidad, y permite al creyente liberarse

del

peso

de

una

moral

como

fin

en

sí

misma

(=moralismo/perfeccionismo/voluntarismo) para gozar de la belleza de dejarse atraer por el amor.

Los dos aspectos, por consiguiente, el místico y el ascético, deben estar presentes en un proyecto formativo, de una forma circularmente

recíproca. *Ascética sin mística* sería una elección voluntarista-moralista del yo ideal no suficientemente apoyada por la pasión de quien ha descubierto un tesoro en el campo y «lleno de alegría va y vende todos sus bienes para comprar ese campo» (Mt 13,44). *Mística sin ascética*, en cambio, sería una atracción por un ideal que se mantiene débil e inestable, carente de la valentía de traducirse en elecciones y renuncias correspondientes. Y en el caso de una tercera alternativa, es decir, de la ausencia de la mística y de la ascética, la vida del individuo sería simple y tristemente mediocre, «ni fría ni caliente», con los resultados

«apocalípticos» que conocemos[7].

a) Sensibilidad vocacional inicial

La sensibilidad, por consiguiente, tiene una función importante en el discernimiento en general y en la identificación del propio yo ideal, es decir, en el discernimiento vocacional, que no es un proceso solo intelectual, moral o espiritual, sino un *dinamismo emocional* que incluye esos procesos e influye sobre ellos. Un motivo más, con respecto a lo ya dicho, para pensar en una concepción amplia de la intervención educativa que no se limite al control de los comportamiento, sino que parta de los sentidos y de las emociones, de las sensaciones y de los sentimientos, para que el afecto y la pasión que nacen de ese dinamismo emocional no sean indiferentes y neutros, o, peor aún, salvajes y perversos, sino que impulsen la elección en la dirección verdadera-buena-bella, y esa elección sea libre, es decir, hecha por amor.

La crisis vocacional actual se debe a que ya antes, en la cultura, está en crisis la sensibilidad vocacional, incluida la creyente, sensibilidad entendida como pasión por el descubrimiento del propio yo ideal y como itinerario de búsqueda no solo intelectual ni tampoco exclusivamente orante, sino que tiende hacia una identificación progresiva con los sentimientos de Dios, para ver la vida y a nosotros mismos con sus ojos. La elección será auténtica, de hecho, solo si se hace según el corazón del Eterno, el que llama. Por esta razón, entre otras, la animación vocacional es y debe ser formación de base de todo creyente, no un premio para quienes más lo merezcan o un reclutamiento de los más buenos.

Por el contrario, quien orienta la propia historia sin ninguna perspectiva trascendente, y en todo, incluso en las nimiedades, se habitúa a buscarse solo a sí mismo y sus intereses, se verá poco a poco solo a sí mismo y en una perspectiva en la que no aparecerá ninguna

llamada de lo alto, ni tampoco de la historia en la que vive, ninguna implicación en los dramas o sufrimientos que ve en torno a sí (si es que alguna vez llega 83

a verlos). Su afecto, entonces, se verá tan satisfecho viviendo replegado sobre sí que proyectará su existencia en la misma dirección, estrecha y mezquina. Y dándose cada vez menos cuenta de la miseria del narcisismo en el que corre el riesgo de acabar viviendo y vegetando.

b) Sensibilidad vocacional permanente

La opción de vida que es el fruto de este camino formativo coherente no es solo la que se hace al comienzo de un itinerario vocacional, sino aquella que es *continuamente* confirmada y reforzada a lo largo de todo el camino existencial, por parte de quien llega a ser cada vez más creativamente fiel a sí mismo porque se siente cada vez más atraído por el ideal. En el fondo, se trata del progreso de la vida: de la elección vocacional a la formación inicial, de esta a la formación permanente, y, luego, de la experiencia de ser llamado a la elección de ser el que llama (o prestar la propia voz como mediación de Aquel que llama eternamente), de la alegría del Evangelio recibido a la alegría del Evangelio anunciado. En un *continuum* de afecto-pasión por un ideal que es cada vez más atrayente-convincente-exigente, y que es cada vez más elegido. Hasta el último día de la vida.

También aquí, siendo realistas, tropezamos con la posibilidad contraria. La sensibilidad vocacional no está en crisis solo en los jóvenes que no entran ya al seminario (o que no se casan ya), sino también en quien ha hecho ya una elección, cualquiera que sea, aun cuando aquella en la que el abandono suscita más escándalo sea la sacerdotal. En muchos casos la causa ha sido y es la misma, y ha resonado y resuena como una cantinela constante: «No me atrae ya la llamada de un tiempo… no me apetece continuar en una elección que ya no ejerce ninguna fascinación sobre mí… me siento traicionado por esta vocación… ya no me dice nada ser sacerdote… hay otro amor que ahora me atrae más… durante un tiempo he amado esta vocación, ahora, sin renegar de ella, este amor sencillamente ha dejado de existir… me doy cuenta de que tal vez me engañé, ahora ya no siento ningún amor o quizá nunca lo hubo… sería hipócrita continuar en este estado vocacional, etc.».

Estas expresiones, con algunas modificaciones, pueden extenderse también a las crisis matrimoniales, con la misma sensación de fondo: la sensibilidad ya no es la misma, las atracciones han cambiado, los

sentimientos se mueven hacia otro lugar con respecto al momento de la elección inicial.

¿Es esto posible? Ciertamente. Nos lo dice precisamente la realidad misma de tales crisis. Pero más importante es tratar de entender cómo y por qué suceden.

c) ¿Perseverancia o fidelidad?

Una primera explicación, verdadera y fidedigna, pero que quizá podría ser tachada de moralismo, es la que podemos deducir de cuanto hemos dicho hasta ahora: si la sensibilidad no sigue a la identidad o no se ajusta cada vez más a ella, en un cierto punto es inevitable que tome otros caminos, o experimente el tedio y después otras y diversas 84

atracciones, o advierta que el amor de un tiempo ya no existe, mientras que aparecen otros. Una cierta cultura actual encuentra el asunto totalmente admisible, porque los sentimientos –se dice– «no son para siempre… la sensibilidad puede cambiar en la vida, es más, es también bueno que cambie… si el amor ha terminado no hay nada que hacer, y mucho menos culpabilizarse por eso…»[8].

En el fondo, este enfoque ideológico no dice algo erróneo: dice la verdad en el sentido de que la sensibilidad no puede permanecer bloqueada en una especie de congelación (sobre todo porque sería contrario a su naturaleza llena de vida y de calor), sino que debe abrirse a lo nuevo, y no por una cuestión de agotamiento del amor de un tiempo, sino por el motivo opuesto, porque la identidad (descubierta y elegida un tiempo en un proyecto de vida) si, por un lado, representa algo definitivo que no puede cambiar, por otro, es dinámica por su naturaleza y se revela progresivamente, y, por tanto, puede ser elegida y reelegida solo si se decide responder de un modo nuevo a las exigencias y provocaciones nuevas, siempre en el marco de aquel proyecto[9]. Exigencias y provocaciones que ciertamente pueden complicar a veces la vida, pero que suponen y requieren en todo caso unas motivaciones diversas de las iniciales, unos criterios de elección actualizados, unas respuestas adecuadas a lo que ahora el ideal revela de sí, una gran valentía para abrirse a los horizontes inéditos que propone el ideal.

En definitiva, uno no puede pensar en repetir y repetirse en su ideal de vida. Mucho menos en una perspectiva creyente, porque si es Dios quien llama, él ciertamente no se repite ni repite hoy lo que me pidió (o donó) ayer. Por tanto, mi respuesta tampoco podrá ser la misma,

sino que será cada día un modo diverso, más rico y original, de vivir mi vocación y la fidelidad a ella. De lo que se sigue que no podemos contentarnos con ser *perseverantes*: el perseverante, en efecto, es un hombre de palabra… consigo mismo, esencialmente se repite (a veces también con una cierta rigidez), se mantiene en la institución, pero sin necesariamente renovar (= hacer nueva) la propia elección y sus motivaciones.

La fidelidad, en cambio, es *relacional*, es la respuesta de cada día a Aquel que es fiel, fiel al darme y pedirme cada día algo más, fiel en la llamada y en sostener mi respuesta, fiel en comprender mi fragilidad, pero también en no contentarse con mi mediocridad, fiel en revelarme rasgos nuevos de su rostro y también del mío, fiel en un amor que es siempre nuevo, fiel –pese a todo– al continuar confiando en mí[10].

Y si la perseverancia es repetitiva, la fidelidad, en cambio, es *creativa*; si la primera es estática, la segunda es *dinámica*. A menudo, quien persevera tiende a ser *conservador*; quien se compromete en la fidelidad está *abierto a la novedad*. A veces el perseverante está más bien *deprimido*, no parece gozar plenamente de su vida y en muchas ocasiones es *duro* con quien abandona; a diferencia de quien vive no solo el esfuerzo, sino también la *alegría* de la fidelidad, y logra comprender también la debilidad de quien se marcha, sin juzgar. Para perseverar es suficiente la *docilitas*, para ser fieles es necesaria la *docibilitas*. Si el perseverante elige como objetivo no cometer ninguna transgresión de los compromisos vinculados a la elección, el fiel trata de crecer cada vez más *en la pasión y en las motivaciones* por las que cada día reelige el amor de los inicios. Si la 85

perseverancia es un hecho de voluntad y de resistencia, la fidelidad es un hecho de *corazón-mente-voluntad*, es expresión de implicación global de la persona, en donde tiene una función decisiva la sensibilidad, con nuevas sensaciones y emociones, nuevos deseos y sabores, nueva intimidad con el amor de los comienzos. Aparentemente la perseverancia es más fácil y sencilla, porque no sitúa al sujeto frente a exigencias nuevas; en realidad, precisamente por esto, si es solo repetición, conduce lentamente a una especie de muerte interior y espiritual, al tedio de lo que se repite sin recrearse, como una fotocopia que simplemente reproduce el pasado (y trata de engañar al tiempo que avanza).

Ciertamente, la perseverancia es una realidad positiva y virtuosa, pero solo como la etapa de un camino más completo, o solo si se convierte en fidelidad y abre a ella. El tipo perseverante es frágil y está siempre expuesto a la posibilidad de una vida no totalmente gratificante, quizá

incluso frustrante, monótona porque es repetitiva, tal vez nostálgica del entusiasmo de un tiempo, débil ante las provocaciones alternativas y siempre con el riesgo de ceder. O de abandonar, porque no está respaldada por una sensibilidad viva y que crece en el amor apasionado[11].

[1]

Para esta sección remito al volumen A. CENCINI y A. MANENTI, *Psicologia e Teologia*, EDB, Bologna 2015, 144-146 (trad. esp.: *Psicología y teología*, Sal Terrae, Santander 2016).

[2]

Los otros niveles son el psicofisiológico y el psicosocial.

[3]

Un ejemplo para todos es cuanto dice Pablo sobre su relación con Cristo: «Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Más allá del significado místico-espiritual de la expresión, Pablo expresa aquí la cualidad psicológica de su relación con Cristo, ideal de su vida; precisamente es el significado de la relación, en la que Pablo descubre su identidad, el que hace nacer un afecto natural altamente intenso y totalmente humano.

[4]

Como en el caso de Alberto que comentamos en el capítulo 3.

[5]

En este sentido se dice que la virginidad es totalizadora, es decir, solo puede vivirse si se extiende a toda la persona, convirtiéndose en estilo de vida, en modo de relacionarse con los demás y hacer amistades, pero también en estilo orante y creyente O es virgen toda la persona o la virginidad es falsa (cf. Amedeo CENCINI, *Verginità e celibato oggi. Per una sessualita Pasquale*, EDB, Bologna 2006, 199-209; trad. esp.: *Virginidad y celibato hoy. Por una sexualidad pascual*, Sal Terrae, Santander 2006).

[6]

Véase en particular la carta a los Romanos.

[7]

«… porque eres tibio y no eres ni frío ni caliente, te *vomitaré* de mi boca» (Ap 3,6).

[8]

Incluso hay algún psicólogo según el cual «creer que el amor es *para siempre*» es uno de los «prejuicios que debe evitarse para amar mejor» (U. TELFENER, «Le forme dell'addio amoroso»: *Psicología contemporanea* 264 [2017], 34).

[9]

Más exactamente, en la identidad personal hay un núcleo central formado por valores en los que el individuo ve lo que quiere ser y el creyente lo que Dios quiere que sea, identificándolo con la propia vocación. Este núcleo es estable y definitivo, incluso en el sentido –en general– de una pertenencia a una institución (como en el caso del sacerdote o del consagrado) o a una persona (como en el caso del cónyuge): Justo en este sentido solía decir el misionero y beato padre Vismara: «Crece donde has sido sembrado». Si en la historia ha habido casos de personas consagradas que optaron por un cambio de su proyecto de vida, esto se produjo de modo auténtico cuando se trataba de radicalizar aún más la llamada, es decir, no entraba en contradicción con la elección primitiva, sino que la hacía cada vez más coherente (obviamente más allá de los casos en los que se verificó que el primer discernimiento no fue realizado correctamente).

[10]

Sobre la diferencia entre perseverancia y fidelidad, cf. A. CENCINI, *Formación permanente*, 42-45.

[11]

Y puesto que la sensibilidad sigue las mismas leyes o está regulada por la misma dramática, cuanto hemos dicho pensando en la situación del célibe o del consagrado puede aplicarse también a quien se ha unido a

otra criatura para toda la vida, como sucede en el matrimonio.

7

Consolación y desolación,

variedad y verdad de los afectos

LOS «AFECTOS» ES UN TÉRMINO COMPLEJO que incluye una variedad de significados. Al especificarlos, podemos convencernos aún más de la necesidad de someter este aspecto de nuestra sensibilidad a la formación, pero también podemos entender mejor cómo educar nuestros afectos y a qué prestar atención en concreto.

Al tomar prestada la expresión que se remonta a san Ignacio no es mi intención en absoluto reformular su profunda doctrina sobre el discernimiento de los espíritus ni atenerme rígidamente a ella, sino que quiero sencillamente dar un orden a nuestra reflexión sobre los afectos, indicando los positivos y los negativos, siempre en una perspectiva evolutivo-educativa, y en función del discernimiento. En primer lugar, los positivos, es decir, aquello o aquellas situaciones hacia las que la sensibilidad personal ha sido formada para experimentar atracción, que constituye la alegría del individuo o representa un interés para él. Y, en segundo lugar, aquello o aquel hacia el que la sensibilidad experimenta el movimiento opuesto, de rechazo o repulsión, de distanciamiento emocional o de sensación negativa. En este contexto los términos

«positivo» y «negativo» no equivalen a «maduro» e «inmaduro», sino que remiten a la dinámica normal de la vida humana, caracterizada por una sensibilidad que provoca afectos y rechazos.

En el fondo, la consolación y la desolación son como las dos caras de una moneda. Si una realidad me atrae, en efecto, rechazaré lo que es contrario a ella. De hecho, toda sensibilidad positiva (de atracción) determina por su naturaleza una insensibilidad o una sensibilidad negativa (de no atracción). Pero no puedo pretender ser exonerado de estas sensaciones o experimentar solo las positivas. La vida está hecha de consolaciones y desolaciones. Y quizá la cualidad de la existencia humana está también indicada por la cualidad de estas sensaciones. Sin duda alguna, el discernimiento está vinculado con la capacidad de reconocer qué nos da consolación y qué nos provoca desolación.

1. Consolación

Agrupamos en este término aquellos afectos que nos impulsan a amar, en sentido 88

extenso, una cierta situación o un modo de ser y de actuar, o a una persona o una categoría de personas, y a asumir al respecto una actitud positiva. Veremos esta actitud en cuatro formas diversas que

están correlacionadas: atracciones, deseos, gustos, expectativas realistas. Estas cuatro expresiones de la sensibilidad permiten experimentar, en efecto, una cierta consolación. Seguiré aquí un procedimiento lógico progresivo (o acumulativo) para mostrar cómo, teóricamente, de las atracciones se pasa a los deseos, de estos a los gustos, y, finalmente, a las expectativas realistas.

1.1 Atracciones

Comúnmente se entiende por atracción un movimiento interior que nos empuja en una cierta dirección. Es el afecto, o la energía emocional, por ejemplo, por el que el ser humano se siente impulsado a abrirse al otro y crear relaciones (atracción *relacional*), o el hombre siente interés por la mujer, y viceversa (atracción *sexual*). Por el que experimenta también la fascinación por lo bello o la pasión por la búsqueda de la verdad (atracción *estética* y *por la verdad*). Y no de forma general, sino en cuanto que puede hacer bella, verdadera y buena su persona y dar sentido a su vida y su historia (atracción *vocacional*), dando lo mejor de sí, el máximo de donación (atracción *oblativa*). También cuando este sentido va más allá del dato puramente sensorial y, trascendiéndolo, abre espacios inéditos a la indagación (atracción *espiritual* o por el *Misterio*), o exige a la persona un alto precio (atracción *ideal* o por un ideal). Y podríamos seguir con los ejemplos. En definitiva, todo esto se refiere al gran potencial de energía que se nos ha dado como seres vivientes, ya en cierto modo orientado y orientador. Y enraizado en la naturaleza.

En este sentido, la atracción es de por sí algo pasivo. Pero no es solo instinto, que se impone con autoridad y se expresa en todos siempre de igual modo, y que también experimentan los animales. En el ser humano, la atracción, aunque percibida espontáneamente, requiere siempre la intervención de la voluntad que decide. Es un acto humano, no un gesto despótico de la naturaleza. Es algo que puede crecer o disminuir, cualificarse siempre mejor o deteriorarse como puro mecanismo impulsivo y desenfrenado, que puede tomar también caminos encubiertos. La atracción puede expresarse de varios modos en personas diversas. Por tanto, no es solo pasividad, sino también actividad.

Por otra parte, dejarse atraer por la verdad y por la belleza, por ejemplo, indica la intervención de un dinamismo de alta calidad. Manifiesta la libertad de entregarse a lo que es verdadero, bello y bueno, de contemplarlo en torno a sí y conmoverse, de desearlo concretamente, como sabe hacerlo el enamorado y solo él.

Pero también se trata de una realidad estrechamente vinculada a la dinámica de la evangelización, de ser cierto que «la Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción»[1], justo por esta capacidad (pasiva) de dejarse atraer por la belleza y la verdad de una «buena noticia» y por la libertad (activa) de adherirse a ella y después suscitar la atracción hacia ella. Es decir, el anuncio como expresión de la propia sensibilidad (espiritual), capaz de entrar en contacto con la sensibilidad de quien 89

escucha.

1.2 Deseos

Los deseos constituyen una primera forma de *educación de las atracciones*. Como una toma de conciencia de ellas, de su significado en el contexto de la existencia humana y de la propia existencia, en la elección cada vez más concreta de un objeto (que puede ser también un «sujeto») capaz de responderles, y en la capacidad posterior de encauzar sentidos y sensaciones, emociones y sentimientos, hacia aquel objeto/sujeto capaz de satisfacer esas atracciones naturales.

Si, por ejemplo, la atracción sexual es de por sí indistinta y hacia el género femenino, el deseo se concretará en una mujer determinada e inmediatamente se ampliará a la riqueza de ella en el misterio de su individualidad, donde la atracción será todavía más intensa y motivada. De nuevo, si la atracción impulsa hacia la relación interpersonal, el deseo implicará educar ese impulso contra toda tentación de cierre en uno mismo o, tentación más sutil, de apertura solo aparente hacia el otro, o selectiva e interesada. Si cada ser humano es atraído hacia lo verdadero y lo bello, no podrá contentarse con una veleidad ideal y quizá solo intelectual, sino que tendrá que comprometerse en desear verdad y belleza en las propias elecciones de cada día hasta elegir concretamente un ideal de vida que dé belleza y verdad a su existencia.

El deseo, en este sentido, es, directa o indirectamente, *el pedagogo de la atracción*, que, como hemos visto, está fundada en la naturaleza, pero necesita también ser educada y orientada de modo concreto y coherente no solo con la naturaleza humana en general, sino también con la identidad de la persona, en las experiencias concretas de su historia.

Educar consiste precisamente en buscar esta sintonía de fondo entre atracción natural e identidad individual.

Además, si la atracción proporciona energía y una orientación genérica al deseo, este concentra la energía en la tensión hacia un objeto preciso, y hace así efectiva y verdaderamente afectiva esa atracción, situándola en línea con la propia verdad y con los propios ideales. El deseo, por tanto, educa la atracción con una doble operación: *concentra-orienta* todas las fuerzas (emociones, sentimientos, afectos…) hacia el objeto que la satisface, y sitúa esa atracción *en línea con la identidad* de la persona.

Por eso no es imposible que uno posea una atracción sin haberla transformado nunca en deseo o en una decisión de encauzar todas las propias energías en la tensión hacia el objeto deseado (por varios motivos más o menos inconscientes)[2]. En el fondo, la atracción es una posibilidad teórica, aunque real, como una potencialidad, mientras que el deseo es su concreción en acto. Al igual que también es posible que una atracción no esté educada-formada, es decir, nunca puesta y vivida en línea con la identidad del individuo. Y, por consiguiente, sea prácticamente desatendida e ignorada hasta el punto de ser casi contradicha o incluso eliminada.

Es lo que actualmente sucede a menudo con la atracción que podríamos llamar *espiritual*, presente en todos, hacia el Misterio o lo Trascendente, o hacia aquello que, de todos modos, puede dar sentido a nuestra vida a menudo tentada por la insensatez. Una 90

atracción genérica, aunque real, pero que aguarda ser personalizada y experimentada. Es entonces cuando se convierte en deseo de Dios, y el deseo se nos aparece como categoría interpretativa particularmente eficaz al revelarnos a Dios y al ser humano: *a Dios como el sumamente deseado y al ser humano como el que desea profundamente*.

Por consiguiente, es el deseo y la capacidad de desear, insistimos, lo que hace al hombre persona, capaz de situarse ante un Dios-persona y descubrirlo en su misterio, en su divina sensibilidad y en sus deseos, en sus exigencias y sorpresas. Y entonces la relación se invierte poco a poco: *Dios como el que desea eternamente y el hombre como el que es buscado y deseado perennemente*. Son las dos direcciones del deseo, pero es también la experiencia esencial de la fe y de la sensibilidad creyente que nace y crece gracias a una atracción-deseo que impulsa al hombre a desear intensamente y a descubrir que es deseado. Es decir, eternamente amado, desde siempre y para siempre.

Es esta la experiencia que deberíamos saber suscitar en el corazón del hombre y de la mujer de nuestro tiempo que a menudo olvidan esta atracción espiritual, la ignoran y la niegan, o incluso la ridiculizan. Y

de nuevo resulta evidente que el anuncio del evangelio es una actividad intrínsicamente unida a la sensibilidad del anunciador. Ser hombre o mujer realmente espiritual en un mundo tan poco espiritual y en el ambiente tan secularizado de nuestra época significa haber madurado una sensibilidad singular, que quizá haya pasado por fases alternas y difíciles, incluso de oscurecimiento del deseo y de no reconocimiento de su verdadero objeto, pero que precisamente por eso capacita para acompañar a otros en este itinerario y en sus dificultades, para discernir cuánto resultaría difícil reconocer por parte de quien no ha madurado esa sensibilidad. Es posible, en efecto, ser creyentes y no haber hecho crecer en sí esta sensibilidad espiritual. Solo el hombre espiritual puede despertar en el otro la nostalgia de Dios. A través de un itinerario educativo de (re)activación de su sensibilidad espiritual, como un camino en absoluto dado por hecho y espontáneo, pero ciertamente mucho más sencillo y lógico de cuanto podría parecer, incluso connatural.

Este itinerario parte, de hecho, de la firme convicción de la existencia de esta atracción como un dato natural y universal, imposible de eliminar del todo, aunque esté sepultado y ocultado en miles formas en la profundidad quizá inconsciente del sujeto. Y, por consiguiente, siempre dispuesto a volver a emerger, sobre todo cuando el sujeto es provocado, por los sucesos de la vida y por la compañía de quien conoce bien el camino, a regresar a las raíces del propio yo y plantearse ciertos interrogantes ineludibles. Una cierta insatisfacción y frustración, por ejemplo, o la búsqueda continua e insatisfecha de felicidad, o la misma necesidad de un amor grande y para siempre, o la tristeza por las propias incoherencias, o la tensión hacia algo grande y que parece huir a un apresamiento definitivo y siempre más allá de los propios logros… Todo esto y mucho más ¿no es tal vez el signo de una aspiración presente en el corazón de todo hombre y de toda mujer hacia algo o Alguien que trasciende la realidad terrenal? ¿Y que él, en primer lugar, desea igualmente entrar en contacto con el hombre para saciar la sed su corazón?

Un hombre o una mujer espiritual es exactamente aquel o aquella que es capaz de llegar y hacer llegar a este deseo original, humano y divino. Más en particular, es un tipo 91

de exégeta e intérprete de los deseos humanos, una especie de zahorí de lo divino en el corazón humano, capaz de desenterrar el deseo que el hombre siente de Dios y hacerlo emerger en medio de toda aquella realidad de otros deseos, aparentes o débiles, falsos y erróneos que lo cubren y lo ocultan, y que podrían también engañar y seducir, pero que nunca lograrán eliminar aquella necesidad que el Eterno ha

puesto y sembrado en cada corazón. Como su cicatriz o nostalgia. Que hace decir antes o después a cada hombre (incluso a quien no ora habitualmente): «Mi alma tiene sed de ti, de ti, Dios mío» (Sal 62,2).

El hombre espiritual es el sediento capaz de indicar dónde está la fuente que apaga la sed y reconducir a ella[3].

1.3 Gustos

De la pareja atracciones-deseos nacen los *gustos*, es decir, *la capacidad de gozar y advertir el sabor agradable de la realidad y de ciertas realidades*. Los gustos son un fenómeno experiencial, son «lo que viene después», suponen el haber conocido-experimentado una cierta realidad, y –si vale compararlos con la comida material–

expresan aquella sensación que puede tener solo quien ha «masticado» bien aquella comida espiritual, solo quien la ha tenido durante tiempo en la boca, degustándola lentamente, permitiendo al propio paladar saborear un sabor nuevo e inédito, haciéndolo cada vez más familiar e inmediatamente reconocible. Podríamos decir que, si no se llega a experimentar gustos nuevos, no puede hablarse de un verdadero proceso de formación, especialmente si se trata de la formación de la sensibilidad.

Quizá existe una cierta espiritualidad o pedagogía formativa que no ha dado importancia a los gustos y a su educación; en realidad, esta capacidad degustativa muestra la transformación real de la persona y de su mundo interior, o incluso marca el paso de una vida dirigida por la lógica de la observancia de la ley o del deber a la libertad del Espíritu y en el Espíritu. Que es un modo totalmente diferente de vivir, no ya obsesionado por la obligación o la perfección, por la tensión del esfuerzo y de la renuncia, a veces incluso por los escrúpulos y la desesperación de fallar, sino libre y liberado gracias al gusto de hacer las cosas por su belleza, sin ninguna otra recompensa o interés más allá del gesto realizado, de su intrínseca verdad, belleza y bondad, y de la alegría que da a quien lo lleva a cabo sencillamente porque cree en él con todo su corazón. Esa verdad, belleza y bondad dejarían de tener un significado solo teórico y abstracto, frío e insípido, gracias a esta atención formativa, y remitirían a un gusto particular, a un sabor muy característico. Cada valor y cada virtud, podría de hecho decirse, posee su propio gusto, algo inconfundible. Y la persona virtuosa es precisamente una profunda conocedora de gustos, de los gustos vinculados con la virtud. los sabe distinguir y sobre todo los sabe vivir, es alguien que «tiene nariz», como un enólogo capaz de reconocer y sentir el perfume de los diversos tipos

de vino. Pero también es capaz de propagar en torno a sí el perfume de la virtud.

Un creyente, por tanto, debería aprender a tener un «paladar marcado por las bienaventuranzas», es decir, no solo ejercitarse (en el plano ascético) para tener un 92

comportamiento manso y misericordioso, de pobre y puro de corazón, sino descubrir (a nivel místico) la extraordinaria bienaventuranza o misteriosa alegría interior oculta en esas actitudes, regalada a los pobres, puros, mansos, frente a la que los gustos del pasados no son nada, «pérdida y… basura» (cf. Flp 3,8), algo que tirar, que no aguanta la confrontación con lo que el corazón ha descubierto y que pertenece a un pasado ya lejano. ¡Es la conversión de los gustos!

Y es esto, pensándolo bien, lo que hace vivir y sentir el gusto de la oración, del sencillo estar ante Dios, dejándose envolver por su mirada y leer por su Palabra. Justo esto salva a la oración de convertirse en una triste práctica de piedad que se hace porque

«toca». Pero también salva en general cada gesto virtuoso de reducirse a pura observancia, a obligación comportamental. Y permite experimentar el gusto de lavar los pies al pobre[4], de perder el propio tiempo por el otro, del diminuto gesto de amabilidad que no es notado por nadie, del perdón dado sin que lo pida el otro, de inventar modos nuevos para anunciar el evangelio como buena noticia, de sentirse gratificados por el simple hecho de sembrar la buena semilla de la Palabra, sin pretender recoger, porque sembrar es de por sí bello y satisfactorio. Y, de nuevo, es el gusto de ser virgen, pobre y obediente en un mundo que no aprecia ya todo esto y cree cada vez menos en ello, pero que se queda impresionado por aquel que viviendo así está escandalosamente contento.

Con una alegría que el mundo no conoce o nunca ha probado. Es la libertad de quien discierne en cada cosa «lo que es bueno y grato a Dios», con aquel «olfato que distingue el hedor de la muerte del perfume de la vida»[5].

1.4 Expectativas realistas

Atracciones, deseos y gustos son afectos que preparan al corazón para la gestión del presente, pero también para ir al encuentro del futuro. Especialmente cuando los tres caminan en la misma dirección, a saber, por la caracterizada por la identidad de la persona.

El mismo «signo» hace de punto de referencia para las llamadas

expectativas, es decir, para *aquellas expectativas que cada individuo, de modo más o menos consciente, tiene con respecto a la vida y los demás, o con respecto a lo que cada uno espera de las elecciones fundamentales hechas*, de la propia vocación o del hecho de vivirla ahora en este preciso contexto histórico y cultural, en esta Iglesia y en este mundo, en un lugar concreto y con problemas asimismo evidentes.

Raramente se abordan las esperas o las expectativas, o son objeto de atención y análisis, de verificación y confrontación. Y, sin embargo, son *reales*, ante todo, en el sentido de que todos las tenemos en el corazón, forman parte de nuestra sensibilidad, son hijas de un camino que se ha llevado adelante, expresiones de nuestro yo actual (= lo que nuestro corazón es, teme o desea) y de nuestro yo ideal (= lo que aún no somos, pero querríamos realizar). Pero muchas veces se mantienen inexpresadas, nunca confesadas, ni siquiera a nosotros mismos. A veces incluso permanecen en la inconsciencia.

Al mismo tiempo, las expectativas son significativas e importantes, porque determinan nuestro estado de ánimo al afrontar las diversas circunstancias cotidianas, el 93

modo en el que salimos al encuentro de la vida de cada día, las exigencias que, en todo caso, le hacemos a ella, y lo que al final decide nuestra felicidad. La expectativa, de hecho, es una especie de pretensión. Lo que me espero lo doy, de alguna manera, por descontado, como si fuera un derecho y tuviera una alta probabilidad de suceder: si no se cumple me sentiré doblemente frustrado, bien por sentirme decepcionado de mí mismo o por sentirme engañado por la vida.

Por esa razón es importante verificarlas, confrontarse con ellas, someterlas a un camino formativo. Si, en efecto, como hemos especificado, las expectativas son expresión de nuestro mundo interior, ellas expresan también el grado de nuestra madurez o lo que nuestro corazón ha sido educado a soñar. Expresan en particular si este mundo interior se ha formado o se está formando en sintonía con la realidad de nuestra verdad, con el ideal que hemos elegido libremente y que estamos interpretado de verdad o no: en el primer caso serían expectativas *realistas*, en el segundo de *irrealistas*.

Una expectativa realista, *para quien se casa*, es el esfuerzo que implica una relación cotidiana con una persona con la que se comparte todo y que, no obstante, se mantiene en su alteridad y diversidad, con la que se hará inevitable también la incomprensión hasta incluso el enfrentamiento, sin que esto signifique el fin del amor y la

imposibilidad de seguir juntos. Una expectativa realista para *quien anuncia el Evangelio* es la de ser consciente de que es una tarea muy exigente, sin ninguna garantía de éxito, de seguimiento de la gente, de aceptación social, de logro personal, en la que la alegría debe buscarse en el anuncio, en la siembra de la buena semilla, en todos y en toda circunstancia, en todo lugar y periferia de la vida, sin nunca pretender nada y menos la abundancia de la cosecha. *Para el consagrado en la virginidad*, la expectativa realista será una soledad inevitable, una necesidad de intimidad y paternidad que en ciertos momentos podría ser particularmente intensa y sufrida, y que tiene que buscar la alegría junto a quien está más marginado y más propenso a no ser amado, en ser fecundo con una fecundidad espiritual. Una expectativa y previsión muy realista *para el apóstol* será, de nuevo, una cierta oposición por parte de la cultura circundante, tal vez alguna marginación social, y, en todo caso, un notable precio que pagar por vivir la fidelidad al evangelio, pero con la certeza de que nunca está solo, ni siquiera –y sobre todo– en el momento del martirio.

Un ejemplo perfecto de esta espera-expectativa realista, en este sentido, es el testimonio de Pablo, cuando en Mileto anuncia a los ancianos de la iglesia de Éfeso que irá a Jerusalén «sin saber lo que me sucederá allí. Eso sí, el Espíritu Santo me asegura que no hay ciudad en la que no me esperen prisiones y sufrimientos. Por lo que a mi vida respecta, en nada la aprecio. Solo aspiro a terminar mi carrera y a culminar la tarea que me encomendó Jesús, el Señor: proclamar el testimonio de la gracia de Dios» (Hch 20,22-24).

Pablo afirma esencialmente cuatro cosas con referencia a la cualidad de las expectativas del apóstol:

– *la ausencia de una preocupación excesiva* sobre su futuro y su destino («sin saber lo que me sucederá allí»),

– *el abandono confiado* al Amor, a quien se hace cargo de él («el Espíritu Santo me asegura»),

– *la ausencia de toda pretensión* centrada en sí y en sus «méritos» («por lo que a mi vida respecta, en nada la aprecio»),

– *la expectativa realista* de que el anuncio vigoroso de la pascua de Jesús, el compromiso sincero de entrega y, por tanto, también de participar en el misterio pascual, suscitarán inevitablemente una *reacción contraria* («me esperan prisiones y sufrimientos»).

Cuando, en particular, un joven parte con esta actitud interior tan realista como confiada y serena, a salvo de prejuicios y cálculos, de expectativas infantiles o pretensiones adolescentes, no cabe duda de que muchas situaciones de crisis futuras podrían evitarse y prevenirse, o no provocar la sorpresa amarga y el sufrimiento intenso de quien se esperaba la gratificación de sueños o necesidades inmaduros; esas crisis podrían convertirse incluso en momentos de purificación y de crecimiento. ¡En la permanente consolación del alma!

Otro buen ejemplo, más cercano a nosotros, es el de Bonhoeffer que, mientras está en la cárcel, espera su juicio como el que puede esperarlo quien está pagando las consecuencias de un testimonio fiel y valiente. «"En la fe" (espero) puedo soportar todo, también una condena, incluso las otras temidas consecuencias (Sal 18,30)[6]; pero una prudencia temerosa agota. Por favor, no os preocupéis por mí si sucede lo peor. También otros hermanos lo han soportado. Pero una vacilación permanente carente de fe, la discusión sin término y no actuar, no querer arriesgarse, esto sí es un verdadero peligro.

Yo debo tener la certeza de estar en las manos de Dios y no en las de los hombres.

Después, todo se hace más fácil; incluso las privaciones más duras. Para mí ahora no se trata –creo que puedo decirlo de verdad– de una "comprensible impaciencia", como quizá se dirá, sino del hecho de que todo acontezca en la fe»[7]. Por eso el mismo Bonhoeffer dejará escrito a su amigo el obispo de Chichester: «Es el final, pero para mí es el comienzo de la vida»[8]. Esto es, la fe como una espera realista en un futuro que ya no infunde miedo ni terror.

2. Desolación

Pasamos a ver ahora algunos afectos de signo opuesto, aquellos que no producen consolación, sino desolación del alma, una sensación de rechazo a una realidad o de malestar y turbación. Recordemos que la vida está hecha también de estas situaciones negativas, y que es necesario tener el coraje de vivirlas en la verdad. Entre las muchas que podríamos tener en cuenta, abordaremos aquí las siguientes: indignación, acedia y expectativas irrealistas.

2.1 Indignación

Comenzamos con una desolación puede tener un significado importante: el hecho de ser sensibles a algo/alguien o una clase de personas implica necesariamente *desarrollar en uno una reacción*

bien hacia personas o situaciones que, de alguna manera, se oponen al bien o a la felicidad que son fundamentales para mí. Por sí mismo, este sentimiento o afecto negativo hacia alguien se activará espontáneamente, inducido lógicamente por el sentimiento positivo hacia otros, hasta el punto de constituir una prueba de su veracidad.

Que será perfectamente proporcional, según el principio de que *toda sensibilidad produce una insensibilidad igual y contraria*.

Así pues, si educo mi sensibilidad en estar cordialmente atenta al otro, especialmente al otro que sufre y es excluido, que es marginado de la vida y no tiene acceso a los bienes de la vida o a condiciones dignas, yo debería llegar a indignarme contra quien, de diversos modos, es responsable de estas situaciones de marginación. Esta indignación es sincera y sana (en línea con mi identidad).

Y, por tanto, no seré creíble en la habitual y un poco dada por descontada cruzada por los pobres y los menos pudientes, si después me las entiendo discretamente con los poderosos de turno (para obtener alguna ventaja personal) y no tengo la valentía de levantar la voz contra quien oprime y humilla, margina y ofende la dignidad del otro, y mucho menos seré creíble si no tengo la fuerza de mover un dedo para luchar contra él.

Y también la oración, quizá coral y devota, en la habitual jornada dedicada a las varias categorías de marginados (justo para no olvidarse de ellos) correrá el riesgo de una cierta hipocresía, individual y grupal, si no nace en un corazón apasionado y si no produce una acción a favor de aquellos por quienes oro y hago orar.

La indignación con alguien no es ni viene solo de una genérica simpatía o solidaridad, comprensión o compasión con respecto a los demás, sino del coraje de enfadarse y comprometerse, hasta el punto de correr quizá algún riesgo personal, por esta pasión que me quema por dentro. Es la pasión de los profetas, de quien lucha por una causa que siente tan justa y verdadera que no se repliega ante nadie. Es el amor, en definitiva, el que capacita para indignarse. El poco amor, en cambio, se reviste de prudencia, aquella prudencia que a menudo ha estrangulado a la profecía y aún sigue intentándolo en la actualidad.

Lo anterior nos da que pensar y mucho. ¿Por qué hay tan poca indignación en la Iglesia? ¿Indignación con respecto y contra el mal, la injusticia, las prevaricaciones a costa de los más débiles, contra

poderes más o menos ocultos que después, gracias incluso a la no injerencia de quien debería haberse indignado, se convierten cada vez más en poderes despiadados y sanguinarios? ¿Por qué, pensando en una realidad terrible como las diferentes mafias, son tan pocos los creyentes que han tenido la valentía y la coherencia de la indignación, a los que después llamamos héroes o santos (como si fuera una excepción), mientras que debería ser normal y universal la indignación de quien ama el bien y condena el mal, de quien defiende a los débiles y avergüenza a los poderosos?

Si es verdad aquel principio según el cual toda sensibilidad produce una insensibilidad igual y contraria, todo lo anterior sería muy inquietante, pues indicaría la gran mentira y falsedad que hay en tantas proclamaciones y declaraciones a favor de los pobres y de los excluidos, y explicaría «la globalización de la indiferencia».

96

2.2 Acedia

Enfermedad antigua, como atestiguan los escritos del monje Evagrio Póntico del siglo IV[9], y mal moderno, como confirman los estudios más recientes[10], además –se entiende– de cuanto vemos en nosotros y en nuestro entorno.

Acedia significa literalmente «ausencia de dolor y de cuidado», y, por tanto, también de participación y de implicación, en consecuencia un estado interior caracterizado por el descuido, la desgana, la pérdida del gusto por hacer algo, insatisfacción crónica, apatía, desmotivación, desaliento, pereza, somnolencia, melancolía, náusea, repugnancia, tristeza, indolencia, miedo al esfuerzo, vagabundeo de pensamientos e intranquilidad mental y física, asfixia y ahogamiento del alma que condena al hombre a la infelicidad, a la falta absoluta de pasión y entusiasmo, a la tibieza y a la mediocridad general[11].

Puede dar origen a consecuencias singulares y aparentemente extrañas o contradictorias como un cuidado excesivo por la propia salud, falta de control en la alimentación (desde la bulimia a la anorexia), crítica extrema del prójimo (especialmente de quien es virtuoso o está siempre contento), tendencia a proyectar hacia fuera la causa de las propias desdichas y de la propia insatisfacción; activismo descontrolado («el sacerdote saltimbanqui», según una gráfica expresión del papa Francisco) o temor a los obstáculos con la consiguiente inercia, debilidad moral y fácil cesión ante las tentaciones[12]; pero también desorden e inconstancia, pérdida de

tiempo desperdiciado en un uso descontrolado de los sentidos[13]; incapacidad de llevar a término los compromisos (incluso la lectura de un libro) y de ir al fondo de las cosas, curiosidad superficial, verborrea inconcluyente, incapacidad de esfuerzo y dedicación; inestabilidad y tendencia a cambiar sus tareas o a escapar de ellas, temor a la soledad y búsqueda de contactos, relaciones fútiles y superficiales, alimentadas por chismorreos y habladurías[14].

Sugerente es la intuición de Cucci, para quien la acedia sería exactamente el resultado del narcisismo, como «una especie de grito de dolor del narcisismo derrotado que tiene que ajustar las cuentas con los propios límites»[15]. El que padece de acedia, en efecto, es fundamentalmente un individuo ambicioso que ha terminado por enfadarse consigo mismo y decepcionarse de la vida, que ha perdido todo gusto y encuentra inútil comprometerse de nuevo. No es extraño que se deje llevar y se convierta en un ser pasivo y mediocre, pesimista y negativo, fácilmente atraído por impulsos naturales.

Un problema grave surge cuando la acedia se convierte en estilo de vida de una colectividad, o cuando condiciona la mentalidad y la sensibilidad de un grupo, y está de alguna manera legitimada por un pacto implícito. No es algo raro, pues la acedia es contagiosa. En todo caso, es cierto que una comunidad con este problema pierde toda capacidad de atracción, o atraerá solo a los aspirantes que sufren el mismo problema. Así se autorregenera y se convertiría en un mal para todos.

Pero el aspecto singular, que nos interesa más aquí, es que la acedia parece ser expresión de la insensibilidad, o de una vida que no ha prestado nunca atención a la formación de este mundo interior. El «acedioso» es aquel que, en nuestro contexto, ha llegado a hacerse incapaz de sentir pasión y entusiasmo por los valores espirituales, o como mínimo es quien no ha aprendido a poner poco a poco la sensibilidad en línea con 97

la propia identidad creyente, perdiendo, por consiguiente, también la libertad de amar el propio ideal, de apasionarse por él, de encontrar bello el entregarse por lo que cree, de ser fiel y no solo perseverante (en el mejor de los casos). Y resulta significativo que san Ignacio describa la desolación con términos muy parecidos a los que nosotros usamos para describir la acedia: «Llamo desolación… escuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor»[16].

Dicho realistamente, la acedia es una tentación que no hace excepciones con ninguno. Nadie puede pretender estar siempre poderosamente atraído por sus ideales y por el deseo de vivirlos. Lo que importa en estos casos es reconocer la naturaleza de la tentación: aunque no induce inmediatamente a la transgresión, es una tentación que engaña y seduce, pero al final traiciona y regala solo decepción y depresión. Y le roba a la vida su belleza.

2.3 Expectativas irrealistas

Hemos hablado ya de las expectativas realistas. Las irrealistas, en la vida de un creyente comprometido, se concentran habitualmente en torno a las siguientes áreas.

a) La exigencia de cosecha

Es todo un clásico: el sacerdote joven o el anunciador del evangelio que se lanza al apostolado, lleno de sueños e ideales, y se encuentra decepcionado y frustrado por la escasez e insignificancia de los resultados. Quizá es un engaño que pertenece más al pasado, pero actualmente sería aún más engañoso, dada la situación actual, tan difícil pastoralmente y tan avara de satisfacciones para el que anuncia el evangelio. Pero este es en realidad un sembrador, y debe preocuparse, por tanto, de sembrar. Su misión aparece en su totalidad en *Evangelii gaudium*, es decir, nace de la alegría de haber recibido el evangelio, buena noticia, y en la alegría consiguiente de anunciarlo («la gracia del apostolado», Rom 1,5). No existe alegría más grande que esta, ni otro punto de partida y de llegada. Puesto que el anunciador del evangelio está *ya* satisfecho por el anuncio mismo, por la alegría de la misión, porque es hermoso sembrar, transmitir esa buena noticia que es el amor del Eterno por todos, su amistad y misericordia. Es tan bello que es ya una razón de vida, independientemente del resultado, especialmente si este es entendido como exigencia o está determinado necesariamente por los números, por el éxito, por la muchedumbre, etc. Quien tiene demasiada necesidad de esto carece de libertad interior (siembra para cosechar) o no ha aprendido a gozar de la belleza infinitamente satisfactoria de la siembra. Está fuera de la realidad de su vocación, y, por tanto, de su verdad.

El evangelizador, insistimos en cuanto antes hemos comentado rápidamente, es uno que siembra *en todas partes y de todas las formas, en cada corazón y en cada ambiente, en todo tiempo y estación, sin selecciones ni exclusiones*. En particular sin preocuparse 98

de recoger; ha sido enviado a sembrar, sembrar y de nuevo sembrar. Durante toda la vida. Siembra en todas partes y de todas las formas y en todos y siempre, no porque sea un torpe o un iluso, un obsesivo o un simplista, sino porque confía en que la semilla esparcida por él tiene una fuerza intrínseca y dará fruto, pero a su tiempo, normalmente no de forma inmediata, ni de un modo verificable o previsible por él. El evangelizador es un sembrador, y sigue sembrando con constancia y paciencia, sin ponerse nervioso si no cosecha. Sabe que no le compete a él. Como sabe que también ha recogido donde sembraron otros.

Al final de la jornada, este creyente se preguntará si ha sembrado, no si ha recogido…Y descubrirá que sembrar es ya cosechar.

b) Ilusión de la carrera

Otras áreas sensibles a las distorsiones perceptivas y a las expectativas irrealistas, donde se producen bastantes crisis (con el correspondiente y descarado desperdicio energético), son las que están relacionadas con las perspectivas sobre el futuro, especialmente en quien no tiene una buena identidad ni una suficiente autoestima, y transfiere a la propia vocación y ministerio presbiteral las esperanzas de recuperarlas.

De hecho, observamos cada vez más que quien tiene una baja autoestima no puede no soñar con una cierta carrera en el mañana, un ministerio o, en todo caso, un futuro lleno de éxitos y reconocimientos varios, promociones y cargos prestigiosos, una vida relacional o comunitaria o familiar-conyugal gratificante en la que pueda estar en el centro… Y puesto que la experiencia y la investigación científica nos dicen que la estima parece ser el problema por excelencia o la inconsistencia más frecuente en el clero, podemos decir que el sueño de la carrera no es una eventualidad tan rara. Puede que el sujeto no se lo diga explícitamente, porque le queda cierto pudor o quizá porque lo ha dado tan por descontado que ha pasado al inconsciente, y mucho más se guarda de mostrar a los demás estas pretensiones infantiles e irrealistas, pero se mantiene el hecho de que dentro de él hay un niño que sigue soñando, puede que intercambiando el sueño con la realidad, pretendiendo luego que el sueño se materialice o «enrabiándose»

(«crisis», en lenguaje adulto) cuando no se hace realidad.

De hecho, el hacer carrera, incluso allí donde el sujeto parece lograr determinados objetivos, nunca ha resuelto los problemas de estima de

nadie.

Pero es el concepto mismo en sí («carrera presbiteral o eclesial») el que representa una contradicción irresoluble; por su naturaleza son dos términos que no pueden estar juntos.

También este tipo de sueño, por consiguiente, persigue una identidad que está fuera de la realidad, con un afecto profundamente falso, como Jesús se apresuró a hacer entender a sus discípulos que soñaban con cargos de importancia, en cordial competencia entre ellos. La identidad-realidad del discípulo es la de estar detrás del Maestro, siguiéndole en el camino que conduce a Jerusalén. A lo largo de un camino que conduce a la auténtica verdad.

99

Lo demás es ilusión, fantasía, desesperación, muerte…

[1]

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 14. En realidad la frase es de Benedicto XVI, pronunciada en la homilía de la misa de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en el santuario de Aparecida, el 13 de mayo de 2007.

[2]

Como es el caso de quien teme involucrarse con una persona del sexo opuesto y se engaña negando la atracción con una elección vocacional que no implique esa involucración (como la elección sacerdotal o religiosa). Exponiéndose, sin embargo, a riesgos importantes cuando el engaño se pone al descubierto: el riesgo de que la atracción explote incontroladamente más adelante en la vida o que de alguna manera se satisfaga con pobres compensaciones. De este modo se reduce la calidad de la vida y de la elección, las dos planas y mediocres, sin entusiasmo ni calor, solo «apuntaladas» como una casa que siempre está a punto de derrumbarse. Es lo que sucede cuando falta una motivación auténtica.

[3]

Recojo en parte estas reflexiones de la tercera meditación (titulada *Descubrir e interpretar la sed de Dios*) de los ejercicios espirituales predicados por J. Tolentino de Mendonça al Santo Padre en Ariccia en febrero de 2018 (cf. Marco GUERRA, *Vatican News*, viernes 23 de

febrero de 2018; cf. también *Avvenire*, 23 de febrero de 2018).

[4]

Es el gusto experimentado por Francisco al besar al leproso, como hemos visto, frente al esfuerzo voluntarista de Juan el Misericordioso (véase capítulo 4, secciones 5 y 6).

[5]

S. FAUSTI, *Una comunitá legge il vangelo di Matteo*, EDB, Bologna 1999, 206.

[6]

«Contigo me lanzo al asalto, con mi Dios franqueo la muralla».

[7]

D. BONHOEFFER, *Resistenza e resa*…, 243.

[8]

Así se cuentan los últimos momentos antes del juicio que lo condenará a muerte: «De repente, la puerta se abrió. Dos guardias gritaron: "¡Prisionero Bonhoeffer! ¡Prepárese para salir!". Dietrich recogió sus últimas cosas. Con un lápiz escribió con grandes letras su nombre y dirección en la portada de un libro de Plutarco que la familia le había enviado a la cárcel de Berlín. Dejó una nota para su amigo el obispo de Chichester:

"Es el final, pero para mí es el comienzo de la vida"» (C.U. SCHMINCK-GUSTAVUS, *Il processo a Dietrich Bonhoeffer e l'assoluzione dei suoi assassini*, Castelvecchi, Roma 2015).

[9]

Cf. EVAGRIO PÓNTICO, *Trattato pratico sulla vita monastica*, 12, Città Nuova, Roma 1992, 70-71 (vers.

esp.: *Tratado práctico*, Ciudad Nueva, Madrid 1995).

[10]

P. ej., G. BUNGE, *Akedia, il male oscuro*, Qiqajon-Comunità di Bose, Magnano 1999; E. BIANCHI, *Lessico della vita interiore*, BUR, Milano 1999 (trad. esp.: *Palabras de la vida interior*, Sígueme, Salamanca

2006); G. CUCCI, *Il fascino del male. I vizi capitali*, ADP, Roma 2015, especialmente pp. 313-358.

[11]

Cf. BIANCHI, *Palabras de la vida interior*, 49.

[12]

Evagrio llama al demonio de la acedia «demonio *meridiano*». Mons. Semeraro se pregunta si no es mejor llamarlo, dadas «las cambiadas condiciones de organizaciÓn de la jornada, sociales y culturales»,

«demonio de la *media noche*», como tiempo en el que a menudo se manifiesta una cierta indolencia «de acedia» ante una tentaciÓn no siempre reconocida como tal en su significado más ambiguo, a saber, «la de terminar la jornada satisfaciendo, a través de los medios de comunicaciÓn, una necesidad preadolescente como la curiosidad sexual, vaciando de sentido un momento importante como el que concluye la jornada de un sacerdote» (cf. M. SEMERANO, *Custodiamo nostro desiderio. Considerazioni con il mio presbiterio*, Miter Thev, Albajo Laziale 2017, 41).

[13]

Se ha dicho que el que sufre de acedia se asemeja a una viña sin cultivar y que parece abandonada. O a una casa sin puerta, sin cierre, que deja entrar todo sin ningún control.

[14]

Cf. SEMERANO, *Custodiamo il nostro desiderio*, 31-33.

[15]

CUCCI, *Il fascisno del male*, 349.

[16]

IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, Sal Terrae, Santander 2010, n. 317.

8

Discernir y decidir, riesgo y fatalidad

EL HOMBRE NO ELIGE VOLUNTARIAMENTE. Si pudiera no elegiría nunca. Actualmente, de modo particular, elegir no está de moda. Las verdaderas elecciones son pocas, muy pocas, sobre todo las más comprometidas y comprometedoras; las que se hacen para siempre corren el riesgo incluso de desaparecer. Crece una generación de jóvenes que muestran una marcada idiosincrasia por las decisiones, hijos, obviamente, de un ambiente o de una cultura que va en la misma línea y donde se respira la misma alergia.

Elegir es arriesgado, y al ser humano no le gusta el riesgo.

Por otra parte, elegir es inevitable; todos los días tenemos que hacer múltiples elecciones. Porque elegir, pese a todo, es algo que nos es connatural y espontáneo, forma parte de nuestra sensibilidad. Probar una sensación o una emoción, experimentar un afecto o un deseo, sentir atracción o rechazo, todo ello es ya una elección, a su modo y aunque no llevara a una acción concreta, porque implica un juicio o discernimiento al menos implícito de la mente que «decide» que una cierta cosa o actitud es buena y justa o del corazón que «siente» apetecible o repugnante algo o alguien. En todo caso, sentir es ya una elección, a su modo, aun cuando no implica una responsabilidad inmediata. Si decidir es un riesgo, en resumen, es también una fatalidad o un riesgo inevitable.

Al mismo tiempo, y más allá de lo inevitable, solo la persona que discierne vive de un modo auténtico, de hecho, es plenamente humana. El que vive de un modo auténtico es aquel que se hace con sus posibilidades más íntimas[1] y trata de elegir lo mejor para una existencia plena y humanamente lograda.

Tratemos ahora de entender mejor, en lo posible, esta relación entre sensibilidad y discernimiento. Para llegar a tener la valentía de correr el riesgo sin sufrir la fatalidad.

Todo componente o elemento constitutivo de la sensibilidad considerado hasta ahora, como hemos visto, puede determinar una elección, de un modo explícito o implícito. Y

es aquello que no raramente sucede: a veces basta una sensación, de rabia o de odio, para provocar una reacción agresiva, quizá con efectos graves y peligrosos, de la que el autor es considerado responsable. Cuantas veces en tales casos se dice que se ha tratado de una reacción automática, instintiva o impulsiva, para invocar la comprensión (o una sentencia menor). Ciertamente, hay que preguntarse si ha sido el resultado de una auténtica elección, y mucho

más si ha sido precedida por un discernimiento. Pero ¿es 101

suficiente esto para afirmar que no existe responsabilidad o que no puede hacerse nada con estas reacciones?

1. De la sensibilidad al discernimiento (y viceversa)

En el capítulo primero hemos señalado ya la naturaleza de la sensibilidad como orientación impresa en el mundo interior del sujeto por sus vivencias y elecciones en determinados ámbitos de la vida. Y hemos visto también los capítulos posteriores cómo esta orientación se afirma y se hace cada vez más determinante pasando de los sentidos a las sensaciones, de las emociones a los sentimientos y de estos a los afectos. Es evidente que si la sensación negativa hacia el otro es alimentada y promovida por el individuo en la mente, en los sentidos y en la imaginación que desea, no resultará después tan extraño que la sensación negativa se transforme en una auténtica agresión. Y es igualmente cierto, por tanto, que esa agresión no nace en el vacío o en el desierto intrapsíquico del sujeto, al igual que ninguna elección, consciente o no, se produce por azar o es resultado de un momento aislado de pérdida de control, es decir, que no es hija de nadie o carece de raíces.

La sensibilidad influye siempre en los procesos de decisión; al igual que es verdad que las elecciones influyen en la sensibilidad. Si al comienzo del libro la consideramos una hipótesis de trabajo, ahora pienso que queda suficiente clara y demostrada.

1.1 Sensibilidad salvaje

Existe, sin embargo, la posibilidad, en nada remota, de que no se preste ninguna atención a este sutil e imperceptible trabajo subterráneo (inconsciente). Desde el punto de vista estrictamente formativo, la sensibilidad de la persona se quedará en una situación *salvaje*, dominada por estímulos y presiones puramente impulsivos, sin ninguna orientación ideal que pueda, de alguna manera, dar una dirección a esta fuente de energía tan valiosa como es la sensibilidad.

De este tipo de desatención general a la sensibilidad, nunca educada o mal educada, no puede sino derivar igualmente una falta de atención al proceso de decisión, con elecciones que se harán, por consiguiente, de «modo automático»: es el mito del hombre que actúa y decide según lo que siente dentro de sí, y que a menudo, de este modo, se engaña afirmando haber encontrado la propia libertad, reivindicándola con fuerza contra todo lo que se opondrían a su plena

expresión.

1.2 Sensibilidad despótica

Lo extraño, y grave realmente en el plano de la dignidad de la persona, es que de este modo se produce lo contrario de lo que el hombre piensa: allí donde la sensibilidad es salvaje (o selvática, de hombre primitivo, si con esta expresión entendemos al hombre privado de cualquier idealidad y esclavo de sus instintos elementales, algo que es muy actual) no puede darse libertad alguna, sino exactamente lo que se opone a ella: la *dictadura de la sensibilidad*. El aspecto más inquietante es que este déspota no solo está 102

escondido y es desconocido por el sujeto, sino que incluso se camufla y se disfraza de su opuesto; es un déspota que engaña, que parece regalar al hombre el bien sumo, su libertad, mientras que en realidad se burla de él esclavizándolo. Tal tipo de sensibilidad, en efecto, se impone al hombre y a sus procesos intrapsíquicos desviándolos y atrayéndolos de hecho en una dirección determinada, aquella hacia la que está orientada la sensibilidad misma. En realidad, priva a la persona de aquella expresión genuina de la libertad humana que es la decisión, la capacidad de hacer elecciones y reflexionar sobre ellas, o de tomar posiciones ante la vida. El sujeto humano no correrá el riesgo de discernir y elegir, pero se encontrará fatalmente condicionado a actuar de un cierto modo, engañándose con haberlo elegido.

2. Sensibilidad y fases del proceso de decisión

En realidad, la relación entre sensibilidad de la persona y capacidad y libertad de hacer elecciones está más bien articulada. Sobre todo si por elección entendemos no simplemente un acto inmediato, sino un proceso que requiere el concurso de diversas fuerzas.

2.1 Inicio (o detención) del proceso de decisión

La sensibilidad puede poner en marcha el proceso de decisión, o, al contrario, puede detenerlo desde su origen. Veamos las dos situaciones con los dinamismos correspondientes.

a) Inquietud sana cotidiana o inmovilidad

Con nuestros sentidos externos y sobre todo internos podemos percibir en la realidad un estímulo, un interrogante, una provocación, una inquietud… pero también nada de eso.

Uno puede pasar al lado de una situación de malestar, de sufrimiento, de petición silenciosa de ayuda, de debilidad, y sentirse interpelado a actuar, a hacer algo, a expresar cercanía y participación, pero también puede no percibir ninguna sensación o sentimiento que vaya en esa dirección. El primero se encontrará ante un discernimiento con respecto a la decisión que debe tomar; el segundo no tiene nada que decidir, está bien así, no ha visto nada, no ha sentido nada, nadie le ha pedido o le ha hecho entender nada, o quizá ha percibido, pero no ha visto, ha oído, pero no ha escuchado. Incluso, el primero se siente también un tanto preocupado y cuestionado por la realidad y por aquello en lo que cree; el segundo se encuentra totalmente tranquilo, en el fondo no ha hecho nada malo ni ha pasado nada, ¿por qué complicarse entonces inútilmente la vida?

Este vive, pero en realidad su vida es una apariencia: su cardiograma o electroencefalograma está plano.

Quizá quien busca y entra en crisis vive también o se dispone también a vivir una experiencia espiritual, para escuchar una voz que no solo viene de la emergencia que ve a su alrededor, sino de Dios; mientras quien es tranquilo, ha aprendido a aplastar como una apisonadora todo cuanto encuentra en su camino (estímulos, llamadas, 103

provocaciones, signos diversos…) y pasa de largo impertérrito, ¡no corre ningún riesgo de sentirse «llamar» por Dios!

Una ulterior distinción significativa: hay quien para discernir tiene que encontrarse en una situación totalmente particular, en la que se espera explícitamente una toma de posición o una decisión a la que no puede sustraerse en modo alguno. Mientras que hay quien está siempre discerniendo, porque en toda circunstancia de la vida se siente ante una posibilidad de crecimiento, ante una ocasión que no debe perder, o se percibe llamado por la vida, por los demás, por sus ideales, por Dios, es decir, ha madurado en sí una sensibilidad que le permite reconocer incluso en la brisa más leve el misterio que interpela e inquieta.

Así pues, resulta bastante evidente que la sensibilidad puede funcionar como condición interior valiosa e incluso indispensable para poner en marcha un proceso de discernimiento, pero puede llegar a ser también una especie de tapón que bloquea todo, que hace a la persona impermeable, inexpugnable, imperturbable… *insensible*.

b) Pasión o acedia

Una segunda observación importante. Si se inicia un proceso de discernimiento la vida se enriquece con nuevas perspectivas, el individuo se encuentra ante otras posibilidades, se abren nuevos escenarios, como ventanas que se abren sobre un mundo inédito para una decisión que debe ser tomada. Con la consecuencia de poner en movimiento todo el mundo interior del sujeto: ideales, deseos, expectativas, ganas de lograrlo, pero también miedos, temores a no lograrlo, demonios, fantasmas,… Independientemente de cómo termine, el que inicia un proceso de discernimiento imprime un gran dinamismo a la propia vida, hace acopio de sus recursos, se siente confrontado por otra realidad, se conoce mejor (positiva y negativamente), vive más, podríamos decir, más intensamente, arriesga más ante las alturas que lo atraen, pero también ante las sirena del mal que percibe con mayor lucidez[2].

A diferencia de quien no siente la necesidad de ningún discernimiento, es decir, no se planta ningún trabajo sobre sí mismo y su mundo interior. Se mantiene con lo ya dicho y ya visto, lo que ya presume de saber de sí y de la vida. Esta persona vive en un nivel mínimo de tensión, dirige (si es que puede decirse que esto es dirigir) su vida con el piloto automático, con el mínimo esfuerzo y habitualmente también con el mínimo rendimiento, puesto que repetirse produce aburrimiento y abulia, y mata el entusiasmo y la creatividad. Y si es verdad que la vida habla si hay un corazón que escucha, también su existencia «habla» y le dirige muchas llamadas, pero no tiene un corazón que escuche.

En el primer caso, la libertad es, por consiguiente, la de una vida intensa e inédita y de un mayor conocimiento de uno mismo; en el segundo caso, la libertad consiste solamente en no dejarse turbar-disturbar por nada ni nadie, para mantenerse simplemente tal cual es. Libre es el profeta que lee los signos de los tiempos y abre caminos nuevos; inerte e ineficaz es el analfabeto incapaz de cualquier lectura, encerrado en su pequeño mundo.

Por eso la vida o es formación permanente o es frustración permanente.

2.2 Calidad del proceso: criterios para discernir

La sensibilidad puede también condicionar el proceso de discernimiento, o el discernimiento en marcha. Lo que no quiere decir, en efecto, que el dejarse interrogar por la realidad encuentre después

al individuo libre también de responder correctamente.

Por cuanto hemos visto parece obvio que todo el bagaje de sensaciones o sentimientos con el que la persona ha aprendido a reaccionar ante la vida ahora se reactivarán por la situación existencial que vive, con consecuencias inevitables sobre la elección que debe hacer. Encontrarse frente al sufrimiento, la injusticia y los abusos; o ante la posibilidad de dar a la propia vida un impulso vocacional o una dirección específica, no necesariamente y no solo en las grandes circunstancias; o hallarse sencillamente ante el otro con toda su alteridad y su misterio, o con su debilidad y exigencia implícita de ayuda; o también solo ante sí mismo y la tarea de dar lo mejor de sí; o ante Dios y su propuesta siempre excesiva de su amor, pues bien, todo esto no puede no evocar la responsabilidad del sujeto y la necesidad de posicionarse. Algo que podrá ser frenado, inhibido o desviado, o bien afrontado con valentía; podrá suscitar miedo o un mejor conocimiento de uno mismo y de las propias posibilidades. De nuevo, partiendo de la calidad del camino de formación de la propia sensibilidad.

Ya hemos indicado los criterios para educar la sensibilidad que ahora se convertirán también en criterios para hacer un buen discernimiento. Es ya interesante esta equivalencia de criterios, como prueba ulterior de la validez de nuestra tesis: solo una sensibilidad madura, o convertida-evangelizada, puede permitir discernimientos igualmente correctos y sinceros.

Veamos ahora algunos de estos criterios, teniendo en cuenta también aquello a lo que se oponen o que resultan alternativos a ellos.

a) Inspirado en el yo ideal más que en la norma moral

La primera cualidad de un discernimiento es el punto de referencia. No se puede discernir sin un término de comparación, y este solo puede ser, en el plano psicológico, *la identidad de la persona*, por consiguiente, sus valores, no entendidos en sentido abstracto, sino –para el creyente– como el proyecto que el Creador tiene para su criatura, y que esta quiere realizar con todas sus fuerzas. Todo discernimiento encuentra aquí el punto fundamental de comparación, en aquello que la persona es y está llamada a ser, que es criterio incluso más incisivo y decisivo que el mismo criterio moral. El criterio de la identidad, en efecto, responde a una exigencia fundamental del discernimiento: reconocer y elegir lo que es verdadero, bueno y bello *para mí, ahora*, más que lo que es justo y obligatorio *para todos, siempre*.

Esto supone, por tanto, una sensibilidad educada en tal dirección, como hemos insistido más arriba, educada en amar la identidad que la persona ha elegido, para después ser capaz de elegir en cada momento lo que ama; en percibir cada vez su 105

atracción, en reconocerla como el criterio fundamental de las propias acciones, y, por consiguiente, a captar cada vez más sus exigencias para el corazón humano. Mucho más que lo que dice y prescribe un código de comportamiento ético que, después de todo, corre el riesgo de ser algo exterior al individuo, y, en consecuencia, mucho más allá de una consecuente observancia solo legalista y fría[3].

Dicho más concretamente, se tratará de desarrollar una sensibilidad moral (= una conciencia) que no se limita al solo criterio moral («¿es pecado o no esta acción? ¿Es pecado grave o solo venial?»), porque sería demasiado poco y porque a veces *lo que es moralmente lícito (o lo que no es moralmente ilícito) no es psicológicamente conveniente*. Por ejemplo, si un gesto de afecto es totalmente lícito, quizá no es conveniente, para mí, que soy virgen, intercambiar un abrazo con una persona de la que estoy enamorado o que me está ocupando el centro de mi vida, o hacia la que siento una cierta atracción genital-sexual[4]. Por raro que parezca, en ciertos casos la psicología es más severa que la moral. Precisamente porque asume como criterio la identidad de la persona, que es criterio mucho más vinculante y pertinente, personal y capaz de distinguir dónde está *mi* bien verdadero.

b) Heterorreferencial, no autorreferencial

Otra buena norma de un sano discernimiento, y en particular de aquellos en los que está por medio la dimensión relacional-social y por tanto otra persona, es el *sincero deseo de beneficiar al otro*, hasta el punto de pagar un cierto precio o renunciar a algo mío. Se trata de la sensibilidad del buen samaritano, comentada ampliamente en las páginas precedentes.

La heterorreferencialidad, además, opuesta a la autorreferencialidad (y a todas las formas de autoerotismo, no solo el genital-sexual), es uno de los criterios fundamentales de salud psicológica y madurez espiritual, como expresión, a su vez, no de una vaga benevolencia, sino –de nuevo– de una sensibilidad libre de la injerencia del yo, de la pretensión infantil del *puer aeternus* de ser siempre el centro de atención, y, por tanto, libre de acoger incondicionalmente al otro y darle la prioridad, hasta el punto de hacerse cargo de él.

Una sensibilidad educada en la atención prioritaria al otro es garantía de un discernimiento auténticamente cristiano.

c) Gesto adulto, no infantil

Una persona que discierne se compromete a buscar la vedad con *su* cabeza, es decir, no se contenta con recibir órdenes ni confunde la obediencia con la cómoda no asunción de responsabilidad; es una persona que elabora sus propias elecciones, es su autora responsable, asumiendo todos los riesgos del caso. Si además es creyente, es una persona que acepta correr el riesgo más arriesgado de la vida: *buscar la voluntad de Dios*. Sin pretender elegir y actuar solo cuando es posible obtener la certeza total, ni delegando en los demás una búsqueda que puede y debe ser fundamental suya[5]. «El discernimiento 106

es precisamente aquel ejercicio hermenéutico que pertenece solo a la persona»[6].

Por eso puede discernir solamente quien es *adulto en la fe*, pues «solo una fe adulta y madura nos proporciona el criterio para discernir entre verdad y falsedad, entre engaño y sinceridad»[7]. Y el discernimiento se hace bien cuando el individuo lo ha llevado a cabo en aquella soledad que exalta su relación con Dios y le abre a la intimidad con él, y en la que únicamente puede resonar como eco la palabra del Eterno[8].

Precisamente por esto es importante pasar de la fe como acto estático, hecho de una vez para siempre, a la fe como acto dinámico, o de la verdad creída a la sensibilidad creyente, de quien progresivamente ha aprendido a buscar de forma constante lo que es bueno y grato a Dios, o a aquella sensibilidad *espiritual* que educa al corazón a desear los deseos divinos o a la manera de Dios, aprendiendo a descubrir dónde Dios se oculta y se revela, en todo momento y en toda circunstancia, en cualquier relación y situación existencial, en lo bueno y en lo malo.

d) Atención a las motivaciones, no solo a los gestos

Un fruto del discernimiento es también el de aprender a mirar cuanto acontece en la penumbra de nuestro mundo interior, a no dejarlo inexplorado o pasado por alto, contentándose con la conducta exterior aparentemente correcta. Siempre existe el riesgo de una deriva silenciosa, de un doble nivel existencial: uno *exterior*, donde todo marcha bastante bien, y otro interior, en el que no se sabe bien qué sucede y en el que de hecho nos permitimos una cierta ambigüedad.

Discernir significa arrojar luz sobre este nivel, interrogarse no solo sobre la corrección exterior, sino aún más sobre las motivaciones que impulsan a actuar, no contentarse con ver qué *cosa* he hecho, sino indagar en *cómo* lo he hecho, con qué sentimientos, y sobre todo llegar a comprender *por qué* o *por quién* he actuado así.

Resulta original la intuición de Arvalli que ve en el profeta Elías la imagen bíblica de este tipo de discernimiento (cf. 1 Re 19,8-9). Elías *sube* al monte Carmelo, renuncia a instalarse en la llanura de los habituales y a veces desordenados y mediocres estilos de vida para aspirar a lo alto. Pero después tiene también la valentía de *bajar a la cueva*, a los rincones del corazón. Es necesario subir (al monte) para bajar (a la cueva). «La cueva de Elías, como el pozo de la samaritana (cf. Jn 4,6-7), evoca las profundidades psíquicas, la *sombra*, aquella dimensión subconsciente de la que no somos plenamente conscientes, pero que debe excavarse en profundidad»[9].

e) «De tracción integral», no parcial

Es libre quien decide actuar porque cree en lo que hace, le gusta y le atrae; no lo hace porque otros (incluso los superiores legítimos) se lo piden. Para que esto suceda el gesto debe ser un acto humano integral, fruto de una operación conjunta de *todo* lo humano, mente, corazón y voluntad, o de *toda* la sensibilidad. De la *mente* que busca la verdad y no en abstracto, sino en lo que la persona hace, en lo pequeño de su vida, y se pregunta qué es lo más verdadero y justo que debe hacerse en ese preciso momento; del *corazón* 107

que aprende a contemplar y saborear la belleza de la verdad, y a sentir su atracción puesto que en esa verdad está oculta también *su* verdad, lo que el sujeto está llamado a ser; de la *voluntad*, finalmente, que traduce aquel fragmento de verdad y belleza en gesto o acción, en elección o renuncia que hace buena la vida y permite apreciar-saborear esa verdad y belleza. Cada una de las tres facultades está vinculada a la otra, apoya e ilumina la acción; y las tres contribuyen a formar una sensibilidad cada vez más capaz de dejarse atraer por lo que es verdadero y justo, bello y bueno, y de elegirlo concretamente.

El discernimiento, en este sentido, es un fenómeno de atracción de la sensibilidad, que después aumenta en la medida en que la persona confirma con la elección y la acción cuanto la mente ha descubierto como justo y el corazón ha sentido fascinante.

Para discernir bien no basta –como a menudo se dice– elegir actuar según la verdad, si esta verdad no es también amada sino solo

obedecida (imponiéndose grandes esfuerzos), ni solo en un modo conforme a aquella belleza que seduce el corazón (tal vez en un momento de particular excitación, también particular o de grupo, y después desaparece), ni tampoco únicamente porque el deber se impone a la voluntad (y queremos evitar sentimientos de culpa): caeríamos en aquellos unilateralismos que tanto daño han hecho en nuestros programas formativos de un tiempo (intelectualismo, sentimentalismo, voluntarismo, etc.).

Es necesario, por el contrario, un dinamismo *de tracción integral, no parcial*, que logre implicar el mundo interior del sujeto con todos sus componentes. Gracias a esta sinergia de dinamismos el discernimiento es libre, el individuo no necesita recibir órdenes ni espera aprobaciones exteriores, y lo que hace es eficaz, no solo eficiente, porque es querido por él con todo el corazón, con toda la mente y con todas sus fuerzas.

Con toda la sensibilidad.

f) Discernimiento cristiano, no solo humano

Quien elige como creyente debe ser educado en superar la lógica de la elección *solo humana*, que, de hecho, se detiene muy pronto en el proceso de decisión porque tiene muchas exigencias. Por ejemplo, debe ser *segura*, sin riesgo alguno de equivocación; *con el mínimo coste*, sin nada que perder ni renuncia alguna; *precisa y clara*, bien definida en todas sus fases y objetivos, y carente de imprevistos; *a medida* del sujeto y *calculada* rigurosamente según sus capacidades (para evitar los fracasos); y debe ser una elección *revisable y reversible*, con varias salidas de seguridad y planos alternativos, y nunca para siempre; *en beneficio propio*, o calculada con vistas a los propios intereses; y, finalmente, sostenida por el *acuerdo de los demás* (es decir, uno hace lo que todos hacen, siguiendo –muy poco heroicamente– la corriente). Con estas condiciones no es tan extraño que sean tan pocas las elecciones auténticas (especialmente las más comprometedoras, como las vocacionales). Esta es la razón por la que vivimos en una cultura a-decisional, que no enseña a elegir, por la que el hombre contemporáneo, si pudiera, no elegiría nunca.

La decisión *cristiana*, en cambio, es *arriesgada*, quien obedece en la fe, hemos 108

dicho, corre el riesgo más alto: descubrir el misterio de la voluntad de Dios para él mismo. Por ello discierne solo el creyente que es *adulto* en la fe y no busca la seguridad humana absoluta[10]; es elección con *el*

máximo coste, pues es respuesta al amor, que tiende la donación total de uno mismo, a lo máximo que uno puede dar de sí; es precisa, pero *nunca totalmente clara*, porque es libre de la exigencia de prever todo y eliminar todo imprevisto[11]; está motivada por la *confianza en otro*, no por el cálculo de los propios talentos (ni frenada por el temor al fracaso personal), y es pensada *según el plan de Dios* (que, habitualmente, sobrepasa los talentos del llamado); por consiguiente, es elección *valiente y para siempre*, de quien no se siente solo y, sin embargo, elige con plena autonomía; no está nunca en función exclusiva del yo, ni de los propios intereses espirituales, sino que tiene siempre en cuenta el *bien del otro* y su salvación; a menudo es elección *contracorriente*, y no es comprendida desde fuera[12].

Tal es la belleza del discernimiento cristiano, fruto maduro del amor, pero que es también lo que lo hace crecer.

2.3 Después del proceso: el regusto

Finalmente, podemos captar la acción de la sensibilidad también a posteriori, con el proceso de discernimiento que la ha determinado. En efecto, es siempre la sensibilidad la que nos hace sentir cuanto hemos dicho y hecho o hemos omitido hacer o decir, cumplido o manifestado en un cierto modo como algo bello, verdadero y bueno o bien no, como lo mejor y lo más oportuno en ese momento o no.

Para ser más precisos, podemos ver la reacción de la sensibilidad en dos direcciones.

a) Refuerzo

La sensibilidad es *reforzada* por la elección hecha y por la acción realizada, como ya hemos subrayado, y al mismo tiempo *refuerza* su punto de referencia (= la identidad del sujeto).

Si, por consiguiente, realizo un discernimiento que va en la dirección de lo que estoy llamado a ser y lo traduzco en elecciones y acciones concretas, en ese momento confirmo no solo mi identidad, sino también aquel modo de juzgar atendiendo a ella, de advertir la atracción de su belleza, de sentirme feliz de pertenecerle. Es decir, yo dirijo aún más sentidos y sensaciones, emociones y sentimientos, gustos y criterios electivos en aquella misma dirección, y ella (= mi identidad) se me hace cada vez más familiar e influyente para mí, más «verdadera» y bella. Es, en el fondo, una vez de nuevo, la *consolación* de la que habla Ignacio.

El mismo principio funciona si sucede lo contrario. Si hago una

elección contraria a mi identidad, por ejemplo, realizo un gesto en el sentido autorreferencial, se refuerza en mí esta misma tendencia, que intentará imponerse en la siguiente ocasión, de la que yo me sentiré aún más atraído, dando a la vida una orientación que me aleja progresivamente de los demás, me los hace sentir como un peso y me encierra cada vez más en mí mismo. Teóricamente podré aún advertir un cierto malestar, en el plano ético-109

moral, comparando este modo de actuar con mis ideales. Pero este mismo malestar, como vago sentimiento de culpa que sería providencial, está destinado a desaparecer si continúo con ese tipo de elecciones; es decir, también el juicio de la mente y el sentir de la conciencia estarán cada vez más condicionados por ese hábito, justificando cada vez más decisiones y acciones, y quizá permitiéndome una auto-rreferencialidad (= egoísmo) cada vez más amplia y tranquila. Con el riesgo de extraviar mi identidad. Si no actúo de acuerdo con mis valores, no solo justificaré lo que hago, sino que en un determinado momento cambiarán también mis valores.

b) Remordimiento

Así es como la sensibilidad se hace insensibilidad, o se refuerza en tal caso una insensibilidad relacional, que, poco a poco, consigue eliminar y no hacer sentir tampoco los sentimientos de culpa, y que provoca en la persona que vive con tal estilo una pérdida de humanidad. El que no sabe reconocer y sufrir sus errores, en efecto, es menos humano. Es más, si esto es verdad, lo que es grave –aún más grave que el gesto incorrecto o no atento con el otro– es la falta o el desvanecimiento de la vergüenza, la ausencia de todo remordimiento o sentimiento de culpa (y tanto más de la conciencia de pecado), y como consecuencia no sentir la necesidad de pedir perdón o incluso justificar lo hecho.

Si pensamos en los escándalos sexuales protagonizados por hombres de iglesia, precisamente esto es el aspecto más desconcertante, a saber, el hecho de que la mayoría de los «reverendos» abusadores nunca haya pedido perdón a nadie[13]. Señalando una correspondiente omisión a nivel de una Iglesia que quizá no ha hecho aún el duelo por estos horribles delitos[14]. El problema en este sentido no sería solo de quienes los han cometido, sino un poco de todos nosotros que no hemos sentido y seguimos sin sentir la suficiente vergüenza al respecto.

Vemos aquí la razón por la que el papa Francisco vuelve frecuentemente sobre aquel aspecto de nuestra sensibilidad que es el sentimiento de la vergüenza.

«El drama reside en que no nos avergonzamos ya de nada. No debemos tener miedo a sentir vergüenza… Cuando sentimos vergüenza debemos estar agradecidos, pues quiere decir que no aceptamos el mal. La vergüenza es una invitación secreta del alma que necesita al Señor para vencer al mal. Y pasamos entonces de la vergüenza al perdón»[15]. La pérdida o la corrupción de la sensibilidad está demostrada por la

«vergüenza de haber perdido la vergüenza»[16].

Por el contrario, una sensibilidad bien formada no es sinónimo de perfección moralista o de rigurosa observancia conductual, sino que expresa la libertad de quien sabe reconocer el propio mal y tiene la valentía de admitir el propio mal, siente su gravedad ante Dios, el otro y el propio proyecto ideal, experimenta la *desolación*, advierte dentro de sí un regusto doloroso, como una voz que lo reprende: el *remordimiento*. Posee, en efecto, una gran dignidad quien se deja «morder» por la conciencia de haberse equivocado o posee una libertad tal que sabe llorar la propia 110

culpa.

En este sentido, entonces, podemos decir que la sensibilidad influye también en la fase que sigue a la elección, o aquel período posterior al discernimiento en el que el sujeto advierte la consolación o la desolación por lo que ha hecho.

Por eso son importantes todas las operaciones de reflexión y análisis crítico, de revisión o de examen de conciencia, que se entendería también como examen *a la conciencia*, para verificar cómo la propia conciencia o la propia sensibilidad está aprendiendo a moverse, a sentir, a juzgar, qué la atrae o la seduce y en qué medida es capaz de reconocer los propios errores y arrepentirse.

Sería el mejor modo para aprender a discernir, correr el riesgo de tomar las riendas de la propia vida y no sufrir la fatalidad.

[1]

Cf. Martin Heidegger, *Essere e tempo*, Mondadori, Milano 2006, 69 (vers. esp.: *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid 2012).

[2]

Las grandes aspiraciones se ven acompañadas normalmente de

grandes tentaciones. La historia de muchos santos nos habla de ello.

[3]

Teoría del *extrinsecismo moral*.

[4]

En caso de no estar claro este criterio de la propia identidad, uno podría preguntarse si está dispuesto a hacer en público ese gesto (el abrazo en nuestro caso), dado que lo que está en sintonía con la propia identidad (que es de por sí un fenómeno visible) normalmente no es un problema cuando se hace en público. Si, por el contrario, me avergüenzo de hacerlo en público y prefiero no ser visto así, entonces es probable que sienta que ese gesto no está en línea con lo que soy y estoy llamado a ser.

[5]

Sería una especie de «abuso de autoridad desde abajo», por parte de quien no quiere correr riesgos y prefiere que otros decidan por él (quizá confundiendo esta actitud infantil con la obediencia).

[6]

G. PICCOLO, «Chi è la persona che discerne?»: *Credere oggi* 37 (2017), 7.

[7]

J. RATZINGER, Homilía en la misa *pro eligendo Romano pontifice*, 18 de abril de 2005.

[8]

Me parece muy pertinente el análisis que al respecto hacía aquel maestro de espiritualidad que fue Moioli:

«La decisión y por tanto el discernimiento personal, en concreto, deben ser de la persona, del sujeto que se hace “dirigir”: en función de ello, el discernimiento ejercido por el director espiritual se concibe como orientado no a sustituir o a imponerse autoritariamente, sino a “conducir”, a sostener el discernimiento del sujeto. En definitiva, en efecto, se trata de *personalizar en concreto la obediencia de la fe*, y en esto nadie puede hacerse sustituir ni nadie puede sustituir a quien debe prestar obediencia. La ayuda para hacer emerger motivaciones

auténticamente espirituales… es ayuda para ver que “es bueno para mí decidir así” y por tanto es incluso “obligatorio para mí”. “Pero soy yo el que debo llegar a ver todo esto; y soy yo quien, habiendo visto y estando convencido interiormente, decido de hecho”» (G. MOIOLI, «Discernimento spirituale e direzione spirituale», en L. SERENTHÀ - G. MOIOLI - R. CORTI, *La direzione spirituale oggi*, Ancora, Milano 1982, 66-67).

[9]

A. ARVALLI, «Discernimento spirituale e sistema motivazionale. Il contributo della psicología»: *Credere oggi* 37 (2017), 81.

[10]

Se discierne no para evitar toda duda y ponerse a salvo de todo riesgo de error, sino en todo caso para evitar que la duda bloquee las propias elecciones, especialmente cuando la elección es más bien difícil, y no está apoyada por la cultura circunstante y suscita oposiciones en el propio mundo relacional, y, quizá, la soledad.

[11]

Para informarse al respecto pregúntese a Abrahán o a María…

[12]

Para profundizar en esta distinción cf. A. CENCINI, *Mi fido… dunque decido. Educare alla fiducia nelle scelte vocazionali*, Paoline, Milano 2009, 81-93 (trad. esp.: *Me fio… luego decido*, Paulinas, Madrid 2010).

[13]

Algo particularmente grave cuando tenemos en cuenta que, cuando el abusador es un sacerdote, la víctima sufre un trauma ulterior, además del psicológico, a saber, un trauma *espiritual*, vinculado a la imagen de Dios completamente deformada por el gesto violento de quien habría tenido que dar testimonio de su rostro bueno y amoroso. Por esto la víctima necesita que el sacerdote abusador le pida perdón, para intentar 111

reconstruir esta imagen gravemente deformada por él.

[14]

Se hace el duelo cuando no solo se llora, sino cuando, además de

reconocer que un objeto no existe ya (en nuestro caso una cierta imagen ideal de sacerdote), ese mismo objeto atraviesa como un proceso de transformación, gracias al cual es recuperado en su integridad, y finalmente purificado, en la conciencia del individuo, del grupo y de la institución. Algo de aquella imagen se ha perdido para siempre (por ejemplo, una cierta pretensión de perfección y superioridad), pero algo nuevo nace, algo más verdadero y auténtico.

Con una inevitable repercusión positiva en la credibilidad de aquella imagen y su capacidad de testimonio.

Cf. A. MANENTI - E. PAROLARI, «Disagio dei preti e coscienza ecclesiale: è ora di voltare pagina»: *Tredimensioni* 13 (2016), 54-66; cf. también «Esigenze di ruolo e crescita personale»: *Tredimensioni*, 3

(2005), 232-233.

[15]

Afirmaciones del papa Francisco con ocasión de la festividad de la Divina Misericordia, 8 de abril de 2018.

[16]

Papa Francisco al terminar el Viacrucis en el Coliseo el Viernes Santo de 2018.

9

Adulto en la fe,

discernimiento y elección creyente

DEBEMOS ESTAR MUY AGRADECIDOS al papa Francisco por haber vuelto a proponer a la Iglesia entera el discernimiento como tarea y gracia hasta hacer de él una clave de lectura o un objetivo de la reforma que quiere llevar a cabo en la comunidad creyente. Venimos

–lo sabemos bien– de caminos educativos que no nos han formado en ese sentido, reduciendo el discernimiento como mucho a un instrumento de indagación en situaciones de emergencia. Con la consecuencia de que hemos privilegiado una concepción pasiva y tranquilizadora de la fe, apenas emprendedora y más bien repetitiva, poco viable en el contexto cultural contemporáneo, en el que creer

será cada vez más una elección libre, una convicción y no convención, y, por eso será posiblemente más un fenómeno de minorías que de masas. Del discernimiento, en realidad, deriva una imagen nueva tanto del creyente que busca como de Aquel que es el objeto de la búsqueda.

1. El que busca

Veamos algunas características del que discierne, particularmente desde el punto de vista de su mundo interior o de su sensibilidad.

1.1 Peregrino con el sentido del misterio

El que discierne es ante todo un peregrino: un peregrino que no sabe y busca la dirección de la vida, como todo ser humano. Pero tiene el sentido del misterio, oculto en todo. No es él quien impone su esquema a la realidad, sino, al contrario, es esta la que, como un libro abierto, él quiere aprender a leer y descifrar. En este sentido, es un místico, pues es atraído por algo que lo supera y que no puede dominar: por el misterio como luz, plenitud de luz, luz excesiva, tan intensa que no puede ser mirada con los ojos y a la que solo puede habituarse la mirada. Pero con la certeza de que el misterio se revelará poco a poco. Porque el misterio es bueno, es amistoso, es cálido, quiere hacerse ver, tocar, sentir, se nos anticipa y nos sorprende. No es como el enigma, su opuesto, oscuro y tenebroso, frío y metálico, sin sentidos e insensible, que inspira temor y es inaccesible, 113

hace todo incomprensible e inútil todo discernimiento.

El discernimiento es exactamente *la escuela del misterio*, es el camino de quien aprende a estar ante él para dejarse iluminar y envolver por aquel exceso de luz, de «luz amable»[1]. Es peregrino a lo largo de los caminos de la vida, animado por la necesidad y el deseo de conocer el misterio, pero sobre todo por la certeza de que el misterio mismo desea revelarse.

En definitiva, para quien discierne Dios es Misterio de luz resplandeciente, que ilumina la vida y cada uno de sus misterios. Para quien no discierne, en cambio, Dios (dios) es enigma, mudo y tenebroso, un ídolo sin vida e inalcanzable.

1.2 Vir ob-audiens

Quien discierne se embarca en una aventura nada sencilla que exige toda su atención.

Para discernir es necesario tener un oído muy fino y una mirada profunda, sentidos muy activos y curiosos, umbral perceptivo bajo, atento al detalle, y corazón capaz de captar incluso lo que no se ve. Por eso este creyente se lleva una mano a la oreja, es decir, realiza un gesto que expresa al mismo tiempo el interés intenso que lo anima a buscar, y, por otro lado, la dificultad de una operación compleja; por un lado, sabe que Dios es aquel que habla sin voz o se revela en el fragmento, en lo pequeño, en lo inédito, en lo que no parecería lugar típico de su morada; por otro lado, sabe que Dios es el Presente y que no existe espacio o instante que esté vacío de él. Y entonces pide ante todo a Dios el don de «un corazón dócil» (literalmente «corazón que escuche») «que sepa distinguir el bien del mal» (1 Re 3,9), y se dispone a buscar a Dios en todo lugar desarrollando en sí una sensibilidad espiritual atenta «a la brisa tenue» (1 Re 19,12), capaz de sentir aquel

«sonido más profundo más allá del ruido de la vida normal»[2].

Es el creyente *ob-audiens*. Aquel que no obedece solo a una categoría de personas llamadas superiores y en algunos momentos oficiales, sino que ha aprendido a obedecer (a *obaudire*) a la vida, a los signos de los tiempos, a los pobres, a quien sufre, a los hermanos[3], a las dificultades, a los propios límites, al propio cuerpo enfermo, a la muerte cuando llega… Porque Dios está en cada una de estas situaciones, y tiene algo que decirme a través de cada una de ellas. Es *la obediencia a y en la fe*: quien vive constantemente con una mano en la oreja para «sentir» a Dios en la vida crece verdaderamente en la sensibilidad creyente.

1.3 Cuestión de amor

Este título suena quizá un tanto sentimental y romántico. En realidad, en una reflexión como la nuestra sobre la sensibilidad de quien discierne es fundamental clarificar que no estamos hablando de técnicas y estrategias que hay que aprender y practicar fríamente, sino de una cuestión de amor. El discernimiento es «el paso adelante en el amor que puedo dar»[4], es el amante que busca al amado.

No tiene ningún sentido discernir si la búsqueda no es y no nace de una relación y del deseo de responder al amor o a la consciencia de haber sido ya buscado, como especificaremos mejor después. Y la referencia espontánea y luminosa se dirige al 114

Cantar de los Cantares como metáfora del sentido y de la raíz del discernimiento. Y si es cuestión de amor, el que discierne es también

el adulto en la fe que busca con su corazón y no se contenta con evitar lo ilícito, sino que quiere descubrir lo que es bueno y grato al Amado y que Dios mismo espera de él, no simplemente lo que va bien para el grupo ni en un posible mañana, sino en este preciso instante.

Pero es adulto en la fe ante todo porque corre el riesgo de decidir en cada circunstancia lo que es justo hacer, asumiendo toda su responsabilidad, sin esperar órdenes de más arriba, con estilo infantil, ni fiándose simplemente del propio impulso, con actitud adolescente, ni tampoco exigiendo a Dios la certeza absoluta (que no tendremos nunca). Pero sobre todo este adulto en la fe crece en la madurez creyente porque a través del ejercicio constante del discernimiento adquiere cada vez más una conciencia sensible a lo que es bello y bueno, verdadero y justo: una conciencia en la que resuena el eco de la voz del Eterno Amante. Por eso «también la relación con Dios es tanto más verdadera cuanto más esté caracterizada por el discernimiento»[5].

1.4 Por connaturalidad (o por instinto convertido)

Siguiendo en esta línea, la de la cualidad de la relación entre quien discierne y Aquel que es objeto y punto de referencia del discernimiento mismo, añadimos un elemento altamente relevante. Si el discernimiento es «la práctica espiritual que interpreta e intenta comprender lo que Dios trata de decir»[6], esta práctica supone una relación tan intensa e íntima que permite al hombre participar en los sentimientos y actitudes de Dios como si fueran propios, y, por tanto, *por connaturalidad*. Obviamente, este «sentir» a la manera de Dios llega solo al término de un camino de conversión de los antiguos modos de sentir, como un *instinto convertido*.

Y que ahora permite aquella forma de conocimiento original y profundo que está en la base del discernimiento, o aquella connaturalidad particular que nace de la amistad:

«En la medida en que dos amigos están unidos, el primero llega a ser capaz de juzgar espontáneamente lo que conviene al otro, puesto que comparte las inclinaciones mismas del otro y comprende así por connaturalidad lo que es bueno y malo para él. Es decir, se trata de un conocimiento de un orden diverso del conocimiento objetivo, que procede mediante la conceptualización y el razonamiento. Se trata de un conocimiento por empatía o un conocimiento del corazón»[7]. De nuevo, más allá de la lógica de la ley y del esfuerzo, en un clima de libertad, la libertad propia del cristiano.

En este clima el creyente puede llegar a decir, sin temor a ser malinterpretado, que está haciendo «lo que le gusta», o «lo que le da la gana de hacer», pero a partir de una sensibilidad convertida o de una evangelización del propio modo de sentir y de los propios gustos.

Precisamente por esta razón, el discernimiento es un método antiguo, ya recomendado por los Padres y por los grandes místicos de la tradición cristiana como vía de conversión y santidad.

1.5 Estilo habitual de vivir (y de creer)

115

Quizá sea este el punto más relevante que subrayar en el plano pedagógico. El discernimiento viene de lejos, implica un camino formativo meticuloso y atento al propio mundo interior como ya hemos comentado en los capítulos anteriores. Discernir tiene sentido solo si se convierte cada vez más en el modo habitual de vivir y de creer, en un *habitus*. Mientras que es una operación improbable si se improvisa; ni puede ser solo lo que se hace en situaciones críticas o en circunstancia determinadas, como los pasos importantes de la vida o las elecciones de particular relevancia, a nivel individual, o cuando se trata de unir pareceres diversos y potencialmente divisivos, a nivel de grupo.

Es necesario discernir siempre porque en cada momento de la vida Dios tiene algo que decirme y darme, que pedirme y reprocharme, de un modo a menudo inédito o inesperado. O uno busca a Dios en cada instante o no podrá pretender aplicar de vez en cuando un método de búsqueda que lo ponga a salvo de cada duda, especialmente en situaciones ambiguas o particularmente decisivas.

Si anteriormente hemos dicho que el discernimiento es la obediencia en la y de la fe, ahora especificamos que *es el modo de crecer en la fe del creyente normal*, es decir, del que resiste a la tentación de delegar en otros la responsabilidad de decisiones que él solo puede tomar o de contentarse con una norma fijada de una vez por todas y para todos (que a menudo conduce a la mediocridad), o de postergar infinitamente las decisiones (incluida la de ser creyente). Y, por otro lado, «permite conocer lo que viene de Dios (1

Cor 2,9-10.12), mientras que da “corporeidad” a la fe, haciéndola activa y operativa por medio de la caridad (Gal 5,6)»[8].

2. Buscar a Dios

Ya hemos clarificado un equívoco clásico: en el discernimiento no se busca principalmente lo que el hombre debe hacer, sino lo que *Dios ya ha hecho y sigue haciendo* en la vida de ese hombre. Solo a partir de este descubrimiento puede intuirse la respuesta que debe darse.

Y no solo eso, sino que, si Dios es el primer objetivo de la búsqueda, entonces el mismo discernimiento asume características específicas y manifiesta más claramente su naturaleza. Como si una luz nueva, totalmente particular, llegara a iluminar la misma modalidad de búsqueda.

2.1 «Dios no quiere soldaditos obedientes, sino hijos felices»

Al discernir se descubre ante todo el rostro de Dios o Dios se revela tal cual es. Y si el discernimiento se convierte de verdad en estilo de vida, regresando a la distinción previa, Dios se manifiesta cada vez más como el Misterio bueno y amistoso que desea hacerse ver y tocar, Padre «que no quiere soldaditos obedientes, sino hijos felices» (Ronchi), felices por buscarlo y por dejarse buscar por él, libres de todo temor y capaces de responder (o sea, «respons-ables») a su amor, hasta el punto de asumirlo como criterio de propio juicio y de toda elección consecuente.

Es como decir que el descubrimiento del rostro de Dios provoca el descubrimiento también del rostro humano, de su dignidad de criatura amada y llamada a vivir la 116

responsabilidad del amor. Nada, en efecto, responsabiliza más que el amor y la conciencia de haberlo recibido en abundancia. *El discernimiento es el ejercicio de esta responsabilidad*, en el sentido literal del término, como respuesta que dar al amor, responsabilidad dramática y exaltante al mismo tiempo.

Por esta razón precisamente dirige Jesús una pregunta a sus discípulos intrigante y muy crítica que, evidentemente, llega hasta nosotros interpelándonos seriamente.

2.2 «¿Por qué no juzgáis vosotros mismos lo que es justo?» (Lc 12,57)
Observemos el contexto de esta intervención que sabe a reproche: Jesús se da cuenta de ser causa de contraposición, de generar división, incluso dentro de la familia y de las relaciones interfamiliares (cf. Lc 12,51-53). Pero ciertamente esta división se produce aún antes en el corazón mismo de quien se encuentra ante su propuesta, creando en él malestar e inseguridad, temor y turbación. Y tal vez el intento de escapar de sí mismo por no estar en condiciones de tener que tomar

una posición con respecto a esa palabra.

Por esto parece apreciarse un poco de impaciencia o de decepción en la intervención del Maestro, que reprocha a quien le escucha que sabe muchas cosas, que es capaz de prever las condiciones meteorológicas, pero que no sabe leer el tiempo, este tiempo de gracia, los signos del Reino que se está manifestando, incluso en el interior de quien le escucha, a quien parece decirle: «Mirad estos signos, tomadlos en serio y seréis capaces de juzgar vosotros mismos lo que es bueno. ¿Por qué no lo hacéis?».

Los discípulos no responden, pero quizá tampoco nos-otros, actualmente, nos hemos confrontado seriamente con este interrogante. Que sin embargo es muy lógico habida cuenta de cuanto hemos dicho anteriormente: si el discernimiento es el ejercicio de la responsabilidad que nace del amor recibido, dado que la experiencia de ser amado es íntimamente personal, del individuo, es siempre y solo este el que puede y debe hacerse cargo de su discernimiento, el que debe aprender a juzgar lo que es bueno.

¿Podemos intentar responder aquí?

2.3 Temor de ser libres

Podríamos decir que no juzgamos por nosotros mismos lo que es justo «porque no somos libres, Señor, porque cuesta mucho serlo, porque tenemos miedo a equivocarnos, porque nos han dicho que es más seguro y tranquilizador abandonarnos a los brazos de la Santa Iglesia Romana, porque desde hace mucho tiempo nos aterra la responsabilidad»[9]. Y

podríamos continuar diciendo: no juzgamos por nosotros mismos lo que es justo porque la orientación formativa recibida va en otra dirección, porque no hemos aprendido a asumir el discernimiento como estilo habitual del creyente (y mucho menos podemos adoptarlo como estilo pastoral, para ayudar a los demás a discernir, como pide el papa Francisco), porque «se cree y basta», o es suficiente y menos complicado ser obedientes dado que «quien obedece no se equivoca nunca», porque es más sencillo y cómodo delegar las elecciones y los juicios al parecer de un líder o de personas carismáticas (a los que hemos entregado nuestra conciencia)[10], porque se mantiene todavía el equívoco, enraizado en cualquier ángulo oscuro de nuestro inconsciente (y en todo caso 117

alimentado discretamente hoy), de que juzgar por uno mismo es señal

de presunción, soberbia, autonomía, falta de prevención, y crea solo confusión, división, protesta, subversión, dispersión, destrucción del tejido relacional y comunitario.

¿Y si fuera lo contrario? Es decir, ¿y si esta alergia procediera de una pobre estima de nosotros mismos, de nuestra dignidad y grandeza, tal y como nos concibió Dios, una poca estima que se convierte después en una fe pobre en aquel Espíritu que «grita»

incluso dentro de nosotros y que sin embargo no escuchamos?

Y, sin embargo, en un plano espiritual, el Espíritu nos fue asegurado, fue derramado en nuestros corazones con abundancia (Rom 5,5), nos hace sentir la dulzura de ser hijos y nos recuerda las palabras del Hijo (Jn 14,26), nos sugiere incluso las palabras para orar (Rom 8,26), abre la mente para comprender las Escrituras, hace arder el corazón mientras escuchamos la Palabra que salva (Lc 24,31-32), enciende o ilumina los sentidos para que veamos, sintamos, saboreemos lo que rebasa a los sentidos, nos da el gusto y el sabor de la verdad para que sepamos reconocerla y ser sus artífices, y la atracción por la belleza para que sepamos distinguirla de sus falsificaciones y reproducirla en nuestra vida. El Espíritu Santo está vivo en nosotros, en cada ser humano, es la sensibilidad divina presente en la sensibilidad humana. Esta es una certeza absoluta, no una hipótesis que debe ser demostrada; y es verdadera para todos, no un premio para aspirantes a la mística.

Por otra parte, en el plano psicológico-existencial, estamos expuestos continuamente a la ambigüedad de la vida y de las situaciones: «¿Quién decide qué es bueno y qué es malo en la acción práctica cotidiana o en aquella impuesta por circunstancias ambiguas en las que hay que tomar una decisión? ¿Quién decide qué actitud adoptar ante la verdad de fe que queda fuera de la experiencia habitual y que a veces parece contradecirla?

¿Estamos todos obligados a tener un único pensamiento, una única religión, una única filosofía, una idéntica teología, los mismos estilos de vida, los mismos ritos sagrados, las mismas leyes civiles?… En el laberinto del pluralismo ¿a quién debemos seguir, a quién debemos escuchar? Y en la confusión de los tiempos, ¿a quién le corresponde intuir los signos de los tiempos que se anuncian, o juzgar la historia a la luz de la Palabra? ¿A la autoridad

institucional

(por

lo

general

perezosa

y

preocupada

por

la

autoconservación[11]) o también a quienes osan interrogarse ante Dios y la propia conciencia? »[12].

Preguntas todas que en absoluto son abstractas o eventuales, detrás y más allá de las cuales parece resonar aún y retornar la pregunta de Jesús: «¿Por qué no juzgáis vosotros mismos lo que es justo?». No se trata, entonces, solo de un aviso, sino de una invitación muy precisa.

2.4 ¿Buscar o ser buscados?

En realidad, el discernimiento, justo porque no tiene como primer objetivo lo que el hombre debe hacer, sino ante todo lo que Dios está haciendo en la vida de ese hombre, nace también de la convicción y llega siempre a la conclusión de que no es tanto la criatura la que se pone a buscar a Dios y a tener experiencia de él, sino que es *Dios el*
118

que la busca y la atrae a sí. Por otro lado, siempre ha sido así: desde el que el hombre apareció en la tierra, Dios no hace más que buscarlo. Normalmente, como nos dice el relato de los orígenes (Gn 3,8-11), a lo largo de estas fases de un diálogo y de una relación[13].

a) «…oyeron el sonido de los pasos del Señor»

(Gn 3,8a)

Inmediatamente después de la transgresión el primer paso hacia la comprensión de lo que ha pasado es la escucha de algo, algo exterior (un sonido en este caso) que pone en marcha un proceso interior y que culmina en la sensación de una presencia, que la persona percibe con temor.

Sin esta apertura a *una alteridad* no se produce un discernimiento, con todo lo que provoca en cuanto a la reflexión sobre uno mismo. Todo discernimiento comienza con la escucha de los «pasos del Señor» que viene en nuestra dirección, y advirtiéndolos con temor.

b) «El hombre… se escondió de la presencia del Señor»

(Gn 3,8b)

Adán y Eva se esconden de los ojos del Señor porque son incapaces de mantener su mirada. Están desnudos y comienzan a descubrirse en su pobreza y límite, en su verdad.

Probablemente se siente también indefensos.

El que discierne se expone inevitablemente a su verdad, con la tentación de querer escapar de ella o bien ocultarla. Discernir bien significa ser consciente de esta contradicción, darse cuenta de que existirá siempre una parte de nosotros que se oculta y se avergüenza, que no se desvela porque no quiere cambiar, siempre huyendo de la realidad, que quiere sustraerse a todo discernimiento. Evidentemente, no se produce ningún discernimiento hasta que no se aprende a desenmascarar y llamar por su nombre esta parte o partes de nos-otros que van a la deriva.

c) «¿Dónde estás?»

(Gn 3,9)

Es el paso fundamental en todo discernimiento: «la irrupción de una palabra que rompe las dinámicas del temor y de la autorreferencialidad: …. "¿dónde estás?" »[14]. No solo el ruido de los pasos sino el sonido de una voz, que indica a la criatura la atención del Creador, el deseo de un intercambio que comienza con una invitación a mirarse interiormente, a reconocer lo que ha sucedido, a descubrir dónde ha ido a esconderse.

Dios sabe ya dónde se encuentra el hombre, pero quiere que el hombre mismo se dé cuenta, es decir, se interrogue sobre lo que tiene en el corazón, qué ocupa el centro de su vida, dónde están y cuáles son sus intereses, deseos, afectos, hacia dónde camina…

Porque es justo allí donde el Señor quiere encontrar al hombre, donde él se encuentra, 119

allí donde ha ido a terminar, aunque sea el punto más bajo y el más

lejano, el más disonante y contradictorio. Dios no está simplemente esperando, sino que nos viene al encuentro allí donde estamos, con nuestras esperanzas y expectativas irrealistas, como les ocurrió a los discípulos de Emaús.

Discernir es abrir los ojos y darse cuenta de esta presencia divina siempre inédita.

Para entrar en contacto con ella.

d) «He oído tu voz…»

(Gn 3,10)

Comienza así un diálogo entre Creador y criatura, en el que esta es muy activa: escucha la voz divina, reconoce los propios sentimientos (miedo y vergüenza), entiende incluso la causa («porque estoy desnudo») y admite haber intentado cerrarse a este encuentro.

Aun cuando después no se producirá la asunción de la responsabilidad, aquí el hombre es sincero, realmente «desnudo» ante Dios, así como «todo está desnudo y descubierto»

(Heb 4,13) frente a su palabra y su mirada.

Discernir es precisamente estar desnudo ante Dios, pero sin sentir vergüenza, porque indica la libertad de quien se siente envuelto por una mirada de amor y verdad, que da confianza y comprensión[15], ante la cual sería absurdo cubrirse, esconderse, fingir, huir, exhibirse, defenderse…

e) «¿Quién te ha hecho saber que estás desnudo?»

(Gn 3,11)

Es crucial el papel de Dios, que no se dedica simplemente a indagar en el error cometido por la criatura, sino que la invita y la lleva a preguntarse quién o qué ha inducido en ella la consciencia de su desnudez. Sin imponer al texto una lectura demasiado psicológica, me parece que puede decirse que aquí no aparece en absoluto la imagen de un Dios-juez que observa y condena, que vincula automáticamente la transgresión con la culpa, sino aquella del Padre que no abandona a quien ha cometido un error, que quiere ayudarlo a tomar conciencia de lo que ha hecho, a entender de dónde ha surgido el impulso a actuar, y de dónde procede ahora la conciencia del error, con qué (re)sentimientos lo está viviendo ante sí, ante los demás y ante Dios

mismo, qué regusto ha dejado en su corazón, qué relaciones potencialmente ambiguas y elecciones equivocadas pueden estar en el origen del gesto, etc. En el fondo, el pecado de Adán y Eva, el pecado de los orígenes, es fruto de un discernimiento equivocado. Como todo pecado.

Discernir, entonces, es aceptar esta confrontación con Dios para descubrir en ella toda la ternura del Eterno que no quiere que la criatura sea engañada, quiere decir ser libres para dejarse interpelar por él, dejar que su palabra sea cortante, penetre hasta el punto de división del alma y del espíritu, hasta las articulaciones y la médula, para discernir los sentimientos y los pensamientos del corazón (cf. Heb 4,12-13). Solo en este discernimiento divino puede nacer el discernimiento humano.

120

2.5 «Me fío… luego decido»

Así pues, la palabra de Dios puede hacer daño, así como no tuvo que agradar la provocación dirigida por Jesús a quien lo escuchaba, por el temor a posicionarse ante la vida. En realidad, aquel «¿Por qué no juzgáis vosotros mismos?» no es provocación ni reproche, sino que revela, mucho más, la preocupación fundamental del Maestro: restablecer el plan del Padre, es decir, crear hombres libres, abiertos a la vida, firmes en la percepción de su puesto único en la creación, llamados a no sufrir nada impuesto desde fuera, sino a acoger la multiplicidad de las llamadas divinas con plena conciencia, responsabilidad y determinación. Libres también y sobre todo ante Dios, el Llamante (el *chi-amante*, el que es tu amante), liberados precisamente por su amor (de lo contrario, si no nos liberara, ¿qué amor sería?), libres para dejarse amar, para creer en él, con aquel acto de fe que en el fondo es un acto de confianza en su amor (me fío de ti).

Pues bien, el discernimiento nace aquí, en un creyente «capaz de trasladar el centro decisional del hombre de la ley exterior a la “ley interior de libertad”» (cf. Sant 2,12), es decir, del mandamiento a la adhesión convencida, del temor a la confianza, de la constricción a la elección motivada por el amor y por la belleza de lo elegido, de la sumisión de quien depende al abandono en quien se confía, del «yo debo» al «yo amo y por eso quiero y elijo», o del cálculo al «me fio, luego decido»[16].

Por esta razón, hablando rigurosamente, solo quien cree puede

discernir, solo quien se siente amado puede permitirse el lujo de buscar al Amado, y el discernimiento es ejercicio no solo de fe, sino de aquella expresión peculiar y totalmente consecuente de la fe que es la *confianza*[17]. Y si, por un lado, la elección aumenta la confianza, por otro, elegir da voz al verbo confiar. Pues es la certeza del amor recibido la que da la fuerza a elegir y arriesgar.

Aparece cada vez más clara la naturaleza esencialmente espiritual del discernimiento.

Solo porque Dios nos ama, nosotros podemos aventurarnos en la ambigüedad de la vida eligiendo un camino sin miedo a perdernos. Apostando por él, pero también por nosotros, diciendo: «Señor, me fío de ti tanto que corro el riesgo de decidir en mi vida porque sé que tú en todo caso no me abandonarás. Y yo seguiré buscándote y sobre todo me dejaré buscar por ti en cualquier lugar al que me lleve la vida (o yo mismo me lleve)».

3. Libertad de conciencia:

¿punto de partida o de llegada?

El discernimiento no tendría ningún sentido fuera de una lógica de libertad. Como hemos dicho, el discernimiento expresa fe, confianza, autoconsciencia, responsabilidad, valentía, sentido del Misterio… por parte de aquel que discierne. Pero todo ello solo en la medida en que es acto de libertad.

La «libertad de conciencia» ha sido siempre defendida teóricamente en la Iglesia, a lo mejor no igualmente articulada en la práctica de la vida y de la adhesión a la fe, y quizá también por esto fue necesario el Concilio Vaticano II, que condensó en esta 121

expresión, respetuosa del ser humano y plenamente evangélica, el sentido de su novedad.

Citemos solo un ejemplo: «Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de individuos como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera que, en materia religiosa, no se obligue a nadie a obrar contra su conciencia… Nadie puede ser obligado a abrazar la fe en contra de su voluntad… todos deben buscar la verdad, pero esta solo se impone con la fuerza de la misma verdad, que se difunde en los corazones con dulzura y también con vigor»[18].

Para entender mejor de qué se trata propongo el siguiente episodio

autobiográfico del novelista suizo Gottfried Keller.

Gottfried tenía solo 8 o 9 años y su madre, sincera y ferviente protestante, le había enseñado a hacer la oración antes de comer. Un día el pequeño Gottfried se puso a comer sin decir antes la habitual oración. La madre le llama la atención dulcemente.

Pero él finge no entender. Ante su rechazo obstinado y repetido, la madre interviene con firmeza:

«¿No quieres hacer tu oración?» «No», responde sin vacilación Gottfried.

«Pues bien, ahora te vas a la cama sin cenar».

Pero un poco después, la madre, cediendo al instinto maternal, le lleva un plato de sopa a la cama.

¡Demasiado tarde! A partir de aquel día, Keller no volvió a rezar[19].

Esto es lo que puede suceder cuando se ignora de hecho el principio de la libertad de conciencia. Gottfried es solo un niño que no tiene aún 10 años, y, sin embargo, su actitud tan decidida expresa ya un sentimiento enraizado profundamente en el hombre: la *inviolabilidad* de la conciencia. Ninguna presión o constricción externa puede penetrar en este santuario, donde el ser humano se encuentra a solas consigo mismo, ni puede pretender violarlo de ningún modo (por ejemplo, con la imposición más o menos velada, con los chantajes afectivos, o con el temor al castigo, quizá divino, o con un cierto modo de entender la violencia…), ni siquiera por los motivos más nobles.

Particularmente, si se quiere que ese santuario sea un espacio de soledad no solo para el sujeto, sino también, sobre todo, para Dios, por tanto, espacio sagrado, toda intromisión en él no solo sería indebida, sino equiparable a una especie de sacrilegio[20].

El episodio narrado por Keller nos hace comprender, más allá del error en sí mismo de la imposición, que cualquier operación desde el exterior no produce el efecto positivo deseado, sino, en todo caso, el opuesto, como una reacción contraria, que cabe interpretar, desde la perspectiva de la psicología, como una autodefensa de la conciencia misma, una barrera, no solo emocional, para salvaguardar la propia identidad/intimidad, para impedir toda injerencia y que, como a menudo sucede con los gestos reactivos, puede llegar al extremo opuesto. Ante el relato de Keller podríamos decir: ¡quién sabe cuánta

gente dejó de orar y de creer, de adherirse a una cierta pertenencia y de observar un código ético… abandonando la fe debido a intervenciones impropias como la de la madre de Gottfried!

Por eso, la libertad de conciencia, decíamos, es un principio absoluto que nadie puede poner en duda, y que aquel que discierne de verdad manifiesta de un modo 122

particularmente evidente. Quien se pone ante la verdad y en virtud de ella realiza una elección con convicción y saboreando su belleza, experimenta y cuenta de modo inequívoco qué quiere decir ser libre.

Por esta razón quisiera hacer algunas observaciones someras sobre el uso y la interpretación de esta expresión tan sugerente, para que no sea solo eso.

3.1 Un poco de realismo

En primer lugar, me parece importante recordar que tal libertad, aun cuando el principio es justamente absoluto en sí mismo (debe respetarse siempre), no puede considerarse un dato presente en cualquiera que haga un discernimiento. Sería ingenuo e irreal dar por descontado que basta con ponerse en actitud de búsqueda de la verdad para ser libres (de encontrarla). A lo sumo, muy a menudo, sucede afortunadamente lo contrario: quien discierne sinceramente se da cuenta de sus dependencias y contradicciones mucho más que quien no ha aprendido a discernir o no lo hace nunca.

En definitiva, que esa libertad es punto de llegada, no de partida. Y el discernimiento debe entenderse exactamente como el lugar pedagógico donde crecer en tal libertad, como ejercicio de ella, como descubrimiento de lo que la impide, como aprendizaje duro y a veces sorprendente de cuánto cuesta, incluso como descubrimiento del temor a ser libres. Más allá de toda interpretación optimista y un tanto romántica, como también más allá de toda reivindicación de ella como si fuera un derecho y no también un deber, una tarea, una ascesis, un fruto de conversión, que es característica de la auténtica actitud creyente.

Para entender el sentido verdadero de la expresión analicemos los dos términos en cuestión.

3.2 Libertad

La libertad de la que hablamos debe entenderse en dos sentidos o direcciones.

a) Libertad «de»

Es indispensable en el momento del discernimiento, su *conditio sine qua non*, la clásica *libertad «de»*. Es decir, la libertad de todo lo que dentro de uno podría impedir identificar lo que es bueno y justo hacer. Dicho así parece muy sencillo, pero en realidad implica una gran honestidad interior para percibir los propios demonios, temores, dependencias, ansiedades, obsesiones, ilusiones, expectativas, sensaciones-emociones-sentimientos-afectos, que pueden distorsionar la relación con la realidad.

En síntesis, lo que decimos es que es indispensable, para un discernimiento en la libertad, *la verdad del conocimiento de sí, y particularmente de la propia incoherencia central*, de aquella zona donde el individuo es menos adulto y más vulnerable, menos libre de captar la verdad, la belleza y la bondad en torno a sí o lo que es bueno y grato a Dios. Es obvio que preocupaciones excesivas o apegos o esquemas de percepción e interpretación cerrados y rígidos perturbarán todo el proceso de la búsqueda y de la 123

escucha de la realidad, también la espiritual, sobre todo si son inconscientes.

b) Libertada «para»

La libertad «de» abre a la *libertad «para»*. La primera permite a la persona percibir nuevas realidades y escenarios más amplios, nuevos estímulos y provocaciones fuertes, pero también tener gustos diversos, atracciones menos autorreferenciales, deseos más a medida de la dignidad humana, intereses menos infantiles o adolescentes, perspectivas incluso trascendentes y cada vez más de este tipo[21].

La libertad «para» abre, a su vez, al misterio y permite al sujeto entrar en su órbita, dejarse seducir e iluminar por él, para un discernimiento más rico y verdadero, sobre todo más en sintonía con la identidad del sujeto mismo.

Y regresa nuevamente el vínculo esencial entre libertad y verdad: para ser libre la conciencia de quien discierne debe ser antes verdadera, o es libre en la medida en que puede tender hacia la verdad, o sentirla convincentemente atrayente antes que exigente.

Si uno no es libre para advertir dentro de sí la belleza de la verdad, ¿cómo puede asumirla como criterio de las propias elecciones? ¿Y experimentarla después como lo que hace cada vez más libre? [22]

Esta libertad para ser auténtico en las propias decisiones sería la parte más creativa y constructiva del proceso de discernimiento, que, en efecto, a veces parte de un estímulo muy circunstancial y puntual (por ejemplo, actuar con un colega de trabajo antipático), y termina encontrándose ante una llamada más general y apasionante a la conversión de un estilo relacional, en este caso, centrado en el yo[23]. Un discernimiento bien conducido, queremos decir, va siempre más allá del motivo que lo ha originado.

c) Indiferencia cristiana

En la concepción de san Ignacio, el maestro indiscutible del discernimiento, la libertad de quien discierne se mide por la capacidad de llegar a una posición de equidistancia con respecto a las posibles alternativas que tiene ante sí[24]. Esta es la idea de la *indiferencia cristiana*. Que no es en absoluto la insensibilidad o la indiferencia del apático o del mediocre, o de quien vive sin deseos y no percibe ninguna llamada, y está bien con todo porque no aprecia nada, sino que es la actitud típica del cristiano que ha puesto en el centro de su vida lo que es esencial, Dios y su amor, el Hijo y sus sentimientos. Todo lo demás es secundario y no esencial, es decir que vale solo en cuanto permite llegar al centro.

Por eso es importante añadir el adjetivo «cristiana», o «santa», como hace Ignacio, a la indiferencia de la que hablamos. Es una insensibilidad (por las cosas de esta tierra) que nace de una sensibilidad (por Dios y su amor). Así lo comenta el papa Francisco haciendo referencia a las famosas cuatro indiferencias de Ignacio: «Es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que 124

corta, y por consiguiente en todo lo demás»[25].

Muy hermoso, entonces, es el ejemplo de Pablo, indiferente ante la perspectiva de seguir viviendo o de morir («no sé realmente qué elegir», Flp 1,22), alternativa sobre la que el común mortal no tiene duda sobre la preferencia. Si Dios está en el centro de la persona, todo está destinado a ser relativo, puesto que en todo caso «todo contribuye al bien de quien ama a Dios» (Rom 8,28). Y es, dice el papa Francisco, «una hermosa libertad interior»[26].

Ahora bien, ¿quién puede alguna vez dar por hecha esta libertad, en

los tres significados mencionados? ¿Quién puede pensar que un discernimiento que sea digno de este nombre puede prescindir de un atento examen sobre la propia libertad, así entendida, y no pueda llegar a ser ejercicio sumamente providencial para crecer como ser libre, creado por Dios para gozar de su misma libertad?

Concretemos. Se habla mucho, muchísimo, de libertad de conciencia, y es justo y comprensible. Pero ¿no deberíamos preguntarnos antes por la verdad o por aquel proceso que la hace verdadera?

3.3 Conciencia

La insistencia en la libertad de conciencia está justamente motivada por la percepción creyente de la conciencia como reflejo de luz divina, eco de la voz del Eterno, lugar santo de la escucha de lo que es bueno y grato a Dios, como si en ella se reconociera inmediata y evidentemente nuestro ser imagen del Creador, destinatarios de sus llamadas y provocaciones, partícipes de su misma visión de la realidad, de lo que es verdadero y falso, de sus sueños y deseos, de sus intenciones y afectos.

a) Conciencia como sensibilidad

Precisamente por esa razón hemos propuesto, en las páginas precedentes, una interpretación particular y quizá no habitual de la conciencia, como aquello que es fruto de nuestra sensibilidad, que la expresa y la hace descifrable, como su componente, por un lado, y su síntesis, por otro. En todo caso como algo que está profundamente conectado con aquel valioso y complejo mundo interior hecho de sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos, afectos, gustos y juicios, como hemos visto. No sería posible pensar en la conciencia como algo desconectado de esta realidad, no podría comprenderse en sus expresiones si no partiendo de la historia del individuo, que ha dado una orientación precisa a ese mundo interior, aunque no siempre de forma consciente y lúcida. Esa historia «explica» por qué hoy la conciencia de ese individuo

«siente» de un cierto modo, está orientada en una cierta dirección, se conmueve o no ante una determinada realidad, declara verdadera y justa una determinada actitud, se siente culpable o no.

¿Por qué puede ser relevante este acercamiento entre conciencia y sensibilidad?

Debería ser fácil responder a esta pregunta, a saber, porque de este modo se subraya principal y explícitamente la naturaleza educable y

evolutiva de la conciencia misma, y 125

la responsabilidad de cada uno de prestarle una atención formativa. A lo largo de un camino de formación permanente.

Al igual que es verdad que cada uno tiene la sensibilidad que se merece, también es verdad que la conciencia es el producto de un camino del que es responsable el sujeto, y en el que están implicados el aspecto emocional y el cognoscitivo-intelectual, los afectos y también las decisiones. En este sentido, especificar que la conciencia es sensibilidad significa entender más correctamente la misma conciencia, no solo como consciencia lúcida y como un hecho sobre todo mental, sino como experiencia más global que involucra a todo el hombre. En suma, para ser claros: ¿dónde forma su conciencia o sensibilidad moral un sacerdote o un creyente? ¿En los libros de teología moral o de ética filosófica? Ciertamente, también en ellos, pero no solo, sino también a través de la vida y las elecciones que ha hecho y sigue haciendo. Son estas las que lo hacen más o menos «sensible» a la belleza de un cierto estilo de vida y más o menos libre para discernir en la verdad, o que le hacen familiar un cierto ideal o más atrayente un determinado impulso.

b) Del derecho al derecho/deber

No puede decirse, por consiguiente, que la conciencia es siempre «reflejo de luz divina, eco de la voz del Eterno, lugar santo de la escucha de lo que es bueno y grato a Dios», como decimos a menudo, dando por descontado de nuevo cuanto no lo es en absoluto. O, mejor, digamos además que la conciencia del hombre podría y debería ser así, pero muchas veces el eco es de una voz diversa, las atracciones siguen otros recorridos, los juicios no están en conformidad con la verdad e identidad del sujeto, ni los deseos coinciden con los divinos.

Y si es verdad que también una conciencia errónea debe ser respetada, como nos recuerda la teología moral, aún más tendrá que respetarse el derecho/deber del individuo de formarse (y ser ayudado a formarse) una conciencia/sensibilidad íntegra, como lugar en el que el sentir del hombre aprende lentamente a coincidir con el de Dios.

En todo caso, ningún respeto por una experiencia existencial dura y tortuosa puede justificar el desentendimiento de la formación de la conciencia.

[1]

No podemos dejar de recordar la invocación poética de Newman: «Guíame, luz amable…».

[2]

G. PASQUALE, «Sensus fidei, luogo privilegiato del discernimento»: *Credere oggi* 37 (2017), 63.

[3]

Es la famosa «obediencia fraterna» que Benito recomendaba a sus monjes: «El bien de la obediencia no solo han de prestarlo todos a la persona del abad, porque también han de obedecerse los hermanos unos a otros, seguros de que por este camino de la obediencia llegarán a Dios» (*Regla*, 71,1-2).

[4]

Así es la frase completa del papa: «Y, en el momento específico, en cada encrucijada debo discernir un bien concreto, el paso adelante en el amor que puedo dar, y también el modo en el que el Señor quiere que lo cumpla» (FRANCISCO, *Discurso a los párrocos de Roma*, 2 de marzo de 2017).

[5]

G. PICCOLO, «Chi è la persona che discerne?»: *Credere oggi* 37 (2017), 18.

[6]

PASQUALE, «Sensus fidei», 63.

[7]

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El* sensus fidei *en la vida de la Iglesia*, 2014, en

https://bit.ly/2FBLRVS

126

[8]

«Il paso avanti nell'amore», editorial de *Credere oggi* 37 (2017), 4.

[9]

F. SCALIA, «Perché non giudicate da voi stessi?»: *Presbyteri* 51 (2017), 321. Se trata de un estudio muy lúcido y valiente (en el estilo del autor) que ha inspirado esta parte de mi análisis.

[10]

Nos hace seriamente pensar la frecuencia con que en las denominadas nuevas formas de vida consagrada (signo, por otra parte, de la fecundidad de la vida consagrada misma) se hayan creado y sigan creándose situaciones de abuso de poder, injerencia del líder en el mundo interior de las personas, osadía presuntuosa de hablar en nombre de Dios, pretensión de suplantar el juicio del otro, descarada confusión entre fuero interno y externo, condicionamiento duro de la sensibilidad…

[11]

Este juicio del autor no se aplica ciertamente al modo como el papa Francisco ejerce la autoridad.

[12]

SCALIA, «Perché non giudicate…?», 322.

[13]

Sigo en esta parte el interesante análisis de S. PINTO, «Il discernimento nell'Antico Testamento. La fatica e la gioia d'una relazione»: *Credere oggi* 37 (2017), 21-40.

[14]

Ibid., 28.

[15]

Véase la mirada y la palabra de Jesús sobre la adúltera que los fariseos querían lapidar (Jn 8,1-11).

[16]

Me permito remitir de nuevo a mi libro que tiene precisamente este título: *Me fío… luego decido. Educar en la confianza para la elección vocacional*, Paulinas, Madrid 2017.

[17]

Es el punto de vista, otra vez, de Moioli, para quien discernir y decidir no significa disponer del futuro, casi conociéndolo con certeza de forma anticipada. Significa más bien saber *leer una dirección en el presente*, que, no obstante, lo rebasa; significa *identificar una coherencia* entre lo que se lee y la verdad del ser cristiano, entra lo que comienza a intuirse y una posibilidad de realizar esa verdad en un proyecto de vida, donde «yo» (es decir, mi ser cristiano aquí y ahora) no solo no soy excluido, «sino que soy asumido como

"lugar", es más, como realidad de una síntesis que debe ser encontrada. Me parece cristiano que *yo* actúe así; me parece claro que *yo puedo* actuar así; *es prudente* que lo haga; por tanto, *Dios quiere que yo lo haga*, y que, haciéndolo, *yo no encuentre en el saber anticipado la seguridad, sino que la encuentre fiándome y confiando en Él*» (MOIOLI, *Discernimento spirituale*, 64).

[18]

Dignitatis humanae.

[19]

Cf. G. KELLER, *Enrique el Verde*, Espasa, Madrid 2008.

[20]

Así una vez más el Vaticano II: «La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo»

(*Gaudium et spes*, 16).

[21]

Sería el «magis» de san Ignacio.

[22]

Surge espontáneamente la referencia a la palabra de Jesús: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32).

[23]

En realidad, es signo de discernimiento auténtico encontrarse al final del proceso con una ampliación de la problemática que lo ha

provocado y una percepción más profunda de sus causas; en suma, un buen discernimiento pone siempre a la persona ante la verdad de sí misma y de aquello que Dios le pide.

[24]

Obviamente, hablamos de discernimiento como elección entre dos realidades positivas o carentes de una connotación moral intrínseca (en cuyo caso, si una es mala, no habría necesidad de hacer un discernimiento), como, por ejemplo, un religioso que se encuentra ante la perspectiva de ser enviado a un lugar o a otro, o destinado a un servicio o a otro, o de trabajar con una persona o con otra.

[25]

IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 23.

[26]

FRANCISCO, *Gaudete et exsultate*, 69.

127

Conclusión:

del olor de las ovejas

al perfume de Cristo

LLEGADOS AL FINAL DE NUESTRO ANÁLISIS podemos sintetizar así nuestro camino: desde un punto de partida (la evangelización de la sensibilidad) hasta un punto de llegada (el aprendizaje del discernimiento). Esto se aplica de modo peculiar al que anuncia el evangelio, que, por un lado, está llamado a dejarse impregnar del olor de las ovejas (no siempre muy agradable), y, por otro, está llamado no solo a esparcir en torno a sí el perfume de Cristo, sino también a olfatearlo en las cosas y en los acontecimientos, para elegir dejándose atraer por él. Hay quien lo llama *discernimiento conjunto*, puesto que une la atención obligatoria y realista a aquel mundo interior que es el responsable principal de los afectos del corazón y de los juicios de la mente, con la atracción a aquellos valores que constituyen los criterios de nuestras elecciones. Armonizando, por consiguiente, lo subjetivo con lo objetivo, las necesidades con los valores, la libertad horizontal con la vertical, la subida al monte del Carmelo de Elías con la bajada a la cueva. Porque así está hecho el ser humano.

Y es justo esto lo que significa discernir: buscar a Dios, siempre y en cada instante, pero sin recurrir primero a normas preestablecidas que funcionan de modo automático, ni contentarse con indicaciones que vienen de la autoridad exterior (del padre espiritual o del psicólogo), sino recurriendo a todo aquel arsenal con el que todo hombre está dotado desde el nacimiento y en todo instante: sentidos, sensaciones, emociones, sentimientos…

Esta es la belleza del discernimiento, belleza misteriosa, natural y también dramática, que desvela la dignidad de la criatura, capacitada para ponerse a buscar a Aquel que la ha creado, casi una necesidad imprescindible de volver a sus propias raíces para seguir dejándose crear, para volver a encontrar la belleza de los orígenes. Criatura que no es solo el ser inferior llamado a obedecer una voluntad suprema para seguir sus órdenes sin discutir, sino que se encuentra con un deseo inmenso de Dios, de buscarlo en todas partes, sobre todo dentro de sí, en aquel corazón que, aunque se deja atraer por amores diversos y a veces equivocados, no deja de desear a Dios, de estar hecho para él, *capax Dei*, aun cuando no lo sepa.

Pues también entonces, aunque el hombre eligiera insensatamente otros caminos, 128

Dios no cesa de seguir eligiéndolo como destinatario de su amor.

Esta es la fuente y la belleza del discernimiento, a saber, podemos elegir a Dios porque desde siempre y para siempre hemos sido elegidos en el Hijo por el Padre mediante la acción del Espíritu.

129

Índice

Portada

3

Créditos

5

Índice

7

Prólogo, por MONS. MARCELLO SEMERARO, obispo de

9

Albano

Introducción

14

1. La sensibilidad: energía y fuente de energía

18

1. Varias interpretaciones

18

2. Definición

20

3. El Espíritu Santo, sensibilidad de Dios

32

2. Accende lumen sensibus: las orillas del corazón

34

1. Los sentidos y su función

34

2. De la bulimia a la atrofia

36

3. Del uso al abuso de los sentidos

37

4. Responsables de nuestros sentidos

38

3. «El olor de las ovejas»:de los sentidos a las sensaciones

41

1. El cuerpo es «sabio» (y dice la verdad)

42

2. Sensación no quiere decir acción

44

3. La sensación no basta, pero, en todo caso,merece atención

44

4. Educar las sensaciones

46

5. Persistencia de las sensaciones

49

6. Sensaciones e incoherencia

49

4. Las emociones, los colores de la vida

51

1. El hombre de cera (o de hielo)

51

2. Mozart y aquel maldito cristal

51

3. Naturaleza mixta y ambivalente

53

4. Formación de las emociones

56

5. Francisco de Asís y el abrazo veraz

59

6. Juan y el abrazo forzado

60

5. Los sentimientos, el calor de la vida

63

1. Emoción traducida en acción

63

2. Muchas emociones, pocos sentimientos

65

130

3. Gestión de los sentimientos (a partir de las emociones) 66

4. Formación de los sentimientos

71

6. Los afectos, las pasiones de la vida

76

1. El concepto

76

2. Génesis y dinámica

79

7. Consolación y desolación,variedad y verdad de los afectos

88

1. Consolación

88

2. Desolación

95

8. Discernir y decidir, riesgo y fatalidad

101

1. De la sensibilidad al discernimiento (y viceversa)

102

2. Sensibilidad y fases del proceso de decisión

103

9. Adulto en la fe,discernimiento y elección creyent

113

1. El que busca

113

2. Buscar a Dios1973. Libertad de conciencia:

116

3. Libertad de conciencia:¿punto de partida o de llegada?

121

Conclusión:del olor de las ovejas al perfume de Cristo

128

131

Document Outline

- Portada
- Créditos
- Índice
- Prólogo, por MONS. MARCELLO SEMERARO, obispo de Albano
- Introducción
- 1. La sensibilidad: energía y fuente de energía
  - 1. Varias interpretaciones
  - 2. Definición
  - 3. El Espíritu Santo, sensibilidad de Dios
- 2. Accende lumen sensibus: las orillas del corazón
  - 1. Los sentidos y su función
  - 2. De la bulimia a la atrofia
  - 3. Del uso al abuso de los sentidos
  - 4. Responsables de nuestros sentidos
- 3. «El olor de las ovejas»:de los sentidos a las sensaciones
  - 1. El cuerpo es «sabio» (y dice la verdad)
  - 2. Sensación no quiere decir acción
  - 3. La sensación no basta, pero, en todo caso,merece atención
  - 4. Educar las sensaciones
  - 5. Persistencia de las sensaciones
  - 6. Sensaciones e incoherencia
- 4. Las emociones, los colores de la vida
  - 1. El hombre de cera (o de hielo)
  - 2. Mozart y aquel maldito cristal
  - 3. Naturaleza mixta y ambivalente
  - 4. Formación de las emociones
  - 5. Francisco de Asís y el abrazo veraz
  - 6. Juan y el abrazo forzado
- 5. Los sentimientos, el calor de la vida
  - 1. Emoción traducida en acción
  - 2. Muchas emociones, pocos sentimientos
  - 3. Gestión de los sentimientos (a partir de las emociones)
  - 4. Formación de los sentimientos
- 6. Los afectos, las pasiones de la vida
  - 1. El concepto
  - 2. Génesis y dinámica
- 7. Consolación y desolación,variedad y verdad de los afectos
  - 1. Consolación
  - 2. Desolación

- 8. Discernir y decidir, riesgo y fatalidad
  - 1. De la sensibilidad al discernimiento (y viceversa)
  - 2. Sensibilidad y fases del proceso de decisión
- 9. Adulto en la fe,discernimiento y elección creyent
  - 1. El que busca
  - 2. Buscar a Dios1973. Libertad de conciencia:
  - 3. Libertad de conciencia:¿punto de partida o de llegada?
- Conclusión:del olor de las ovejas al perfume de Cristo